



148

DAVID MUÑOZ

¡ DESPIERTA O QUIZÁS ... SEA DEMASIADO TARDE !

148

¡Despierta!

“Los extraños son familia que aún no has conocido.”

Mitch Albom

Prólogo

La rodean otra vez, y sabe que apenas tiene unos segundos para hacer algo. Respira rápido. Ni siquiera recuerda cuando ha dejado de llorar. Va y viene a oleadas. Los ojos le pinchan. El brazo, probablemente roto, le duele. Hasta la maldita cabeza le arde. Pero, incluso con todo en contra, a pesar de sentir arcadas, – ¡Dios mío que me pasa! – sabe que tiene que actuar.

Es muy consciente de que el cuchillo que aguanta con una mano, mientras intenta levantarse con la otra, es un factor importante, pero también lo es el factor numérico. Ellos son más.

La doctora la observa con auténtica ira, y no es para menos, porque le ha conseguido asestar un buen golpe en la cara. Mientras tanto, dos enfermeras están calculando el momento preciso en el que abalanzarse sobre ella. Pero no lo harán. No se atreverán mientras tenga el cuchillo... y a la niña.

Una nueva punzada de dolor le atraviesa el corazón. Es increíble cómo puede doler el alma.

— No le hagas daño a la niña. – avisa la doctora.

Otro desgarró. Otra oleada. Las lágrimas aparecen por arte de magia. Tiene que respirar hondo para no estallar en sollozos. Para no ceder. Como si todo estuviera planificado, la voz del bebé resuena en la sala. Está llorando. Necesita a su madre.

— Cógela. —le anima una de las enfermeras.

Pero sabe que es una trampa. Su mirada. Sus gestos. El tono de su voz. Todo indica que es una trampa. Quieren a su bebé y no piensa permitirlo.

Ahora el bebé comienza a llorar más intensamente, mientras la madre empieza a sentir el peso del destino. Entonces mira a sus pies, rápidamente, en busca de su pequeña, y allí la encuentra, tendida en el frío suelo, sin protección.

Se inclina con sumo cuidado para recoger a la criatura y esta, enseguida, cómo por arte de magia, deja de llorar. El equipo médico ha permanecido inmóvil, y por un segundo ella se relaja. Abraza a la niña y cómo si nada hubiera ocurrido, cómo si todo hubiera cambiado, suelta el cuchillo y se dirige, casi ausente, hasta la camilla donde acaba de dar a luz.

Sus ropas están cubiertas de barro y sangre, del mismo modo que las sabanas de la camilla. Cuando las mira tiene la aparente sensación de que estas tienen algo familiar. Se tiende sobre la camilla y comienza a darle el pecho.

Todos están estupefactos. Parece ser otra persona, mientras canta una suave nana a la niña, solo interrumpida por sus propios llantos cada vez más calmados.

Las enfermeras se miran.

— Es algo natural. —comenta una de ellas. — Es su madre.

— ¿Cree que recuerda algo de lo ocurrido? — pregunta.

— Quien sabe. —dice enigmáticamente la doctora.

La nana sigue llenando la improvisada sala de partos, cómo una dulce melodía que parece embellecer hasta el más oscuro rincón de la misma. Cubriéndolo todo. Ocultándolo todo.

Tras la camilla, casi cómo una sombra inerte, comienza a dibujarse el contorno de algo que comienza a moverse con sigilo. Siempre estuvo allí. Observando. A la espera de que su víctima, grácil e inocente, cometiera un error.

Decide avanzar hasta su objetivo, mientras el equipo médico le observa con rostros aterrados. Incluso la doctora, en un acto de cierta humanidad, le dirige una mirada, al tiempo que mueve la cabeza suavemente de un lado a otro. El mensaje es claro, pero el hombre no parece hacer caso.

Apenas queda un paso para que pueda aplicarle en el cuello una inyección de un anestésico, tan potente, que probablemente duerma durante un día entero.

En el exterior, los árboles del frondoso bosque hace tiempo que se han encargado de ocultar las últimas horas de sol. Por eso, la luz que procede del interior del pequeño edificio, son cómo estrellas amorfas que han caído a la tierra y que permanecen, para extrañeza de los animales, suspendidas a pocos metros del suelo.

Un zorro adulto contempla el extraño lugar desde el abrigo que le proporciona la vegetación del bosque. Ni las verjas que delimitan la base militar, ni la actividad fuera de los barracones, ni la llegada de algún vehículo, parecen interrumpir su actividad.

Olisquea en dirección al norte, de donde proviene una suave brisa fría. El zorro, por fin, se aleja cómo si supiera que ese no es lugar seguro.

Es algo natural.

ASIENTO 26D

Es una mañana fría y húmeda. La ciudad hace horas que ha despertado, mientras la luz del sol comienza a percibirse en el horizonte. Mientras dirige el coche en dirección al acceso del aeropuerto de Barcelona, tiene la sensación de que la luz de primeras horas de la mañana llega tarde, aunque en realidad es siempre puntual. Hace tiempo que el trabajo ya no sabe ni de noches ni de días.

En pocos minutos se encuentra subiendo por la pendiente del aparcamiento interior, que le llevará a la segunda planta desde donde podrá acceder por el puente aéreo, y así entrar sin excesivas colas. Enseguida encuentra un lugar donde dejar el vehículo.

Recorre el pasillo acelerando el paso, cómo si esperara encontrar muchas personas preparándose para pasar el control de seguridad. No es así. Como esperaba escasamente seis personas, dos mujeres y cuatro hombres se encuentran, quitándose los zapatos ellas y los cinturones ellos, y depositando portátiles y objetos metálicos en las bandejas especialmente destinadas para ello.

Una vez superado el control Miguel busca el billete de avión en su móvil para comprobar la puerta de embarque. Accede a la aplicación Wallet de su iPhone y comprueba el vuelo. Se acerca a los paneles informativos y busca el vuelo D8735 destino Mallorca. Enseguida lo detecta. No es difícil distinguir el tono rojizo de las líneas aéreas noruegas, Norwegian, del azul intenso de AirEuropa, o del amarillo de Vueling. La salida está prevista a las 7:40 am. La puerta es la D37. No puede evitar cierta desazón. La puerta está lejos de donde se encuentra por lo que le tocará caminar. Ahora son las 6:30 am, por lo que tendrá tiempo de comprar la prensa, desayunar e ir al baño antes de que

comience el embarque, cuarenta minutos antes del vuelo.

Camina a lo largo del amplio pasillo central al tiempo que se van sucediendo las puertas de embarque. Muchas vacías, y otras con algunos pasajeros esperando sentados en los asientos que flanquean la puerta del embarque. De vez en cuando se cruza con otros pasajeros que se dirigen en dirección contraria; lógico ya que las puertas A están al lado del puente aéreo que es por donde ha entrado.

Al final del enorme pasadizo este gira noventa grados a la derecha, lo que le conduce directamente la zona comercial del aeropuerto. Lo llaman el Sky Center del aeropuerto y puede considerarse casi un centro comercial en toda regla, dada la presencia de grandes marcas y diferentes establecimientos de restauración.

Lo atraviesa sorprendido de que apenas un pequeño puñado de personas deambula a esas horas por el aeropuerto. Aunque sabe que en escasamente una hora estará prácticamente abarrotado, y toda esta aparente tranquilidad será reemplazada por el caos habitual. Miguel acelera el paso teniendo la sensación de que esa es la mejor hora para pasar por allí, y de que en la vida las pequeñas cosas ayudan a soportarla mejor.

A su derecha una mujer y una niña avanzan casi a su misma velocidad. Le llama la atención la pequeña a quien le cuesta seguir el ritmo de la madre. De vez en cuando se queda algo rezagada, lo que la obliga a echar a correr brevemente hasta alcanzar de nuevo a su mamá.

Miguel sonríe.

Se dirige a una cafetería y desayuna con bastante apetito. Un buen bocadillo y una botella de agua le permitirán calmar el hambre, al menos, durante unas pocas horas. Hace semanas, en realidad casi dos meses, que no veía a Laura y está deseoso por verla y abrazarla.

Laura es lo mejor que le ha pasado en la vida, pero al mismo tiempo es la

principal razón de su sufrimiento. Ser padre de una criatura de 8 años era difícil de llevar. El divorcio pasó factura. Un breve matrimonio que quizás nunca debió producirse. Una hija bellísima. Una pesadilla americana, cómo le recordaba su hermano cuando mencionaba el famoso y consabido “ya te lo dije”, aunque atenuado por esa realidad tan dolorosa. Susan ganó el juicio y con ello la custodia. Después todo fue rápido. Ella se mudó con sus padres a Mallorca y él no tuvo tiempo de reaccionar. Al menos no había cambiado de continente. Una visita al mes que por motivos económicos y especialmente por las características de su trabajo, se había convertido, a su pesar, en una cada tres... o cuatro.

Después de visitar el baño llegó a la puerta de embarque D37. El monitor anunciaba ya el vuelo mientras dos azafatas preparaban el embarque de los viajeros. A su alrededor los pasajeros esperaban pacientemente sentados en las butacas que flanqueaban la puerta.

Miguel miró el reloj. Eran las 06:55. Apenas cinco minutos para que comenzara el embarque que se iniciaría cuarenta minutos antes. Unos pocos pasajeros ya habían iniciado la cola pero sin mucho éxito. El resto preferían esperar sentados, incluso alguno tumbado.

Se dirigió a los asientos en busca de uno libre. Nada más sentarse cruzó su mirada con un matrimonio de avanzada edad que parecía disfrutar, con heroica paciencia, la espera. Miguel saludó con una sonrisa que ambos correspondieron.

Se acomodó mientras buscaba el móvil. Lo encendió y revisó los mensajes del Whatsapp. Muchos de ellos rememoraban el partido de su equipo de fútbol, que el día anterior había obtenido un resultado histórico. Sonrió de nuevo. Entró en el chat de Susan, pero no había ningún comentario. Ojeó las fotografías de Laura y él juntos, y se quedó observándolas un tiempo.

El anuncio por megafonía del inicio del embarque le cogió por sorpresa.

Todos los pasajeros comenzaron a levantarse con sus equipajes, e iniciaron el ahora moderno ritual de formar una extensa cola.

Un hombre trajeado avanza con paso decidido haciendo caso omiso de la cola. Un pasajero lo percibe y procura impedirlo, pero este lo sortea con habilidad, y hace su entrada por la puerta. El embarque ha comenzado con los pasajeros que disponen de billetes prioritarios.

A mitad de la cola un hombre desaliñado, con una pequeña mochila de cuero marrón, parece también impaciente por subir. Tras él la pequeña que antes corría tras su madre está distraída agarrando una muñeca. Un grupo de jóvenes vestidos con ropa deportiva conversan animadamente. Uno de ellos enseña el móvil a los demás que, inmediatamente, estallan en risotadas. Los colores azul y blanco indican que pertenecen a un equipo... ¿de fútbol? Miguel se pregunta si irán a preparar la próxima temporada. Desde luego las islas son un lugar cercano y muy apropiado para un “statge deportivo”, por lo que supone que debe tratarse de un equipo profesional.

Tras ellos ve a tres hombres que escuchan con atención, incluso con admiración, a un cuarto. Enseguida descubre de quien se trata. Es un conocido cardiólogo de renombre internacional.

Y así uno tras otro, la interminable fila de pasajeros va atravesando la puerta de embarque, validando sus billetes, físicos y digitales, y accediendo a la pasarela de acceso que les conducirán al interior del avión.

Por fin accede al avión. Una bella azafata le saluda profesionalmente. Antes de encarar el pasillo, Miguel, un enamorado de los aviones desde que era un niño, lanza una mirada llena de curiosidad directamente al interior de la cabina del piloto donde descubre al piloto y copiloto absortos, o al menos él así lo supone, revisando todos los instrumentos e indicadores del avión.

Enfila el pasillo en busca de su asiento. Consulta nuevamente su billete digital, esto es algo que no ha cambiado durante todos esos años, y comprueba por

tercera vez el número de su asiento. El asiento número 26D, justo en el pasillo.

No tarda en llegar a su sitio, a pesar de que algunos pasajeros tardan en colocar su equipaje y sentarse en sus asientos. Al cabo de unos minutos el capitán anuncia que el embarque ha finalizado y que proceden a cerrar las puertas del avión.

Miguel se encuentra sentado en su asiento. Delante de él la mamá de la niña de antes le explica cómo debe abrocharse el cinturón, mientras una de las azafatas les hace compañía e intenta, con muy buena actitud, tranquilizar a la niña.

Al poco tiempo el piloto anuncia que tiene permiso para despegar y que se dirige a la pista de aterrizaje. El avión comienza a moverse mientras las azafatas aprovechan para explicar las normas de seguridad.

Mientras, dos azafatas, en un ejercicio de pericia profesional, comienzan a contar pasajeros desde cada extremo del avión. Seguramente para cerciorarse una vez más de que todo el pasaje ha embarcado.

La niña, muy despierta para su edad, le pregunta a una de las azafatas.

— ¿Para que sirve eso?

— Para contar pasajeros cariño. — le responde con simpatía.

— ¿Y cuantos hay? — insiste.

— Si no falla este aparatito, — dice mostrándoselo. —somos ciento cuarenta y ocho, contando a los dos pilotos y la tripulación. Aunque tenemos capacidad para ciento ochenta y seis

— ¿Quién es la tripulación? — preguntó con sagacidad.

— Ya está cariño, — intervino la madre con amabilidad. —no ves que tienen que trabajar.

— No se preocupe.— dijo guiñándole un ojo. — Eres una niña muy lista, ¿sabes? La tripulación somos nosotras, las azafatas.

De nuevo la voz del capitán surge algo estridente anunciando la previsión del

tiempo durante el vuelo y en destino.

— Buenos días señoras y señores, les habla el capitán, en nombre de la tripulación y de mí mismo les damos la bienvenida al vuelo D8735, con destino Mallorca de la compañía aérea Norwegian. El vuelo tendrá una duración de 40 minutos. La previsión meteorológica indica que tendremos cielos despejados en la primera parte de nuestro viaje, pero el tiempo en Mallorca no es bueno por lo que habrá turbulencias en la segunda mitad de nuestro viaje. El tiempo actualmente en la isla es de nueve grados, por lo que hace algo de frío. La tripulación estará a su disposición para lo que necesiten. Después de una breve pausa comenzó a repetir el mismo mensaje en inglés.

El sol parecía decidido a cumplir con su deber de cada día. Ya había remontado el horizonte, y el cielo, con algunas nubes, estaba impregnando de un azul intenso, con pequeñas briznas de un rojizo que se diluía cada vez más. Miguel viajaba sin ningún acompañante. Miraba por la ventana cuando el avión comenzaba a despegar. Se dispuso a dormir cómo solía hacer en aquellos viajes. Segundos después la voz de la niña volvió a despabilarle. Su voz, lejos de molestarle le traía buenos recuerdos.

— ¿Mamá?

— ¿Dime cariño?

— ¿Cuántos pasajeros ha dicho la azafata?

— Ciento cuarenta y ocho.

— ¿Eso es mucho? — preguntó realmente intrigada.

— Mucho. — y cómo la conocía bien cogió uno de los colores que llevaba la niña en su estuche y anotó algo en la revista que estaba leyendo.

La niña la cogió y sonrió.

— ¡Oh!... sí — dijo —. Es mucho.

Sobre la revista, en la parte dedicada a varios anuncios, en un margen, aparecía anotada la cantidad, 148. El número estaba escrito irregularmente,

pero se entendía bien. Qué la madre hubiera utilizado el color rojo era tan casual cómo su trazo grueso e irregular.

Los rayos del sol se colaron por la ventanilla del avión iluminando momentáneamente el número allí escrito.

Al poco tiempo dormía, cómo hacía muchas veces, al igual que otros pasajeros que aprovechaban para descansar y acortar también así el tiempo de vuelo.

Se despierta sobresaltado.

Desde su asiento no es capaz de averiguar que es lo que ocurre, pero en la zona de cabina está sucediendo algo. Varios pasajeros están levantados. Miguel se incorpora algo de su asiento para intentar captar que está pasando.

— Parece ser que una mujer mayor se ha desmayado. — dice la madre de la niña que ocupa los asientos situados frente al suyo. — Llevo un rato observando, pero tampoco consigo enterarme de mucho. Hay mucho alboroto. ¿verdad?

Sin poder evitarlo, la mira extrañado por la confianza con la que se ha dirigido a él, y al mismo tiempo se siente avergonzado al darse cuenta de que su expresión de extrañeza no le ha pasado inadvertida.

— Oh, perdón. Disculpe mi atrevimiento. No quería molestarle.

— No, no. — dice ahora algo azorado, intentando reconducir la situación. — Al contrario, muchas gracias. ¿Qué ocurre exactamente?

— No lo sé. Al despertarme la señora estaba de pie muy nerviosa.

— ¿Y la niña? — pregunta dirigiéndole una mirada a la pequeña.

— Sigue durmiendo. — dijo sonriendo. — Nos hemos levantado muy pronto.

— Si, es verdad. — conviene.

Miguel mira su reloj y comprueba, sorprendido, que apenas han pasado unos minutos desde el despegue.

Al otro lado del pasillo, en la misma fila donde está ubicada la niña y su madre, otro chico está viendo una película en un iPad mientras sus padres, una joven pareja, conversan distraídamente.

En ese momento se oye un griterío. Proviene de la zona donde están sentados

los jugadores del fútbol. Se encuentran casi a la altura de las puertas de emergencia. Una azafata pasa por su lado avanzando en dirección a los chicos. Cuando esta llega a su altura varios de ellos entrecruzan miradas sonriendo pícaramente. Es guapa, y ellos con ganas de guasa, pero se mantienen en su sitio y la cosa no va a más.

Miguel aguza el oído y oye cómo la chica les intenta calmar hablándoles de usted.

— Por favor, manténganse en sus asientos y bajen la voz por favor. Deben respetar el descanso de los otros pasajeros.

Un brusco movimiento del avión la desestabiliza, pero consigue asirse a uno de los asientos. Ahí los chicos comprueban que la joven se mueve con destreza. No así alguno de ellos que, en ese momento, ha variado por completo su expresión.

La niña no parece despertar, pero impulsado por el movimiento sus ojos se dirigen a la ventana. Su mamá al ver la mirada de Miguel la sigue y contempla también cómo las nubes envuelven al avión.

— Pensaba que tendríamos algo de sol. —Dice.

— Si, yo también.

De nuevo los gritos desde cabina.

— No sé si debería ir. —dice adelantándose a sus pensamientos.

Sonríe.

— Si es de ayuda, no entiendo porqué no. —sugirió Miguel.

Ella le mira y, dándose cuenta de la situación, este añade.

— No se preocupe, me encargo de que ella esté bien.

ASIENTOS 1A, 1B

— Tranquila. —le decía con dulce insistencia la azafata cogiéndola de la

mano.

Los rostros alrededor de la señora expresaban un desconcertante e indisimulado escepticismo. Era una mujer mayor. Probablemente jubilada.

— Seguramente se ha despertado y su mente habrá conectado con el pasado. Con su marido fallecido. —oyó decir.

— Ay. —se la oía decir sollozando. —Ay, ¡Dios mío!

Seguía sentada, casi tumbada, y no dejaba de llorar. Una de las azafatas la abanicaba mientras otra, situada en la zona posterior a cabina, no paraba de buscar algo de forma nerviosa.

— ¿Me permiten? — preguntó Mariola intentando aproximarse.

La voz apenas pudo sobresalir del pequeño bullicio que formaban las dos azafatas y varios pasajeros que se habían congregado a su alrededor. El poco espacio que había tampoco ayudaba.

— Por favor ¿me permiten? — insistió Mariola alzando la voz casi gritando.

Por un momento todos callaron. Incluso la mujer pareció contenerse.

— Soy enfermera y quizás pueda ayudar. Si me permiten. —dijo tratando de pasar entre los viajeros.

Una de las azafatas reaccionó con rapidez.

— Por favor, vuelvan a sus asientos. Despejemos la zona para que podamos atender a la señora con comodidad.

Mariola se movía con solvencia. Enseguida le tomó la presión.

— Necesitas el FAK. — le sugirió la azafata.

— ¿Qué es eso?

— El botiquín.

— Si, por favor.

— Está hiperventilando. Una bolsa por favor.

— ¿Esto? — preguntó una de las azafatas mostrándole una bolsa de cartón para los vómitos.

— Si eso servirá.

Al cabo de unos minutos la respiración de la señora era más pausada. Solo entonces Mariola comenzó a hablar con ella.

— ¿Se encuentra mejor?

No obtuvo respuesta, pero sus ojos, muy abiertos, la observaban cómo desconcertada.

A su espalda la azafata, que hacía las funciones de sobrecargo, la tocó en el hombro y, haciéndola un pequeño gesto, la llevó con discreción a pocos metros, cerca de las puertas de embarque.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Mariola.

— Ha sido de repente. Créame que no sabemos qué pensar.

— Bien. Explíquemelo desde el principio.

— Sencillamente ha despertado sobresaltada. Ha empezado a mirar de lado a lado y acto seguido se ha puesto a llamar a su marido. Me ha preguntado que donde estaba, y le he contestado que probablemente estaría en el lavabo. Lo ha dicho tan convencida que, sin darme cuenta de lo que pasaba, le he seguido el juego.

— ¿Y dónde está el señor?

— Pues ahí reside el problema.

— ¿Qué problema?

— Pues nadie ha visto a ese señor.

— Pero eso no es posible. ¿no? — preguntó Mariola, sin saber muy bien que respuesta esperaba.

— Bueno, si lo es.

— Disculpa. No te entiendo.

— A ver. Nadie recuerda haber visto a su marido.

— Ah. Entiendo.

La historia parecía bastante clara y cruel. Una persona mayor embarcaba para

hacer un pequeño viaje a las islas, y en mitad de un vuelo tormentoso se despertaba buscando a su media naranja. Alguien con quien había convivido toda una vida. Alguien que era más que ella misma. Su otro yo.

— El cerebro le habrá jugado una mala pasada. A esas edades ya sabemos todos lo que pasa. Es una pena. ¿Qué hacemos? — preguntó la sobrecarga, algo impaciente y con mirada inquisitiva.

— Intentaré hablar con ella. Si se mantiene estable mejor será que duerma, y cuando lleguemos al destino deberían llamar a una ambulancia.

— ¿Y si empeora? — de nuevo ese tono.

— Entonces le administraremos un sedante.

— Muy bien. — dijo.

— Esto...

— Mónica.

— No se preocupe Mónica. — dijo acompañándolo de una sonrisa. — Todo irá bien.

Ya con la mujer, Mariola trató de animarla sin éxito. Estaba cómo ida. La cabeza girada hacia la ventanilla, cómo hipnotizada, mientras observaba el difuso mundo exterior donde las densas nubes lo cubrían todo.

ASIENTOS TRIPULACIÓN

¿Tranquila? Eso es lo que le había dicho la enfermera. ¿Qué no se preocupara? ¿Quién era ella para decirle eso? No era la primera vez que en un avión ocurrían cosas, y no pensaba dejarse ganar por una sabelotodo por muy enfermera que fuera. En aquel avión ellos eran los que mandaban, para eso eran los tripulantes y ellos los viajeros.

Sus dos compañeras se encontraban deambulando por el pasillo atendiendo a los pasajeros. Mónica se sentó en su asiento y comenzó a revisar las

existencias de material, alimento y bebidas que transportaban. Un nuevo temblor volvió a colocar en algún aprieto a las azafatas y de nuevo lograron sortear aquella prueba con nota. Un bloc cayó al suelo. El golpe lo había arrancado de su sitio impactando contra el suelo.

Mónica lo cogió. Lo volvió a colocar en su lugar, pero al girarlo pudo leer lo que decía en la cabecera del documento.

ASIENTOS 1A,1B

Las nubes se retorcían casi de forma invisible. Las tonalidades de nubes blanquecinas y algunas más grisáceas se turnaban difuminándose para dar lugar a nuevas mezclas más y más masivas, más o menos consistentes. Pero sus ojos no variaban lo más mínimo.

— José. —se oyó decir así misma. —Mi vida.

Y siguió sollozando en silencio.

— ¿Dónde estás?

ASIENTO 26D, 25E, 25F

Miguel no daba crédito a lo que estaba oyendo. Pobre mujer. Era verdad que muchas personas mayores, a ciertas edades, eran víctimas de una demencia más o menos grave que les provocaba vivir situaciones que no eran reales, pero que ellos las vivían cómo si las fueran.

— Ya he visto que os habéis hecho amigos. —dijo Mariola al ver la animosidad con la que su hija se había habituado a Miguel.

— Despertó nada más irte. —aclaró.

— Tu mamá es una enfermera genial. — añadió acompañándolo de un guiño. La niña sonrió ahora algo avergonzada y prosiguió jugando con sus colores.

— Espero que mejore.

— La verdad es que es una lástima. En fin. —dijo sonriendo agradecida, al tiempo que se sentaba de nuevo junto a su hija.

Poco a poco todo volvió a la calma.

O casi todo.

ASIENTOS TRIPULACIÓN

El listado. Como no había pensado antes en ello. Pero, el listado ¿para qué?, se preguntó. Miró tras el módulo que les separaba de los pasajeros de primera fila y la vio. Allí sentada. Inerte cómo un animalillo acorralado.

Cogió el listado y comenzó a repasarlo. Tenía la sensación de que estaba haciéndole el juego a la señora y se puso nerviosa. No quería que nadie la cogiera comprobando la lista de embarque.

Ciento cuarenta y ocho pasajeros. Todos desde la fila uno hasta la veinte ocho. La señora, que ocupaba el 1B se llamaba Elisenda Martín. Su corazón se aceleró al comprobar que en el asiento 1A debía encontrarse José Pérez. Sintió un escalofrío, se asustó y cerró la carpeta dejándola de nuevo en su sitio.

— No puede ser. — dijo casi en voz alta.

La sensación es angustiosa. Piensa que debe ser cómo estar atrapado en el cuerpo de otra persona. Siente que no puede moverse. Ni piernas, ni brazos, nada. Excepto los ojos. Pero aun así lo intenta. Se esfuerza, pero de nuevo fracasa. No hay manera. Entonces empieza a desesperarse. Nota que respira cada vez con más dificultad. Algo parece oprimirle con fuerza aunque no entiende lo que está ocurriendo.

Mueve los ojos de un lado a otro en busca de... ¿ayuda? A su alrededor puede ver a sus compañeros de viaje. Todo el equipo, al menos los que están en su campo de visión, parecen dormidos. Y algo en su cerebro le indica que están también ausentes. Del todo. Una punzada de pánico le sacude todo su ser y acelera inconscientemente su respiración.

Los latidos de su corazón se disparan. El ensordecedor sonido de sus pulsaciones le golpea de forma incesante, impidiéndole oír con claridad, dificultándole el resto de sonidos que proceden de fuera de su cuerpo.

— Cálmate. —se dice.

Respira hondo intentando relajarse. Pero nada ocurre durante algún tiempo. Demasiado para tratarse de un sueño o de una pesadilla. Por alguna razón, piensa, está despierto.

Desde que era pequeño el deporte era el medio que le permitía sentirse libre y responsable. En el campo sabía leer muy bien el movimiento de sus compañeros. Incluso intuía sus desmarques, donde se encontraban, hacia donde irían, cómo se desmarcarían. Le encantaba imaginar jugadas. El desarrollo de cualquier jugada era una oportunidad para crear y, al mismo tiempo, era una ocasión para destruir. Puro arte, se decía a veces Fran.

Y allí se encontraba ahora, sentado en el avión, inmóvil, aunque viendo lo que ocurría ante sus ojos. Algo aterrado si, pero dispuesto a enfrentarse a lo que fuera con tal de superar aquel momento. ¿Se estaría muriendo?, se preguntó.

Frente a él, entre los espacios de los asientos, intuye a sus compañeros de equipo. Parecen sumidos en un profundo sueño. ¿Estarían experimentando sus mismos síntomas? A ambos lados, Juan y Tomás, ambos sentados junto a él en los asientos 18A y 18C, también parecen dormir. Más allá de Tomás no es capaz de vislumbrar nada. Si pudiera moverse, piensa para sí.

De pronto, siente la necesidad de llorar. Los ojos se le llenan de lágrimas y estas comienzan a deslizarse por su mejilla, lo que le hace llorar aún más. No siente nada. Ni siquiera las lágrimas.

Entonces ocurre algo. Un ruido tras de sí. Muy cerca.

— Para, para... — se dice intentando eliminar cualquier ruido que le impida oír con claridad.

El sonido se repite con diferente intensidad hasta desaparecer. Es... cómo si alguien estuviera arrastrando algo muy pesado. Y a pesar del ruido de su propia respiración, y de sus latidos cada vez más acelerados, consigue distinguirlo.

Otra vez se oye. Debe estar muy cerca, a juzgar por el...

Sorpresa.

Una sombra atraviesa su campo visual más allá de donde se encuentra Tomás. Por el pasillo. No lo ha visto bien porque no puede fijar la vista en ese lugar. Le queda demasiado escorado. Pero su corazón le ha dado un vuelco. Menudo susto. Algo ha atravesado el pasillo en dirección a la cabina.

De nuevo se oye el mismo sonido. Está temblando. Al menos es lo que siente en su interior. Prefiere no mirar. Está aterrorizado. ¿Qué demonios es eso? ¿Qué diablos está ocurriendo? Intenta fijar su vista en el otro lado, pero la curiosidad le puede.

— No lo hagas. — se dice.

Pero no es posible. Está destinado a verlo. Respira hondo e intenta de una forma irracionalmente heroica dejar de llorar para poder ver lo mejor posible. Qué las lágrimas no le molesten.

De nuevo el sonido se repite, y en ese momento dirige la mirada hacia el único lugar que queda libre. Entre el respaldo del asiento del 17C y las piernas de Tomás ve algo. Su corazón de nuevo le da un vuelco y el terror se apodera de él definitivamente. Paralizado desde su asiento, es testigo excepcional de algo que no comprende, que es incapaz de asimilar. El cuerpo de un hombre está siendo arrastrado en dirección a la cabina. Y en su cárcel particular, Fran comienza a gritar de puro terror mientras, lo que sea que está arrastrando a ese señor, sigue haciéndolo de forma inexorable e impune.

¿Qué ha sido eso?, se oye decir. Dios mío, se dice otra vez entre lágrimas.

Inexplicablemente dirige de nuevo una mirada al cuerpo que está siendo arrastrado, y contempla cómo su cuerpo atraviesa su reducido campo visual. Unos elegantes pantalones grisáceos dan paso a los pies. Le llama la atención que un pie está cubierto por un llamativo zapato anaranjado, y que el otro pie no está calzado. Con un nuevo tirón el cuerpo pasaría por completo.

Algo cae al suelo y de pronto, todo adquiere un nuevo cariz.

— Dios mío. —dice para si mirando sus cascos en el suelo.

Y el temido último tirón no se produce. Sus ojos, ahora permanecen centrados en los zapatos anaranjados del desgraciado pasajero. Y no, no se produce el tirón. Algo pasa. Otra vez el miedo. Una nueva ola de pánico le sube por el pecho cuando, desde la parte superior del asiento, más o menos a la altura del pasillo, ve aproximarse una sombra, lenta pero inexorablemente, hasta quedar a pocos centímetros de él. Cierra los ojos instintivamente y siente su presencia.

El tiempo pasa y Fran es incapaz de abrir los ojos. Está llorando, está

asustado, pero no abrirá los ojos... jamás. Nunca. Por Dios, que pase ya... por favor, que sea todo un sueño... por favor... por f...

ASIENTO 18A, 18B, 18C

Las voces del resto del equipo le llegan ahora cómo un eco lejano que se abre paso a manotazos, de forma rápida y violenta. Aguanta algo más haciéndose el dormido. Las voces son ahora el mejor embajador de la realidad. No hay duda de que han despertado. Entonces abre los ojos y se lleva las manos a la cara. Está llorando.

— Vamos dormilón, — le dice Tomás. — menudo viajecito Fran.

Hay cierto barullo, cómo diría su amigo Joel, en el avión. Fran no sabe si tendrá algo que ver con su sueño, pero está seguro de una cosa. Jamás se le olvidará esa pesadilla.

— Déjame pasar Tommy. Voy al lavabo.

Su amigo, algo más fornido que él, le deja pasar. Se dirige a la parte de atrás del avión y entra en el baño. Orina y se lava las manos. Aprovecha para echarse un vistazo. Su aspecto está muy lejos de ser el de siempre. Probablemente esté enfermo y tenga algo de fiebre. Se lleva la mano a la frente en un acto reflejo. ¿Quién sabe piensa? Nunca ha sido muy bueno para dilucidar si estaba enfermo o no. Su madre en cambio era una experta. Se lava la cara con abundante agua y se seca a duras penas con el papel disponible. Se mesa el cabello y sale del lavabo.

Justo al salir y cerrar la puerta, su mirada se dirige al final de la cabina de pasajeros, donde algo le llama la atención. Avanza hasta allí y por fin descubre de que se trata. Su corazón se acelera, cómo en su pesadilla. Incluso por un instante duda de haber despertado. Rápidamente vuelve a su sitio donde sus amigos siguen hablando y riendo, pero Fran parece no estar allí. Parece

desconectado del resto. Mira a su alrededor para después volver la mirada en dirección al baño.

Está pálido, cómo si se hubiera encontrado con un fantasma. Aunque en realidad lo único que ha visto es un solitario zapato anaranjado junto a la puerta trasera de embarque.

— Algo está pasando. —dice un pasajero de avanzada edad.

Junto a él, su mujer y su nieta, quizás de unos veinte años, observan con atención, quizás exagerada, cómo este pide explicaciones a la azafata.

— No ocurre nada. — dice la azafata amablemente.

— Pero esta niebla es infernal, ¿cómo puede ser que no hayamos llegado ya?
—insiste.

— Ya avanzó el capitán que la previsión del tiempo anunciaba mal tiempo en las Islas, nuestro destino.

— Señorita, por favor, me duele el trasero cómo si llevara horas durmiendo.

Helena es azafata desde hace quince años, y a pesar de que había vivido no pocas situaciones conflictivas, especialmente entre pasajeros, no recordaba haber visto a los pasajeros tan inquietos. Además, también debía reconocer que se encontraba especialmente cansada.

Hacia rato que había creído despertar sentada en los asientos de la tripulación, pero enseguida se había sobrepuesto y continuado con su labor en el avión, asistiendo a los pasajeros. La sensación de haber estado durmiendo era muy real, pero su mente le decía que no, que se trataba de uno de esos momentos en los que el sueño casi se adueña de ella, dejándola en un estado de cierta ensoñación. Muy poco profesional, tenía que reconocerlo, pero a veces las cosas eran así. Demasiadas horas de trabajo podían pasar factura. En cualquier caso, estaría alerta para que no le volviera a pasar.

En mitad del pasillo, un joven perteneciente al equipo de fútbol permanecía de pie, cómo absorto. Helena le hizo una señal para que se sentara y este le obedeció aunque a regañadientes. Tiene mala cara, se dijo.

ASIENTOS 15B, 15C

- ¿Cómo puede ser?
- No lo sé, desde luego es curioso.
- Pero ¿tú que hora tienes?
- Ya te lo he dicho. Tengo las 7:45 de la mañana.
- ¿Lo ves? ¿Cómo es posible?
- Qué pesada eres, porque se ha parado.
- Sí, pero ¿y el móvil? ¿Qué me dices del móvil?
- Se nos ha bloqueado a las dos.
- Lo ves... — dijo alargando la “e”.

Las dos amigas estaban enzarzadas en una animada discusión. Las camisetas, una pequeña mochila ubicada a sus pies y el pañuelo alrededor del cuello anunciaban que eran un par de aventureras en busca de un fin de semana de, precisamente eso, aventuras.

- Pues vaya rollo.
- Oye, llama a la azafata y pregúntale. A lo mejor sabe algo.
- Anda, esas no tienen ni idea...

ASIENTOS 7A, 7B

— ¿Habías visto alguna vez una niebla tan intensa? —preguntó Shaila a su marido.

Ambos de origen indio, hacía años que habían recalado en Barcelona, en busca de una nueva vida, de un nuevo hogar. Y sí. Lo habían encontrado. Yamir había logrado consolidar su negocio de importación de gadgets tecnológicos, especialmente de robótica e imagen y sonido, hasta el punto de conseguir una facturación importante y dar empleo a veinte personas.

— No. La verdad es que no. Pero no es niebla cariño. Son nubes.

Shaila sonrió a su marido.

— ¿Y no es acaso lo mismo?

Yamir sonrió.

— Supongo que sí.

ASIENTOS 7E, 7F

— No se ve nada.

— Es una lata tío.

— La lata es la que nos vamos a tomar esta noche.

Ambos se pusieron a reír.

— Pero el lugar a donde vamos, no pediremos precisamente una lata.

— ¿Has visto las fotos que ha colgado Sonia? Esta tía está colgada.

— No.

Cogiendo el móvil.

— Pues mira.

El móvil se puso negro al tiempo que un circulito formado por pequeños guiones plateados giraba sobre si mismo hasta que desaparecieron en el fondo

negro de la pantalla.

— Espera que se ha apagado.

— Joder que mierda, ¿no?

Manipuló el móvil durante unos segundos pero sin éxito.

— Te habrás quedado sin batería.

— Imposible. —dijo con cierta arrogancia. —Lo cargué especialmente para no quedarme sin batería durante el vuelo.

— Vaya mierda de móvil. —espetó.

— Qué dices, pero si es un iPhone.

— Pues eso. —y comenzó a desternillarse de risa.

ASIENTOS 6D, 6E, 6F

— ¿Has oído?

— No. ¿El qué?

— Creo que a ese chico de atrás no le funciona el móvil.

— Mamá, esto es un iPad. No es un móvil.

— Da igual lo que sea. —dijo su hermano sentado junto a ella. — Es un aparato electrónico, ¿no? Pues ya está.

— Pero no es lo mismo.

— Anda que no.

— Buenos chicos, — intervino la madre. —¿no podéis estar un momento sin discutir? El caso es que a ellos tampoco les funciona.

ASIENTOS 16B, 16C

Nora miró a su marido divertida, sin decirle nada. Solo le observaba.

— ¿Será posible? — dijo molesto.

— A ver, ¿qué ocurre?

— El dichoso reloj. No funciona.

— ¿Qué le ocurre?

— No lo sé.

— Antes oí decir a alguien que no le funcionaba el móvil.

— ¿Y qué?

— ¿Puede que tenga algo que ver?

— No hombre. ¿Qué tiene que ver un móvil con un reloj?

Ella volvió a reír ante la teatralidad con la que su marido afrontaba la situación.

— Bueno, por ahora, tienen algo en común. — hizo un breve silencio. — Ninguno de los dos funciona.

ASIENTO 13A, 13B

Estaba acostumbrado a viajar solo, de la Isla a la Península y de la Península a la Isla. Fue algo mareante al principio, pero llegó un momento en que eso ya no le importaba. Sus padres se habían divorciado y Daniel se sentía cómo una pelota viajera que volaba por el aire en busca de un nuevo golpe, que lo devolviera nuevamente al otro lado del charco. Quince días era el tiempo que tardaban en lanzarle de nuevo al espacio aéreo, cómo en un extraño partido de tenis, en el que ninguno de los dos jugadores renunciaba a pegarle fuerte a la pelota para alejarla de su lado lo máximo posible. Así es cómo se sentía. Un problema que había que evitar a toda costa.

Cuando le anunciaron que en el próximo viaje de vuelta, ¿de ida?, iría con un acompañante, Daniel no reaccionó de ninguna manera.

Se trataba de una mujer mayor. Beatriz vino a recogerle a casa y le llevó al aeropuerto. La situación era una auténtica novedad para Daniel. No se atrevió a hacerla ninguna pregunta. Estaba desconcertado. ¿Quién era?, ¿Sería su acompañante a partir de ese momento? ¿Había cambiado algo entre sus padres? De camino al aeropuerto se le ocurrían nuevas preguntas que esperaba poder resolver durante el vuelo. Pero sus esperanzas se vinieron al traste enseguida, cuando el avión despegó. Muy amablemente Beatriz se despidió de él, se acomodó en su asiento y se puso a dormir. Apenas habían hablado, y ella ya había decidido que su mejor opción era ponerse a dormir. ¿Para hacer su viaje más corto?

Ahora Daniel se encontraba en el asiento 27D, muy lejos del 13A Y 13B. Había decidido cambiar de sitio por uno situado en la parte de atrás del avión. Lo más lejos posible de esos asientos.

Estaba cubierto con una manta que le había proporcionado la azafata. La hermosa azafata con cara de haber visto un fantasma. Le había parecido tan frágil y tan nerviosa. Incluso creyó haber sentido su piel extremadamente fría al contacto de sus manos, cuando le cubrió con la manta.

Sintió una leve punzada en el estómago. Se obligó a no pensar más en ello, ni en sus padres ni en su acompañante, e intentó seguir la conversación del señor situado un poco más adelante. Él, junto a la señora y la niña eran los pasajeros más próximos. No sabría explicar porque, pero se sentía mejor allí, cerca de ellos.

Y eso era importante ahora que Beatriz no estaba.

ASIENTOS TRIPULACIÓN

Sara, la azafata más joven, es la primera en despertar.

Está algo cansada aunque el breve sueño le ha sentado bien. Incluso cree recordar que ha soñado con algo placentero. ¡Oh! si, piensa para sí. Con Víctor. El apuesto italiano que conoció en su último viaje a Roma. Una relación breve, pero suficientemente intensa cómo para que ambos pensaran en volverse a ver.

Se concentra e intenta recordar, pero algo le llama la atención. Se siente rara. Su cabeza parece resistirse a despertar. Lentamente la realidad se va abriendo camino. Todo parece ir ajustándose. De pronto, es plenamente consciente de que se ha dormido, e instintivamente lo primero que hace es sobresaltarse.

— No, Dios mío, no puede ser. —dice en voz baja, casi balbuciendo.

Está tumbada frente a la puerta de la cabina de los pilotos. Pero ¿qué ha ocurrido?, se pregunta. Se incorpora del suelo y abre los ojos asustada. No acaba de entender lo que está ocurriendo. Pero cuando por fin contempla el resto del avión casi cae de nuevo al suelo.

Sujetándose a las cabeceras de los asientos comienza a recorrer el pasillo. Va con lentitud, no acaba de creerse lo que está viendo, y tampoco sabe cómo interpretarlo. Siente que todo es muy extraño y que quizás siga soñando.

Pero no. No se trata de ningún sueño. Todos los pasajeros que es capaz de divisar desde su posición están dormidos. Apenas se oye ningún ruido. Más allá del sonido de los motores y de la vibración del avión, no detecta ningún sonido que pueda evidenciar que hay algún pasajero despierto.

La mujer del 1B está dormida con la cabeza caída hacia delante. Es una mala postura, piensa. Sin pensarlo se dirige a ella y le coloca su almohadilla, que

yacía a sus pies, en el cuello.

Esta acción le ha permitido recuperarse un poco y dotar de cierta normalidad, aunque sea durante unos segundos, a la situación. Pero el peso del silencio es brutal. De pronto siente algo que la sorprende y la hace sentir miedo. Palidece brevemente al sentir la soledad del momento.

Vuelve a recorrer el pasillo aunque esta vez no está sola. El miedo es un compañero inesperado que incluso podría llegar a materializarse en algo físico. Se da cuenta de que no razona con lucidez. Está atenazada por los nervios. Los siente en el estómago. Siente su propia agitación mientras avanza, y los pasajeros van apareciendo uno tras otro, jóvenes y mayores, dormidos, o algo quizás mucho peor.

El equipo de fútbol, el matrimonio indio, el grupo de mayores, las jóvenes mochileras, todos. Todos están... ¿dormidos? Se lo pregunta de nuevo, cómo si en su interior su mente estuviera lanzándole un mensaje muy claro. ¿Seguro que están dormidos?

Continúa caminando cuando el avión sufre una repentina pérdida de altura, acompañada de una breve pero violenta sacudida que lo desestabiliza. Las luces interiores parpadean a modo de protesta al tiempo que Sara cae al suelo. Todos los pasajeros se ven desplazados de sus asientos en un extraño movimiento sincronizado. La cabeza de uno de ellos cae frente a Sara y esta grita sorprendida. Está asustada.

Consigue ponerse en pie de nuevo, al tiempo que el avión parece recuperar su estabilidad después del golpe asestado por el mal tiempo. Vuelve el silencio al avión. La quietud y su ahora fiel compañero. El miedo parece ahora algo físico y perfectamente palpable. Sara está temblando. Si bien la sacudida y posterior caída ha sido algo aparatosa, lo que más la aterroriza es que ninguno de los pasajeros se ha despertado. Ninguno.

Ahora muchos presentan una posición a todas luces incómoda para personas

que estuvieran solamente durmiendo. Movida por la necesidad de saber, se acerca al pasajero más cercano y le toma el pulso. Suelta la muñeca de la señora con cierta despreocupación. Está viva.

Sara era incapaz de ver algo que estuviera mal colocado, dejarlo y pasarlo por alto. Quizás fuera por su educación, quizás por su manera de ser, o simplemente por la necesidad de hacer bien su trabajo. Vuelve a la primera fila y comienza a comprobar que todos los pasajeros se encuentren bien sentados. Durante veinte minutos se dedica a poner en buena posición a todos los pasajeros que lo necesitan. Hasta llegar al final del pasillo.

Y allí. Al final de todo, se encuentra con algo inesperado.

Se trata de un niño. Tiembla de forma intermitente. Enseguida se da cuenta de que está... ¿despierto? Se queda mirándole, y algo le dice que está probablemente más asustado que ella.

— ¿Estás bien? — dice Sara con nerviosa dulzura.

El niño reacciona temblando aún más y murmurando algo incomprensible. Al instante Sara se da cuenta de que está llorando.

— Tranquilo. Soy la azafata.

A modo de respuesta el niño ya no disimula su llanto.

— No deje que me lleven. — dice a duras penas con voz entrecortada.

Sorprendida por lo que acaba de oír la azafata se acerca a él y le intenta abrazar, pero él se retira hasta que su cuerpo toca la ventanilla.

— Vale, vale... Tranquilo.

— No se acerque.

— Tranquilo. ¿Cómo te llamas?

— Daniel. — responde él lanzándole una mirada rápida.

— ¿Y tus padres?

Gira de un lado a otro la cabeza.

— ¿Algún acompañante?

Ahora asiente.

— Estaba en la 13B.

Sara retrocede hasta esa fila y no ve nadie allí. Únicamente una manta. La coge y vuelve con el chico.

— Daniel cariño allí no hay nadie. Solamente esta manta. Te la he traído para que te abrigues. Hace algo de frío.

Se acerca a él y le cubre con la manta. Sus manos se tocan y el chico retrocede.

— Están frías. —dice ahora más tranquilo. —¡Gracias!

Ellas sonrían mostrando unos dientes perfectos.

— ¿Qué haces aquí Daniel?

— No puedo decírselo.

La respuesta es enigmática, pero no le da más importancia. Se trata de un niño que viaja solo.

— A mí puedes decírmelo.

Pero Daniel no parece dispuesto a decir nada.

— ¿Tienes miedo?

La respuesta es inmediata. Mueve la cabeza de arriba abajo.

— No temas. Puedes hablar, ¿sabes? Estamos tú y yo solos. Los demás parecen dormir.

No hay respuesta.

— ¿No quieres hablar?

Ahora la respuesta es negativa.

— ¿Por qué?

Entonces el niño parece molestarse y gira su cabeza.

— No te entiendo. — Sara responde algo nerviosa. — ¿Qué ocurre? ¿Piensas que alguien puede estar escuchándonos?

Entonces se gira hacia ella y asiente con gravedad.

— Lo siento. —dice de forma grave. —Lo siento.

— ¿Por qué?

Se oye un golpe sordo a la altura de la cabina del avión.

— ¿Por qué lo sientes? —insiste sobresaltada.

Daniel la mira fijamente, con tristeza.

— Porque estás despierta. — dice cerrando sus ojos.

Los ojos de Sara se abren por completo al tiempo que un nuevo golpe, esta vez más contundente, vuelve a producirse.

Y Sara entra en pánico.

ASIENTOS PASAJEROS Y TRIPULACIÓN

La situación es compleja.

La escena es inaudita en un avión. El pasillo central está ocupado por los pasajeros. Todos exigen explicaciones a las azafatas que han retrocedido ante la presión, hasta quedar a pocos centímetros de la cabina de los pilotos.

En mitad del barullo Mónica intenta hablar con su compañera.

— ¿Dónde está Sara? — pregunta casi gritando.

La expresión de Helena es muy gráfica cuando abre los brazos y, al mismo tiempo, sube los hombros hundiendo levemente la cabeza, en un movimiento que, si no fuera por la situación, sería gracioso.

— No está.

— ¿Cómo que no está?

— La he buscado por todas part...

Pero no puede acabar la frase, cuando un grupo de pasajeros, los más exaltados, avanzan hacia ellas hasta quedar apenas a unos pocos centímetros. El espacio es muy reducido, casi oprimente, por lo que ambas se sienten acosadas.

— Por favor, vuelvan a sus asientos. — consigue decir Mónica con energía, aunque su voz suena más a una súplica que a una exigencia.

La voz apenas se impone. Casi todos los pasajeros hablan unos con otros ocupando el pasillo central. La situación es agobiante.

— ¿Quiere alguien explicarnos que está pasando? — grita un pasajero. Enseguida le siguen los demás cada vez más envalentonados.

— Deberíamos haber llegado ya a nuestro destino.

— Eso, — añade otro. — y además, ¿qué está ocurriendo con los móviles?

¿nunca me había ocurrido nada igual? A más de un pasajero le pasa lo mismo. ¿Qué estamos, en mitad de una tormenta eléctrica o qué?

— Estas no tienen ni idea, no las ves. —Dice otro despectivamente.

— POR FAVOR... — ahora la voz suena alta y algo distorsionada por la megafonía interior. —HAGAN EL FAVOR DE VOLVER A SUS ASIENTOS.

Mónica baja el micrófono mientras observa que algunos pasajeros han decidido sentarse. Pero son muy pocos, y muy probablemente porque no hay suficiente espacio en los pasillos. Pero aun así, decide seguir con la misma estrategia.

— POR FAVOR, POR SU PROPIO BIEN DEBEN SENTARSE. SOMOS MUCHA GENTE Y CON MUY POCO ESPACIO. SEAN TAN AMABLES DE SENTARSE.

Esta vez la respuesta es mayor y, poco después, apenas quedan unas pocas personas en el pasillo, pero de nuevo los más osados siguen allí de pie con una actitud desafiante.

— Mira chica, no quiero ser maleducado, pero no pienso sentarme porque tú lo digas. Aquí está pasando algo y exigimos que alguien nos diga algo... ¡ya!

— Por favor, señor siéntese para que podamos intent...

Pero de nuevo es interrumpida por otro pasajero.

— ¡Qué no! — dice el pasajero gritando y arrebatando a Mónica el micrófono. Y girándose frente al resto de pasajeros comienza a hablar. —HOLA A TODOS...

Pero no consigue decir nada más. Alguien le placa literalmente contra la pared de la cabina del piloto inmovilizándolo.

— ¿Quién co...? — de nuevo es silenciado hábilmente cuando alguien le presiona el brazo. — Vale, vale... — grita.

Por un instante se produce un silencio absoluto en todo el avión, momento que aprovecha el pequeño grupo subversivo para volver a sus asientos.

— No se asusten. —anuncia el inesperado héroe. — Mi nombre es Miguel y soy agente de policía. Como comprenderán no puedo permitir que ningún pasajero se extralimite con la tripulación y no cumpla las normas.

— ¿Y cómo sabemos que es usted policía? — pregunta un pasajero espontáneamente.

A modo de respuesta Miguel extrae su cartera y enseña la placa.

— Eso puede ser falsa. —dice alguien sin gritar demasiado.

— Oh, vamos. —dice sorprendido. — Sean racionales. Soy policía desde hace quince años. Con mucho gusto iré mostrándoles mi placa a cada uno de ustedes, y respondiendo a sus preguntas, pero creo que hay otras cosas más importantes.

— Es verdad. —dice alguien.

— Sí. —dice otro.

— Estoy de acuerdo.

— Siga hablando. —añade una persona mayor.

— Gracias. —le dice Mónica.

En un momento la situación ha cambiado. Los pasajeros sienten que alguien ha restaurado el orden de las cosas.

— Amigo. —le dice ahora al pasajero que había arrebatado el micrófono a Mónica, y que aún se mantenía de pie junto a él.

— Carlos. —le aclara este. Le mira intensamente al tiempo que se toca la muñeca con la otra mano. — No vuelva a hacerlo. —añade.

Este vuelve a su asiento algo acalorado. Ha sido reducido delante de todo el mundo. Ha sido humillado. En su fuero interno Carlos sabe que quizás se ha extralimitado, pero el poli, si es que lo es, piensa para sí, le ha atacado por la espalda.

Miguel le entrega el micrófono a la azafata, pero esta le agarra de la muñeca invitándole, con un leve gesto, a que continúe él. Duda por un momento, pero

al ver la expresión de Mónica decide continuar.

— Muy bien. Está claro que estamos todos algo nerviosos. Yo iba sentado en el asiento 26D, y hay muchas cosas que cómo ustedes no entiendo. Para intentar comprender qué es lo que está pasando, si les parece bien, voy a hacerles algunas preguntas y, por favor, respondan levantando la mano, porque ahora mismo no podría escucharles a todos. ¿Les parece bien?

El sí es casi total.

Miguel sonríe.

— Mejor levanten la mano.

Todos, a excepción de algún pasajero levantan la mano.

— Muy bien. ¿Alguien tiene la sensación de haber dormido demasiado?
¿Alguno de ustedes se siente cansado?

Casi todos levantan la mano.

— De acuerdo. —y añade. — ¿Y alguien piensa que ha dormido más de una vez? No lo sé, — parece reflexionar algo pensativo. —Yo tengo esa sensación.

De nuevo las manos se van alzando hasta casi completar la totalidad de los pasajeros.

— Oiga. —le interrumpe Mónica.

— Miguel.

— Muy bien, — corrige ella. —Hay algo que quiero comentarle.

— Dígame.

— No sé cómo comenzar.

— Mónica, tranquila. Está claro que esta no es una situación normal.

— Bien. —dice nerviosa.

— ¿De qué se trata?

— Bien... —duda. —El caso es que no encontramos a Sara.

— ¿Quién es Sara?

— La tripulación está compuesta por los dos pilotos, Sara, Helena y yo.

— ¿Qué quieren decir con que no la encuentran?

— Ya sé que suena mal, pero... no está. — E involuntariamente se ruborizó.

— ¿Dónde fue la última vez que la vieron?

Ambas azafatas se miraron.

— Estábamos las tres aquí.

— Bien. Necesito ver cualquier lugar donde haya podido ocultarse del resto de los pasajeros o la tripulación.

— Venga conmigo.

Mónica comenzó a caminar en dirección a la otra parte del avión. Al llegar al final era evidente que allí no había sitio para ocultar nada, mucho menos a una persona, a excepción de los aseos que estaban vacíos.

— Todo son compartimentos reservados para la comida, la bebida, las bandejas, cubiertos, etc. Son espacios reducidos porque este es un avión de reducidas dimensiones pensado para trayectos medios o cortos.

Miguel vio un zapato anaranjado en el suelo.

— ¿Y eso?

— Debe ser de algún pasajero. Habrá caído de una maleta. Pero no debería estar ahí. —contestó Mónica.

— ¿Y en la bodega? ¿Podría estar allí? —insistió Miguel.

— No existe acceso a la bodega.

— Muy bien. Escúchenme con atención. Nadie desaparece de un avión en pleno vuelo. Debe estar con el capitán.

— Lo he pensado antes. — añade Helena. — He llamado a su puerta y no contestan.

— ¿Seguro que nadie contestó?

— Bueno, es verdad que entre tanto ajetreo ya no lo recuerdo muy bien.

— ¿Se han dormido durante el vuelo?

La pregunta les coge por sorpresa.

— Lo admito. —dijo Helena avergonzada. —No sé cómo ocurrió, pero recuerdo haber despertado desorientada en algún momento. No sé si dormí mucho tiempo, pero si haber tenido la sensación de haberlo hecho.

— ¿Y usted Mónica?

— No lo sé. —dice incómoda. —Quizás como ella.

— Vayamos a la cabina.

Mientras atraviesan de nuevo el pasillo Miguel, al pasar junto a sus compañeras de viaje aprovecha para saludarlas. Mariola y la niña le saludan con discreción. El resto de pasajeros les acompañan con la mirada, intrigados ante el ir y venir del agente y las azafatas.

Es Helena quien llega primera a la puerta, seguida de Mónica y Miguel. Los tres se quedan frente a la puerta.

— Muy bien, —comienza a decir Miguel. —sobre todo Helena, proceda con naturalidad.

Al principio procede con cautela y la llamada es breve. Tres golpes suaves sobre la superficie de la puerta. Esperan unos segundos y los tres se miran. No hay respuesta. Miguel la mira y asiente con la cabeza. De nuevo Helena repite la llamada con algo más de firmeza. Dejan pasar algo más de tiempo y tampoco se produce ninguna respuesta.

— No queda más remedio. —les dice, obviando que lo tenía hablado previamente.

Mónica coge el micro del interfono e intenta comunicarse con la cabina.

— Capitán, aquí Mónica la auxiliar de vuelo, necesitamos hablar con usted. ¿Podemos acceder a la cabina?

— Insista.

— Capitán, me oy... — pero un extraño sonido acaba de anunciarle que el comunicador, que utiliza la tripulación de vuelo para comunicarse con la

cabina del piloto, ha dejado de funcionar.

Mónica les mira con los ojos muy abiertos.

— ¿Esto es normal? – pregunta Miguel.

— No sé que es lo que está pasando, pero esto no es para nada normal. —dice ahora Mónica con firmeza.

Entonces golpea la puerta con fuerza.

— ¿Capitán?

Espera unos segundos consciente de que está llamando la atención del pasaje.

Algo que querían evitar desde un principio.

— ¡CAPITÁN!

El grito, irremediablemente, genera un silencio sepulcral en el avión. Todos son conscientes de que algo grave está pasando en el avión.

CABINA DE MANDO

El capitán es el primero en despertar.

Las nubes son tan espesas que es incapaz de ver absolutamente nada. Piensa en las veces que ha tenido que lidiar con situaciones similares. Horas y horas de vuelo que le han dotado de la experiencia necesaria para afrontar, no pocos imprevistos a lo largo de su extensa carrera. Con la ayuda del radar, y gracias a los últimos avances tecnológicos, cómo el GPS o el piloto automático, siempre ha podido sortear cualquier situación por problemática que pareciera... excepto esta.

A pesar de que la tecnología facilitaba el trabajo a los pilotos, cualquier complicación fuera de lo previsible, de lo habitual, es ante todo un reto. Y Alejandro, cómo le suele decir su mujer, era la persona adecuada para solucionarlo.

Junto a él su compañero... no está. Pero lo más alarmante es que todos los instrumentos de vuelo han dejado de funcionar, y eso es prácticamente imposible.

Intenta incorporarse del asiento, pero apenas puede moverse. Sus brazos parecen pesar toneladas. Tras él se oye un portazo muy fuerte. El sonido es inconfundible. Cuando vuelve a sentirlo de nuevo, aunque algo menos contundente, intuye que la puerta de la cabina ha quedado abierta.

Intenta levantarse otra vez y, por fin, consigue mayor movilidad. Siente arcadas. Su mente lucha contra demasiados frentes. De forma irracional, imagina a su mujer diciéndole de nuevo que si había alguien que podía enfrentarse con éxito a una situación complicada, ese alguien sin duda era él. Y eso le anima, pero siente que se repite.

Consigue levantarse con un gran esfuerzo. Se agarra al reposacabezas y fija allí su posición, porque un leve mareo le hace detenerse. Se siente muy raro, pero entiende que es su deber y, además, que debe proceder con rapidez. Nada de lo que siente es normal, y mucho menos si tiene en cuenta lo que muestra el cuadro de mandos. Los instrumentos de vuelo, del motor y los de navegación, se han vuelto locos. Nada parece funcionar. El indicador de velocidad, el altímetro, el de dirección, el reloj, incluso la maldita brújula no para de moverse cómo una peonza.

Para su sorpresa, la puerta de la cabina empieza a abrirse poco a poco. Por un momento piensa que alguien de la tripulación intenta entrar, pero enseguida desecha la idea, cuando la puerta ya ha realizado la mitad del recorrido y comienza a mostrarle la zona de pasajeros.

— Mónica. —grita. —Helena.

Pero nadie contesta.

Avanza decidido hasta la puerta y la acaba abriendo del todo. Y de nuevo ocurre lo inesperado.

La iluminación de la cabina de pasajeros parpadea. Todos parecen... duda un momento... ¿muertos? Pero rechaza ese pensamiento.

Se acerca rápidamente hacia la pasajera del 1B, una mujer mayor, aunque antes de llegar a ella divisa a lo lejos, casi al final del pasillo central, a Mónica. Se dirige hacia ella con decisión cuando, de imprevisto, un fuerte pinchazo en la cabeza le hace detenerse. Se lleva las manos a las sienes y aprieta levemente buscando mitigar el dolor. Enseguida se obliga a recuperarse y, por fin, consigue llegar a ella.

Le toma el pulso y, por primera vez en los últimos minutos, consigue calmarse. Está viva.

— ¿Mónica? —le dice moviéndole suavemente la cabeza.

— Mónica. —la llama ahora gritando intentando espabilarla.

— No se despertará...

La voz del niño casi le hace saltar del susto.

A Alejandro le cuesta reaccionar. El niño le observa desde lo alto de su asiento. Su cara asoma por encima del reposacabezas, con la curiosidad de un joven animal inquieto, prudente ante el peligro, que observara desde una distancia prudencial lo que acontecía a su alrededor, ajeno al mundo de los humanos.

— Hola chico. ¿Estás bien?

— Sí.

— ¿Sabes qué ha ocurrido?

Asiente con la cabeza.

— ¿Y puedes contármelo?

Alejandro hace lo posible por controlarse.

— Se han dormido.

— ¿Y tú por qué no?

Daniel se encoje de hombros.

— Pero vuelven a despertar. —aclara.

La respuesta le deja atónito.

¿Qué significa eso? ¿Ha ocurrido más veces?

— A ver, a ver, ¿quieres decir que no es la primera vez que ha ocurrido?

La reacción del capitán le asusta. Su semblante se ha transformado y ahora muestra aquello que más temía de su padre, en aquellas noches que llegaba bebido a casa. Aquellas olvidadas, hasta ahora, noches de sufrimiento en las que su padre la tomaba con su madre.

Daniel desaparece de su vista y Alejandro, indignado, presa del miedo, casi se abalanza contra él.

— Dime hijo, — sujetándole por los hombros. — ¿ha ocurrido más de una vez?

Pero el chico, bloqueado por el miedo, no responde y Alejandro, piensa que es una situación de vida o muerte y, a pesar de que es un crío, no dudará en ser aún más agresivo con tal de que le diga lo que necesita saber.

— Di algo. —le reclama gritando.

— ¡Di algo ya! —le exige.

Entonces, Alejandro se descubre asimismo levantando el brazo en un gesto que le sorprende. Él no es así. Por un instante consigue calmarse y, en un momento de sensatez, piensa en sus hijos y en su mujer. Y siente tanta vergüenza que es incapaz de decir nada. Se bloquea. Se separa del niño y comienza a llorar... cómo un niño.

— Lo siento. —dice. — Perdóname.

Se aleja de él algo más y contempla a los pasajeros.

— No sé cómo ocurre. — oye la voz del niño, algo lejana y débil, desprovista de toda esperanza. —Pero todos comienzan a dormirse.

Alejandro camina lentamente hasta el niño. Lo ve allí, acurrucado en el asiento junto a la ventana, mirando a la pared.

— Perdóname hijo. Esto me supera. —dice con sinceridad.

Entonces Daniel se gira llorando.

— Ya he perdido la cuenta.

Pero Alejandro no entiende.

— ¿La cuenta? ¿De qué? — de nuevo siente que pierde los papeles. — ¿De qué? ¿De qué?

Se oye un golpe sordo que procede de la cabina, lo que le distrae momentáneamente del niño.

— De las veces que ha ocurrido.

Entonces lo inesperado va cobrando forma. El golpe sordo se repite y todo ocurre muy deprisa, aunque para Alejandro es cómo estar dentro de una película que por momentos funcionara a cámara lenta y, en otros, acelerara

vertiginosamente.

Daniel vuelve a recogerse en su particular refugio y procede, cómo otras veces, a taparse los oídos al tiempo que se hace el dormido. Alejandro le observa y se asusta. Tras de sí está ocurriendo algo y no se atreve a mirar. El ruido aumenta y Daniel aprieta más sus manos contra los oídos porque el sonido es ahora insoportable. De pronto se produce un fogonazo lumínico junto con un potente sonido metálico y... todo parece acabar.

Vuelve el silencio, acompañado por el sonido de los motores del avión. Segundos después algunos pasajeros comienzan a despabilar. Se oyen toses y algunas conversaciones en voz baja.

Efectivamente, todo ha acabado ya.

Pero Daniel sabe que para nada es así. Sino más bien lo contrario.

Es un nuevo principio.

CABINA DE PASAJEROS Y PILOTO

El primer golpe, en el centro de la puerta, hace temblar el marco.

— ¿Seguro que no se bloqueará? — pregunta Miguel.

— Desde hace apenas un año ya no es posible bloquear la puerta desde el interior.

— Muy bien. Intentémoslo de nuevo.

El nuevo golpe la hace vibrar de nuevo, pero no cede. Lo siguen intentando una y otra vez con idéntico resultado. Miguel deja el extintor en el suelo. Está agotado.

— ¿Me permiten?

Todos se giran y observan al pasajero. Un hombre de no más de metro setenta, pero con unos enormes brazos, les observa. Tiene cara de bonachón y tanto Miguel cómo las azafatas le dejan paso.

— Si lo que quieren es abrir esta puerta no deben golpear en el centro.

Para su sorpresa, no se trata únicamente de un hombre fuerte sino que, por la seguridad con la que habla, puede que no sea la primera puerta que abre sin una llave.

— Primero es mejor debilitar la cerradura. — anuncia Andréi, y lo acompaña con un golpe consistente sobre el pomo de la puerta. — Después hay que golpear en las sujeciones, esto es, en las bisagras.

Y de nuevo golpea con una violencia que les sorprende. Acto seguido se aproxima a la puerta y vuelve a golpearla, esta vez con la mano plana.

— Casi está. — asegura.

Repite el proceso casi cómo si de un ritual se tratara.

— Dígame, — pregunta Miguel. — ¿cómo está tan seguro de lo que hace?

— Digamos, —dijo casi sin aire en los pulmones mientras golpeaba otra vez.
—que me gusta abrir cosas.

Ambos se miran.

— Eso no supondrá ningún problema, ¿verdad agente?

Le asesta otro golpe y ahora sí se oyó un sonido diferente.

— Ha cedido el marco. —confirma.

Entonces deja el extintor a un lado.

— Apártense, por favor. —dice amablemente. —Tengan cuidado.

Le propicia una patada a la puerta y esta cede aunque no logra abrirla. Vuelve a hacerlo y, por fin, se abre del todo golpeando ruidosamente.

La cabina queda al descubierto mostrando su interior al completo. Tras las ventanas frontales de la cabina, las espesas nubes lo cubren todo cómo una interminable neblina, golpeando el avión sin cesar, sumiéndolo en un letargo perpetuo.

— Acompáñame. —le indica Miguel a Mónica. —Los demás quedaos afuera y, por favor, no permitáis que nadie entre.

— ¿Dónde están los pilotos? — pregunta Andréi, intentando obtener algún tipo de recompensa cómo pago a su colaboración. Pero apenas tuvo tiempo de decir nada más. La puerta se cerró ante él.

— Mónica... — intentó decirle Miguel, ya en el interior de la cabina.

— No te preocupes, nadie entrará. —le dice con sagacidad, y mirando a Helena le hace un gesto con la cabeza. Justo en ese momento esta cerró la puerta.

La visión de la cabina sin los pilotos es desconcertante. Los indicadores del panel de mando no paran de parpadear, irradiando luces en el interior de la cabina. Miguel no sabe pilotar un avión pero, todas esas luces no indican nada bueno. No hay pilotos. No hay roturas en el fuselaje, ni en las ventanas delanteras o laterales. No hay signos de violencia ni de desorden alguno.

— ¿Qué piensa que ha ocurrido? — la voz de Mónica denota cierto nerviosismo. — Usted, es policía, ¿verdad?

— Así es.

Pero no puede remediarlo. Algo se está apoderando de ella. De todo su ser. Su mente no es capaz de asimilar esta situación.

— ¿Y dónde están los pilotos? Dios mío. —y comienza a llorar.

— Mónica. — le dice acercándose a ella. —Debe calmarse. No podemos, repito, no podemos permitir que nadie entre aquí. ¿lo entiende? Si alguien...

Pero es demasiado tarde. La puerta se abre de par en par y varios pasajeros entran de forma violenta. Mónica se ve empujada hacia delante y se golpea contra el asiento del piloto. Miguel no tiene tiempo de reaccionar, tantas personas en tan poco espacio limita cualquier tipo de acción.

—¿Dónde cojones están los pilotos? —pregunta alguien gritando. Inmediatamente sale disparado hacia la cabina de los pasajeros y vuelve a gritar anunciando a todo el pasaje lo que está ocurriendo.

— Mierda. —se le oye decir a Miguel.

El caos se instala en el avión. Gran parte del pasaje se encuentra de pie. Algunos gritan, otros se llevan las manos a la cabeza, otros lloran y se abrazan. En las filas del final Mariola abraza a su hija. Daniel, que no sabe que hacer, se acerca más a ellas y Mariola, al verle solo, le hace sentarse con ellas. En las filas del medio dos pasajeros comienzan a discutir y enseguida comienzan a pelearse. Es una locura.

Miguel consigue salir de la cabina y comienza a gritar pidiendo orden, pero no lo consigue. Mientras trata de sopesar que puede hacer, siente que alguien lo golpea. Gira sobre si mismo para descubrir a Carlos, para quien hay un tema pendiente de solventar. Insiste en golpearle, ya van dos golpes, piensa para si, y entonces llega el tercero. Y es cuando Miguel se da cuenta de la clase de sujeto que es. Bloquea el siguiente golpe y, esta vez, se gira por completo y le

asesta un golpe directo en la nariz. El crujido anuncia que está rota y el consiguiente grito de dolor no hace más que confirmarlo. Carlos se lleva las manos a la cara y, en ese momento, Miguel le golpea con contundencia en el pecho. Carlos cae casi inconsciente.

Por unos segundos piensa que está todo perdido. Qué este es el fin, cuando de pronto, el avión sufre una violenta pérdida de altura que provoca que todos los pasajeros, que permanecían hasta ese momento en pie, caigan al suelo. Todo el pasaje comienza a gritar durante unos segundos que se hacen eternos hasta que, por fin, el avión parece recuperar altura y se estabiliza. Las luces parpadean, pero finalmente se recupera la luz.

El efecto en el pasaje es casi milagroso. Están conmocionados. El miedo es un elixir, que servido en pequeñas dosis puede ser controlado, y el descenso les había cogido por sorpresa y les había impactado de forma decisiva.

Se oye llorar a mucha gente. Los que peor suerte han corrido son los que estaban de pie. Algunos gritan de dolor.

Miguel aprovecha para coger el micrófono y comienza a hablar.

— Por favor, escúchenme con atención.

Nadie responde. Todos parecen estar a la espera, necesitados, de oír algo que les haga sentirse mejor.

— Quiero ser sincero con ustedes. No sé que está ocurriendo. Esto es una locura.

Está nervioso. No quiere equivocarse. Es una oportunidad única para lograr que se instale cierto sentido común entre el pasaje del avión. Al menos, durante un tiempo.

— Pero si sé algo.

— ¿El qué? — pregunta uno de ellos.

Miguel respira hondo.

— Qué si no estamos juntos, estaremos perdidos.

Nadie habla.

— Solo podremos superar esto juntos. ¿entienden?

— ¿Pero cómo vamos a superar nada si no hay pilotos? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Qué está pasando?

— No lo sé. —dice con firmeza. —No lo sé. Soy uno más de vosotros. No sé que ocurre. Es una locura. Repito. Esto es una locura, pero para averiguar que está pasando, para poder salvarnos, debemos seguir juntos.

— Por favor. — añadió casi suplicante.

De improvisto Mariola, desde las últimas filas, alza la mano. Daniel y la niña la siguen. Y poco a poco, las manos de todos los pasajeros se van alzando hasta llegar a las primeras filas.

Entonces Miguel sonrío.

Aunque sea una sonrisa efímera, sonrío.

ASIENTOS FILAS 9, 10 Y 11

— Dios mío, pero ¿qué vamos a hacer?

— Ya os lo he dicho, — dice enfurecido. —tenemos que hacernos con el control.

— Pero...

— Nada de peros, nada de dudas. Es el momento de que los pasajeros decidamos que queremos hacer.

El grupo estaba nervioso, pero su voz parecía la de un predicador profesional, que sabía que decir, para tenerles hipnotizados.

— No hay pilotos, joder ¿habéis sido testigos de una situación similar alguna vez? Ni siquiera en una maldita película de locos la situación ha sido tan crítica. Ninguno de ellos sabe que ocurre, ni que hacer.

— ¿Y qué quieres hacer?

— Está claro cómo el agua. —Les dijo con una extraña expresión de seguridad.

— Dínoslo. —le pidió otro.

— Llegado el momento lo sabréis.

— ¿Cuándo?

— Pronto, pero llegado el momento, necesitaré vuestro apoyo. Y cuando eso ocurra, no debéis dudar. Atentos... —dijo advirtiéndoles.

El agente pasó junto a ellos y les saludó.

— ¿Cómo estáis?

— Bien, agente.

Miguel estaba dispuesto a seguir hacia los asientos posteriores, cuando el Predicador decidió comenzar su campaña.

— Agente.

— Sí. —dijo deteniéndose junto a él.

— Creo que está haciendo un buen trabajo. Es muy difícil saber cómo afrontar esta situación. Se lo agradecemos. De hecho, hablábamos de eso. —dijo haciendo un gesto que hacía referencia a los que estaban a su alrededor. Prácticamente los pasajeros ubicados entre las filas 9 a 11 estaban atentos a su conversación.

— Son muy amables. Pero como les he dicho antes, ninguno de nosotros sabe que está ocurriendo.

Exactamente, piensa el Predicador con una sonrisa sardónica. Siga así. Aunque pretende trasladar serenidad no puede disimular el sudor que ha traspasado su camisa y que asoma en su pecho, tapado parcialmente por su chaqueta. Miguel piensa que está contenido, pero no sabe juzgarlo con objetividad.

— Es normal y lo entendemos. Dos chicas y un policía, no es la mejor combinación para gestionar una situación tan complicada.

Miguel no supo cómo responder a esa reflexión, porque a pesar de que tenía razón, el tono no le había parecido el más indicado. Pero ¿cuál era el tono idóneo para una situación así?

— En cualquier caso lo haremos lo mejor posible. — dijo recuperándose. — Y cómo también decía antes, lo debemos hacer todos juntos. Por favor, mantengamos la calma.

— Bien dicho agente. — su rostro se ilumina cómo quien percibe que acaba de presentarse una oportunidad. — Y si alguno de los presentes pierde los papeles. ¿Qué harán?

Otra vez. Miguel empezaba a encontrarse incómodo.

— Esperemos que eso no ocurra. De verdad. Estén tranquilos. Ahora si me disculpan. —dijo alejándose en dirección a su asiento, donde le esperaban Mariola y la niña.

— ¡Maldita sea! – exclamó.

Instintivamente su pierna tocó el maletín ubicado bajo el asiento delantero.

Parecía mentira que, escasas horas antes se encontrara en el centro de la maravillosa Barcelona, paseando por la Rambla de Cataluña, junto a una multitud de turistas dispuestos a recorrer las innumerables calles de la eterna ciudad, para disfrutar de las hermosas joyas que atesoraba.

Pero para Jeremías, ataviado con un elegante traje gris y una corbata morada, las joyas que a él le importaban se encontraban mucho más cerca. De hecho, frente a él, en la mayor joyería de la ciudad, que iba a ser testigo de algo alucinante.

Una leve sonrisa atravesó su rostro cuando observó, cómo un vehículo todoterreno de cristales ahumados, aceleraba a toda velocidad, enfilando el carril de bajada de la Rambla de Cataluña, provocando las protestas de varios viandantes.

En apenas unos segundos el vehículo cogió una velocidad de vértigo y, para sorpresa de todos, excepto de Jeremías, el todoterreno varió su dirección e impactó, con una violencia extrema, contra el portal de la joyería. Los bolardos de seguridad saltaron por los aires impactando en los escaparates. El sonido del impacto fue tremendo.

Acto seguido, entre los gritos de la multitud, varios hombres encapuchados fueron apareciendo de entre la multitud. Algunos pensaron, equivocadamente, que los cuerpos de seguridad estaban allí mismo y que se trataba de un atentado o algo parecido. Quizás un accidente.

Jeremías pudo distinguir los subfusiles colgados del hombro mientras entraban

decididos a cumplir el plan.

— Tres minutos. —transmitió Jeremías a través del comunicador.

— Ok. —respondió la voz.

— Nikita. —entras en un minuto.

— Estoy preparada.

El tiempo transcurría a una velocidad vertiginosa. Las primeras sirenas comenzaron a oírse

— ¿Equipo?

— Estamos en la cámara.

— Un minuto.

— Nikita... entras... — dice dejando pasar unos segundos. — ya.

Acto seguido, un vehículo de los mossos de escuadra llega a toda velocidad al lugar, entre la esquina de la Rambla de Cataluña y la calle Valencia, y bloquea la circulación. Una mujer sale del vehículo y ordena a la gente que se aleje del lugar.

Nadie repara en que la policía ha llegado sola y que ha dejado el vehículo algo retrasado, bloqueando claramente la calle.

Ahora el sonido de otros vehículos de la policía es mucho más audible. Deben estar a una manzana de distancia. Eso es muy cerca.

— Lo tenemos.

Jeremías siente una subida de adrenalina.

— ¡Todos fuera!

En pocos segundos los hombres van saliendo de la joyería. Uno de ellos lleva un maletín, pero nadie ha reparado en él. Es entonces cuando se produce el tiroteo. La agente dispara su arma sin importarle la gente que hay alrededor. Los ladrones, cuatro en total, adoptan una formación claramente militar y deciden responder a la agente. Los disparos son ahora atronadores al tiempo que algunas personas corren por las calles y otras deciden tirarse al suelo. En

semejante situación no es difícil ver varios móviles grabando la escena. En mitad de todo el caos un motorista cruza por mitad de la calle frenando peligrosamente muy cerca de los ladrones. Antes de que nadie entienda lo que está pasando, uno de ellos lanza una bolsa negra al motorista que la recoge sin dificultad. La introduce en otra mochila y acelera a toda velocidad. El estado de confusión de la gente es comprensible, mientras los refuerzos de la policía van llegando. Eso sí con dificultad. El tiroteo ha bloqueado todas las calles y es difícil saber quién es quién. Cuando por fin llegan a la joyería la policía no encuentra a nadie que detener. No hay ladrones, no hay agente de policía, no hay motorista. Tardarán en darse cuenta de que todo ha sido una gran actuación. Nadie disparaba con balas, y nunca hubo una agente haciendo frente a los ladrones. Escasamente treinta minutos después Jeremías aparcaba la moto en las cercanías del aeropuerto. Poco minutos después embarcaba en el avión rumbo a Mallorca. Para Jeremías, sentado en el asiento 13D, el robo más espectacular de la década no se merecía un final cómo ese.

141

ASIENTOS 1A, 1B

Elisenda lleva tiempo desconectada de la realidad. ¿Dónde estás José?, se pregunta a sí misma. Amor mío, ¿dónde estás? Pero nadie responde. Ya no salen las lágrimas a pasear por sus mejillas. No le quedan. En cambio, sus ojos se han quedado clavados en algún lugar de la infinita e indefinida niebla que rodea al avión.

Por un momento, tiene la sensación de recuperar algo. Quizás sea el hambre o

la necesidad de mover su cuerpo, lleva demasiado tiempo con la misma postura y empieza a ser una molestia.

Ese pensamiento la despabila, y mueve la cabeza suavemente en busca de la amable azafata que la atendió con tanta deferencia. Alguien con tan buenos modales y tan atenta, a juicio de Elisenda, debería ser considerada por la compañía para un puesto más importante.

En esas cosas está su cabeza cuando sus ojos localizan a un grupo de personas en el suelo. Inmediatamente procede a cerrar y a abrir los ojos varias veces.

— Dios mío. —se oye decir con voz entrecortada.

Frente a la cabina de los pilotos yacen tendidos varios hombres y una azafata. La puerta del piloto está abierta y allí también consigue vislumbrar más de un cuerpo tendido en el suelo.

Su respiración se acelera y emite un leve gemido. No entiende nada. Está a punto de perder la compostura cuando un leve golpecito la distrae. Antes de girar la cabeza, su mente le dice que no puede ser, que de donde viene ese sonido no hay nada. Bueno sí, debería estar José, pero él ya no está.

Otra vez vuelve el sonido, cómo si alguien estuviera llamando a la puerta con los nudillos. Entonces, a pesar de no haber girado la cabeza siente un terror indescriptible, porque sabe, lo sabe desde el fondo de su corazón, que esa llamada es para ella.

TOC,TOC,TOC suena de nuevo mientras su mente le obliga a girar la cabeza. ¿Y si fuera él?, piensa. Cuando sus ojos miran a su lado no ve a nadie y, por un segundo, consigue calmarse. Pero, TOC, TOC, TOC, la expresión de terror de Elisenda es ahora inenarrable. Unos nudillos acaban de golpear en el cristal de la ventana del avión, desde el exterior.

Su respiración es ahora arrítmica y su corazón late endiabladamente rápido. No quiere volver a mirar a la ventana, pero allí están de nuevo esos nudillos, golpeando levemente el cristal, TOC, TOC, TOC y... ¿qué es eso?, se

pregunta. No puede ser.

Con gran esfuerzo se levanta del asiento 1B y se deja caer pesadamente en el 1A. El asiento de su esposo. Y apenas tiene que esperar unos segundos cuando de nuevo... TOC, TOC, TOC.

— Dios mío. —dice en voz alta. — José. —grita.

Se acerca al cristal y observa algo imposible. En mitad de la niebla su marido... flota. A pesar de su estado putrefacto, sus ojos alarmanamente blancos, y su sonrisa sardónica, Elisenda siente la necesidad de estar junto a él.

Él le hace señas, pero, ella no le entiende. Pero... si, ahora lo entiende. Le indica que vaya con él. Y poco a poco su marido se va alejando de la ventana internándose en el interior de las nubes. De esa niebla endiablada.

— Nooo. — grita con excesiva energía para el estado en el que se encuentra.

Pero se aleja cada vez más, de forma irremediable. Y ella lo sabe. Con sorprendente ímpetu logra levantarse del asiento y, enseguida, se encuentra frente a la puerta de embarque. Frente a ella la cabina de los pilotos está abierta totalmente y muestra el caos en el que se encuentra. Cuerpos por el suelo, sin pilotos, sin rumbo, sin control. Parecen todos muertos, piensa por un momento. Mira tras de sí y lo que ve, parece imbuirla aún más en su camino hacia la perdición.

Oye un ruido muy cerca de ella, justo detrás de la puerta de embarque, y por alguna razón sabe que es él, que viene a buscarla. Por un momento, siente cierta tranquilidad, cierta esperanza de que esta pesadilla esté por fin a punto de terminar.

De nuevo se siente un fuerte golpe y la puerta tiembla, al igual que ella. Su corazón se dispara y, de forma extraña, ahora siente que no debería estar ahí.

La cerradura de la puerta empieza a moverse y el pánico se adueña de ella. La puerta se está abriendo. Instintivamente mira nerviosa a los pasajeros para

descubrir con estupor que un niño la observa desde los asientos del final. Los ojos de Elisenda probablemente jamás hayan adoptado esa expresión. Abiertos por completo en una perpetua expresión de sorpresa. Una ráfaga de aire helado entra por la puerta y la envuelve enfriándola. Sabe que está abierta y eso le aterroriza.

El niño del fondo reacciona al momento y se esconde asustado, de tal forma que Elisenda, sabe que el chico ha visto ya algo que ella está a punto de ver. Se produce una leve explosión de luz, cómo un fogonazo que deja a Daniel levemente atontado, pero es plenamente consciente de lo que pasa a su alrededor.

Silencio. Absoluto.

ASIENTO 25D

Daniel está tenso. Las últimas veces, siempre después del fogonazo, los pasajeros despertaban. Está tentado a moverse para ver que pasa, aunque en ese momento ocurre lo imprevisible.

— Es una tram... — dice un leve susurro que le sorprende.

Deja pasar unos segundos. ¿qué ha sido eso?, se pregunta.

— Es una trampa. — surge a hora la voz nítida y clara. — Sigue durmiendo.

Sentado en el asiento 25D, junto a Mariola y a la niña, en los asientos 25E y 25F, los ojos de la niña le observan desde detrás de su madre, que sentada entre ellos, la impide verla con claridad. Por un segundo asoma su cabecita, justo el tiempo necesario para verse y desaparecer de nuevo con rapidez.

El silencio parece haberse instalado en el avión. Los pasajeros siguen sin despertar y, Daniel, empieza a pensar que esta vez todo va a ser distinto. Y, de nuevo, empieza a sentir miedo.

De pronto, se oyen unos pasos que arrancan desde muy lejos. Daniel asustado

calcula que proceden desde la puerta de embarque, y se dirigen con determinación en su dirección. Daniel comienza otra vez a rezar, cosa que lleva haciendo casi desde el principio, y cierra los ojos.

Los pasos continúan y para su sorpresa se paran. No sabría decir a que altura, quizás a mitad de recorrido. Entonces oye cómo, sea quien sea, sea lo que sea, se sienta.

Está en estado de shock. ¿Qué va a ocurrir ahora?

Y a modo de respuesta comienzan a oírse las primeras voces, los primeros movimientos. Los pasajeros han comenzado a despertarse.

Sin saber que dentro del avión hay un visitante.

139 + 1

CABINA DE PASAJEROS

Los gritos la despiertan.

Helena se encuentra tumbada en el suelo, y oye la voz de Mónica que está a su lado intentando espabilarla y ponerla en pie. Su voz le llega desde muy lejos.

— Ha vuelto a ocurrir. —le dice. — ¿Estás bien?

Consigue levantarse.

— ¿Estás bien? — la voz de Miguel le llega ahora clara, al igual que las voces del resto del pasaje.

— ¿Qué pasa? — dice algo aturdida.

— Ha vuelto a ocurrir. —repite Mónica.

— Y esta vez muchas personas han sido conscientes de ello. Quizás porque estábamos prevenidos. —dice Miguel no muy seguro.

Los pasajeros están de nuevo nerviosos. El grupo de jóvenes futbolistas están alborotados.

— Dios mío, Dios mío. —se oye gritar.

Todas las miradas se vuelven hacia los chicos.

— Carlos. —gritan. —No está. Nuestro compañero no está.

El griterío es de nuevo ensordecedor.

— POR FAVOR. —grita Miguel a través del micrófono. —¡POR FAVOR, CÁLENSE TODOS!

Los murmullos siguen pero algo más atenuados por la voz de Miguel.

— ¡CÁLMENSE Y SIÉNTENSE TODOS!

Varias personas están llorando. Las caras de terror son ahora la norma cuando deberían ser la excepción. Todos miran a Miguel que ha devenido en el líder del grupo. Este les mira y al momento siente miedo. Él no quiere estar ahí

haciendo lo que está haciendo, porque nadie debería tener ese papel. Más de cien personas aterrorizadas, hacinadas en el interior de un avión sin pilotos, a la espera de que les diga algo que les ayude a no perder el control.

Y ahí estaba la llave. En el control. Debía intentar que mantuvieran el orden y control, al menos hasta que clarificaran que estaba ocurriendo.

Los chicos del equipo de fútbol levantan la mano. Piensa que es increíble que unos chicos tan jóvenes sean capaces de mantener la compostura.

— ¿Qué ocurre chicos? — les pregunta Miguel.

— Nuestro compañero Fran... — hace una breve pausa, quizás porque se sienta ridículo ante lo que va a decir. —... no está.

— Y tampoco Tomás. — apunta otro.

— ¿Cómo? — pregunta Miguel sorprendido.

— No están. Fran ha estado sentado a mi lado durante todo el viaje y ahora él no está. Y Tomás... ¡Dios mío!... tampoco está.

— ¿Cómo no van a estar? — le pregunta Marta, con ingenua sorpresa. Ella es una de las chicas aventureras, ubicada en el asiento 15B, dos asientos delante de él. — Eso no puede ser.

Miguel siente miedo.

— Chicos ¿estáis seguros?

Y al momento sabe que la expresión no es la más idónea ante esa situación. —

Muy bien, todos tranquilos. — dice de forma rápida. — Por favor, todos miremos a nuestro alrededor en busca de estos chicos.

— Y tú... — le dice Miguel al chico del equipo de fútbol ubicado en el pasillo.

— Tomás. — aclara el chico.

— Ves a la parte trasera del avión y busca a tus amigos. No te dejes los lavabos.

Tomás se mueve rápido y no tarda en revisarlo todo. Durante unos breves

segundos se produce un silencio sepulcral, solo roto por algún breve murmullo.

— Agente.

Es Helena quien le habla.

— Sara... — dice, sabiendo que con solo mencionar su nombre Miguel lo entenderá.

Y claro que lo entiende. Porque hasta ahora la desaparición de Sara era algo que sabían muy pocos. Aunque todo estaba a punto de cambiar. Era aterrador estar en un avión sin pilotos, donde inexplicablemente todos los pasajeros iban quedando adormecidos. Pero ¿cómo iban a poder asimilar que algunos de ellos estaban desapareciendo? Por un instante, cómo antesala a la desesperación, su mente conectó con lo único que quizás pudiera servirle de salvavidas. Pensó en Dios. Dios mío, pensó. ¿Qué está ocurriendo? ¿Ayúdanos a salir de aquí?

La voz de Tomás resonó en la cabina cómo una condena sin paliativos, para devolverle a aquella realidad dura y cruel.

— No hay nadie aquí.

Todo estaba a punto de venirse abajo... de nuevo.

Pero lo inaudito acaba ocurriendo. Al menos por el momento.

Todos se miran sin saber cómo reaccionar. ¿Qué ha dicho el chico?, piensa la señora Shaila del 7A. La cara de su marido Yamir refleja la misma expresión de ingenua incredulidad que el resto de pasajeros.

Pero quizá, piensa Miguel, sean incapaces de aceptar una noticia así. Quizá sea porque además de ser increíble que dos chicos desaparezcan de un avión, es incomprensible, inexplicable, inaudito, y tantas otras palabras que la mente de Miguel trata de gestionar. Por un momento, siente de nuevo que todo le supera y que esta situación, lejos de poder solucionarse, puede incluso ir a peor. Siente cómo los nervios invaden su estómago. Es una sensación que ni siquiera recuerda haberla tenido recientemente. Quizás cuando era muy joven. Pero el miedo atenaza. Bloquea.

Miguel estaba acostumbrado a gestionarlo pero en un ámbito bastante controlado, estimable, ¿predecible? Pero ¿cómo...?

Antes de poder seguir con sus pensamientos una visión le paraliza aun más. Es la señora del 1B, Elisenda, creyó recordar. E instintivamente, sin pensar en nada más que aquel pensamiento que acababa de colarse en su interior, se giró hacia ella y... efectivamente. No estaba.

Sus ojos se abrieron de forma expresiva y Mónica, que hacía unos minutos que le observaba, siguió su mirada en silencio hasta descubrir que es lo que estaba ocurriendo.

Helena, que no era consciente aún de tan macabro descubrimiento, sintió cómo Mónica le apretaba la muñeca, mirándola aterrada. Y antes de que pudiera decir nada, oyó cómo le susurraba al oído la terrible realidad.

— No está. —anunció con voz temblorosa. — La señora del 1B tampoco está. Miguel las miró a las dos casi suplicando ayuda, cuando una voz en mitad del pasadizo se alzó sobre todas las demás.

— La señora y el chico del 13A y del 13B, tampoco están.

Dios mío, se oyó decir de nuevo. ¿Qué está ocurriendo?

Prácticamente todo el pasaje comenzó a moverse intentado levantarse de sus asientos mientras discutían. Otros, permanecían sentados con las manos en la cabeza o sencillamente llorando. Algunos observaban todo con la mirada perdida. El caos se estaba instalando en el avión.

Durante unos minutos fue imposible hacer o decir nada. Era casi imposible digerir una noticia así

— POR FAVOR... —intenta gritar Miguel, pero su voz apenas se siente.

El clamor de los pasajeros exigiendo respuestas lo devora todo. Una mujer mayor mira asustada a su marido, y él la coge del brazo intentando tranquilizarla. Pero la bestia la hace inclinar la cabeza en un gesto que parece defensivo, cómo si todo aquel caos tuviera vida propia y estuviera a punto de devorarles a todos.

— Por favor...

Ni tan siquiera es capaz ya de acabar la frase. Su corazón bombea con rapidez la sangre. El estómago le aprieta cómo si hubiera comido mil demonios que luchan por salir. Siente la boca seca, e involuntariamente su mente se marcha muy lejos de allí.

Mira a su alrededor, y ni si quiera ve a Mónica y Helena que observan asustadas al ver cómo algunos pasajeros se dirigen hacia ellos, e intuyen que están en peligro. Miguel, parece volver en sí y reacciona con rapidez, llevándolas hacia la cabina del piloto.

Intentan cerrar la puerta tras de sí, pero entonces, al ver que no pueden cerrarla, los tres recuerdan que, esa, es la misma puerta que forzaron antes de

descubrir que los pilotos también habían desaparecido. Se miran nerviosos, y es esta vez Mónica, quien reacciona con agilidad bloqueando la puerta. Así al menos... ganan unos minutos.

CABINA DEL PILOTO

El primer golpe resuena con extraordinaria fuerza. Acto seguido, unas manos asoman entre el marco y la puerta, e intenta abrirla tirando de ella hacia atrás.

— Están locos. — se oye decir a Mónica.

Las manos desaparecen al comprobar que no hay manera de abrirla.

— Abran la puerta. —dice la voz. — ¿Qué hacen escondiéndose ahí?

— ¿Cómo que escondiendonos aquí? ¿Está usted loco? ¿Cómo se atreve? — sigue gritando Mónica asustada. — ¿Le parece normal que vengan hacia nosotros cómo han venido?

— No se altere. Tranquila.

— Salgan de ahí. ¡YA! — grita una voz que Miguel identifica al instante. Es el viajero que le atacó por la espalda.

— ¿Qué están tramando? ¿Qué hacen ahí?

Un nuevo empujón parece revelar las verdaderas intenciones de los pasajeros.

— Oigan, les pido, por favor, que se calmen. —dice Miguel, con algo más de empuje.

— Cálmate tú, poli. —dice una voz nueva, con un claro matiz amenazante y un inconfundible acento italiano.

MIGUEL. APARTAMENTO. 2.45 AM

El despertador permanece vigilante sobre la mesita de noche. Es una de esas máquinas de aspecto clásico, de manecillas fluorescentes, que le permite mantener a la tecnología a cierta distancia. Es casi una reliquia del pasado, simple, pero con una característica que Miguel aprecia mucho. No falla, no se retrasa y, lo más importante, le despierta siempre.

Cuando el teléfono comenzó a sonar con estrépito, infalible e implacable, a Miguel le costó despertarse. Antes de coger el teléfono, miró la hora en su preciado reloj de mesa y cogió el móvil. El nombre de su jefe aparecía en la pantalla. Se incorporó de inmediato. Era urgente.

— Dime. ¿De qué se trata?

— Es urgente Miky. Esta noche han robado en la joyería más importante de Barcelona, en plena Rambla de Cataluña.

— Te escucho. —dijo pasándose la mano por los ojos.

— Empotraron un vehículo todoterreno a la vista de todo el mundo. El vehículo impactó en plena fachada destrozando la entrada.

— Pero que dices. ¿Hay víctimas?

— Una puta locura. Una dependienta está muerta y otros dos empleados están en la UCI.

— Pero ¿por qué hacer esa locura?

— Son mercenarios venidos del este. Parece ser que entraron con fusiles y vaciaron la caja en tres minutos Miguel. Tres minutos.

— Muy bien ¿Qué necesitas?

— Creemos que el cabecilla está a punto de abandonar la península en un vuelo comercial con destino Mallorca. Probablemente para vender rápidamente la mercancía.

— ¿Y quieres que le siga hasta ver con quien se reúne? ¿Quieres cazar a toda

la banda?

— Eres mi preferido Miky, — de nuevo volvía a cambiarle el nombre. —lo ves siempre claro. Eso ahorra muchas cosas.

— No seas pelota jefe. Salgo en cinco minutos.

— Mantenme informado.

— Claro.

— Y ve con cuidado Miky. —hizo un breve silencio. — Esta gente me da mala espina.

— No te preocupes.

— Antes de que llegues al aeropuerto tendrás todo lo que hemos recabado hasta ahora. Hay alguna fotografía que captaron las cámaras de seguridad que quizás pueda ayudarte.

— ¿Algún sospechoso?

— Tenemos un nombre y una imagen, algo borrosa, aunque ya sabes que el aspecto es algo que pueden variar sin demasiada dificultad.

— ¿De quién se trata?

— Jeremías Lombardi, es español de madre italiana. Es experto en bellas artes y es un fanático de las armas.

— Una joya. —bromeó Miguel.

— Nunca mejor dicho. —sonrió. —Nunca mejor dicho.

Estaba enfadado. Así de sencillo. No quería reconocerlo, pero le echaba toda la culpa a ella. Si no hubiera sido por ella, no estarían en este vuelo, con destino a una isla que ni le gustaba ni le apetecía. Desde hacía años, quizá no demasiados, lo único que deseaba era estar solo con sus libros y disfrutar de sus aficiones, en especial de sus nietos.

A un lado habían quedado horas y horas de intenso trabajo, la mayoría fuera del hogar, recorriendo el mundo, por lo que, cuando Lucía le regaló los billetes de avión junto con la reserva del hotel, en lugar de reaccionar con agradecimiento e ilusión, más bien actuó con indiferencia y condescendencia. Él sabía que no estaba bien, pero no entendía por qué razón Lucía se empecinaba en volver a meterle en un avión de pasajeros.

La situación era del todo incomprensible. Para un expiloto como él, nada tenía sentido. Aquello era una soberana pesadilla. Y lo peor era que Lucía insistía en que debía ayudar. Te necesitan, había dicho con solemnidad. Eso había sido hacia ya tiempo. Y desde aquel momento todo había ido empeorando. La verdad es que el tiempo le estaba dando la razón. Pero los nuevos acontecimientos le habían atenazado. ¿Cómo que habían desaparecido esos chicos? ¿Qué locura era aquella?

— Se habrán equivocado, ¿no? — sugirió Lucía.

Gabriel la miró con una expresión de disgusto.

— ¿Cómo no van a saber lo que dicen?

— Pues por qué son jóvenes y están todo el día de broma.

— Luci nadie está de broma en este avión. A ver si te enteras de una vez. — dijo esto último de nuevo con demasiada intensidad.

— ¿Quieres dejarme ya? No paras de hablar cómo un niño maleducado. Yo no tengo la culpa de lo que está ocurriendo. —dijo comenzando a llorar.

Al verla, Gabriel se sintió mal. Ella tenía razón, de nuevo. La abrazó y ambos lloraron.

— No puedo aceptar que no volvamos a ver a nuestros nietos. ¿Entiendes?

El mensaje le golpeó con fuerza.

— Tienes razón. —dijo por fin.

— ¿Vas a ayudarles?

— Sí.

— Por tus nietos Gabriel.

— No cariño mío.— dijo con aplomo y una extraña seguridad. —Por ti. Sobre todo por ti.

De nuevo se abrazaron y, a pesar del bullicio, se besaron cómo si no hubiera nadie a su alrededor. Exactamente cómo ocurrió muchos años antes, cuando eran más jóvenes y solo existía el uno para el otro. Los dos solos en un mundo maravilloso.

— Y por nuestros nietos también.

Algo que ella no dudaba en absoluto.

Frente a la cabina del piloto se concentra un grupo de pasajeros. Hace un rato que han dejado de golpear la puerta, para iniciar lo que parece una conversación tensa. Mariola está preocupada por el cariz que han tomado los acontecimientos, no tanto por los niños, pero sí por Miguel y las azafatas. Para ella ellos son el referente, la autoridad. No le gustan ni la actitud ni el comportamiento de los pasajeros. Violentos e inseguros, parecen adolescentes mal criados, más preocupados por ellos mismos, incapaces de razonar, ni de mirar por el bien común. Mariola se siente algo nerviosa. Mira a los niños, pero ellos parecen estar bien.

— ¿Cómo estáis chicos? —pregunta mesando el pelo de la niña.

— Bien. —dice ella. —Sí, muy bien, muchas gracias. — confirma Daniel.

Y ella piensa que, quizás, demasiado bien para una situación cómo aquella. Pero piensa que la mente de un niño es uno de esos misterios que los adultos son incapaces de entender todavía. Aunque quizás sea posible que ellos dispongan de más recursos para poder superarlo, de forma natural, casi innata, que los propios adultos.

— Estaros tranquilos, ¿vale? —les dice volviendo a poner su atención en el grupo de cabina.

Parece que vuelven a ponerse nerviosos. Uno de ellos, el que agredió a Miguel, la emprende a empujones con algunos pasajeros. Algunos de ellos le piden que se tranquilice, pero de él emana cierta... maldad. Puede que no sea exactamente eso. Respira nervioso. Puede que esté sufriendo un episodio de ansiedad. Es enfermera y sabe los peligros que conlleva enfrentarse a una persona que ha perdido el control.

Ahora se gira de nuevo y vuelve a dirigirse a la puerta de la cabina. El resto se aparta y este golpea la puerta gritando. Aparece otro pasajero a su lado que habla con él.

El avión tiembla y las luces parpadean levemente. Varios pasajeros gritan a la vez, pero todo sigue igual. Mira de nuevo a los chicos y se sorprende al verles sentados en el suelo, no pensaba que podrían caber en un espacio tan reducido. Sonríe pensando que en ellos está la respuesta.

ASIENTO 25E, 25F

— ¿Cómo consigues no dormirte? —le pregunta Daniel.

Ella sonríe mientras pinta con sus colores.

— ¿O sí duermes? —añade.

— Mira, — le dice mostrándole el dibujo de un niño y una niña. — ¿te gusta?
Somos tú y yo.

— Me gusta. —dice Daniel sonriendo.

— ¿Cómo es que estabas despierta antes?

— ¿Cuándo? —pregunta sin apenas mirarle.

— Antes, — dice algo impaciente. — vamos, sabes de que te estoy hablando.

— No lo sé. —responde casi sin darle importancia. — ¿Y tú?

— ¿Yo?

— Aja...

Daniel se siente en ese momento muy incómodo. Y le sorprende, porqué es la misma pregunta que él le ha hecho a ella. Puede que a ella tampoco le sienten bien sus preguntas. Decide entonces no insistir.

— ¿Me dejas una hoja para dibujar?

— ¡Claro! —dice alegre arrancando una hoja de su cuaderno.

— Muchas gracias.

— Dibuja lo que tú quieras.

Entonces Daniel descubre que la hoja está repleta de grandes números escritos y tachados en color rojo. La niña se da cuenta y le sonrío.

— Lo siento. Te daré otra.

— No, es igual. No te preocupes. Dibujaré por el otro lado.

— Te gustan los números, ¿verdad?

Ella sonrío.

— ¿Por qué has tachado todos estos números? ¿Es un juego?

Esta vez le mira con recelo, y Daniel descubre que su mirada esconde mucho más de lo que se ve a simple vista. Sin previo aviso ella le coge el papel y arranca otra hoja, esta vez en blanco.

— Así mejor. —concluye con otra sonrisa.

Ambos comienzan a pintar mientras Daniel no deja de pensar en los números que ha visto. ¿Qué será el 148? ¿Y el 147? Había varios números más que iban restando. Menos uno, menos dos. Y así, en una especie de cuenta atrás en lo que debía consistir algún juego numérico. Daniel era un amante de esos juegos numéricos. El Uno, Alta Tensión, o cualquier juego de cartas, le ayudaban a evadirse en los momentos en los que se sentía solo. Y eso era muy a menudo.

Continuó dibujando. Intercambió alguna mirada con ella. Ambos sonreían, pero le costaba dejar de pensar en ello. No podía ser una cuenta atrás pensó, porque al final el último número sin tachar era el 65. Y pasar del 140 al 65 suponía reducir la cantidad en 75 unidades. Era una cuantía muy alta. Enorme. Por un momento, su mente consiguió concentrarse en lo que estaba dibujando. Una casa, papá y mamá, una hoguera y un perro. Sonrió para sí al descubrirse dibujando a una niña jugando junto a él. ¿Por qué no?, pensó.

Mientras tanto, el número quedaba oculto en el anverso del papel, sin saber, sin pensar, que podría significar algo.

Aunque lo que Daniel no veía es que había más números, y más restas.

FRENTE A CABINA DEL PILOTO

— Vamos, vamos. —le dice el Predicador. —serénate un poco. De ahí, — dice señalando a la cabina. —no pueden salir.

Está furioso. Descontrolado. Siente que la furia lucha por escapar de su cuerpo. Es verdad que tiene ganas de arrancarle la cabeza a alguien, pero cuando mira a su alrededor y contempla al grupo que le observa, se da cuenta de que debe calmarse.

El piquito de oro, el Predicador, trata de calmarle. No le cae mal, pero no le gusta que le manipulen. Necesita dar salida a su furia. Sus ojos buscan entre los pasajeros a una víctima. Y enseguida la encuentra. Uno de los pasajeros que les acompaña no ha abierto la boca, pero está allí con ellos. Creyéndose uno del grupo. Su parte racional le dice que no hay ningún grupo, pero su parte emocional no quiere ver a ese listo. Se encara con él.

— Siéntate. —le ordena.

Sorprendentemente le obedece y desaparece de su vista, algo que por otro lado le fastidia aún más. Otro pasajero pasa a sustituirle. No es muy diferente del anterior, aunque su aspecto le frena. Así es Carlos. En su mundo, lo importante es saber que, cuando estás dispuesto a actuar, debe estar garantizado el éxito. Por esa razón decide no agredirle. Su complexión le dice que no sería fácil derribarle.

Gira para volver a la cabina y ve a un señor mayor en el 5D. Está de pie, apoyado en el reposacabezas del 4D. Probablemente lleva demasiado tiempo sentado y está estirando las piernas, piensa Carlos. Sabe que no está bien, pero necesita descargar su ira en ese momento. Se acerca a él y le empuja con contundencia. Este, sorprendentemente, aguanta el equilibrio y permanece de

pie. Para sorpresa de Carlos, Álvaro se revuelve y se encara con él.

— ¡Majadero! — le espeta. — ¿Está usted loco?

Inconscientemente Carlos echa el puño hacia atrás, con la clara intención de golpearle. Tan clara es, que varias personas le sujetan increpándole por semejante actitud. Carlos al ver de quién se trata se enciende aún más. Son dos chavales. Enseguida recuerda haberlos visto sentados en la fila 7. Se revuelve y consigue zafarse de ellos.

— ¿Está loco? — gritan los dos.

— Menudo mierda de tío. — continúa diciendo uno de ellos. — ¿Qué coño hace agrediendo a un hombre mayor?

La situación se complica con la llegada de varios de los pasajeros congregados frente a la puerta de la cabina. Uno de ellos coge desprevenido a uno de los chicos y le aparta de forma violenta a un lado, inmovilizándolo parcialmente. Entonces, Samuel, queda a merced de Carlos, quien de nuevo intenta agredirle.

CABINA DEL PILOTO

Recordaba la situación a la perfección. Incluso sería capaz de indicar donde se encontraban cada uno de ellos en el momento en que entró en el banco. Dos chicas jóvenes en el interior, tras el mostrador, con la expresión congelada probablemente debido a las tres horas que duraba ya el secuestro. El guardia de seguridad, tendido en un rincón con una brecha importante en la ceja, con una barriga más propia de un bebedor profesional que de un profesional de la seguridad. En otro rincón, junto a unas sillas, un grupo de tres personas estaban sentadas muy juntas, en una clara posición defensiva.

Acaba de entrar desde la calle, donde dos vehículos de la policía y una furgoneta bloquean la carretera. Al parecer el atracador entró con una

escopeta y, después de golpear al de seguridad, disparó dos veces al techo.

Lo siguiente fue una vieja y manida historia que se repite más de lo que la gente piensa. Pidió que abrieran la caja fuerte, y lo hicieron, pero para descubrir que no había más de seis mil euros.

Entonces amenazó con matar a los rehenes, si no le traían un millón de euros y un coche para la huida. Muchas películas, pensó en aquel momento Miguel, cuando le comunicaron las demandas del atracador. Tantas series de televisión mostrando asesinatos, robos, violaciones, tenían que pasar factura en una sociedad tan débil.

Su objetivo al entrar en la sucursal del banco, la guarida del lobo... ¿feroz?, era claro. Un negociador debía, ante todo, tener inteligencia para empatizar con el lobo, con tal de conseguir que se calmase y que lograra volver al punto de partida, justo en el momento previo en que perdió la cordura.

Por eso, cuando Norman aceptó que entrará en la oficina, Miguel sabía que iba a comenzar un diálogo de sordos; al menos al principio. En una negociación un buen comienzo era muy importante, porque al tener contacto visual, al verse las caras, se podía calibrar enseguida las posibilidades de éxito.

Cuando las miradas de Miguel y de Norman se encontraron fue el preludio de lo que iba a ocurrir.

La escopeta..., la identificó enseguida. Una Winchester SXP. Una escopeta corredera, rápida y ligera, con menor retroceso y de fácil manejo. No era la primera vez que la veía. Un arma así significaba que el “lobo” era más fiero de lo que en un principio habían pensado. Independientemente del perfil psicológico que manejaba el equipo de intervención de la policía, la realidad era que el tipo era peligroso.

— ¿Miguel?

La voz le llegó desde muy lejos de allí.

Mientras observaba la escopeta, se fijó en cómo las manos la sujetaban. Los

dedos se movían nerviosos al compás de algún misterioso ritmo. El de la locura, pensó para sí.

— ¿Miguel? ¿Se encuentra bien?

De nuevo la voz acudía, cómo un susurro... ¿en su ayuda? Parecía provenir de algún sitio no muy lejano y... ¿familiar? Porqué lejos de atemorizarle le subyugaba. Aunque algo le decía que no debía volver.

— ¿Volver? —dijo en voz alta.

Los recuerdos se aceleraron movidos por unas manos invisibles. El atracador ahora le apunta en la cabeza y, en sus ojos, creyó ver los destellos de su locura. No pudo evitar gritar al tiempo que el loco de la escopeta apretaba el gatillo y...

— ¡MIGUEL! —gritó Mónica zarandeándolo.

Este se levantó repentinamente, agarrando a Mónica de los brazos. Su expresión no era muy diferente de la del resto de los pasajeros.

— Tranquilo. — le dijo también Helena intentando calmarle. —Tranquilo. — insistió.

— ¿Qué ha ocurrido? —consiguió decir por fin, algo más tranquilo, soltando a Mónica.

— Menos mal. —dijo Helena llevándose las manos a la cara. Sus ojos llorosos brillaban. — De verdad que pensábamos que te habías ido.

Aprovechó para mostrarle una sonrisa sincera, aunque efímera, sin poder evitar la triste que transmitía su rostro.

— ¿Estas bien? — insistió Mónica.

Miguel cayó en la cuenta de que hasta ese mismo momento no se habían tuteado.

— Sí. Gracias a las dos.

— Pero ¿qué te ha ocurrido?

— Probablemente haya sido la ansiedad. — aventuró Helena.

— Es posible. —dijo Miguel mucho más recompuesto. —Puede que haya sido eso. La cuestión es que esta situación es a todas luces algo inexplicable, algo imposible. Una auténtica locura. Y esta sensación creo que nos bloquea a todos. Nos lleva al caos.

— Es cierto. —convinieron las dos, algo más tranquilas al ver que Miguel recuperaba la compostura. —Díselo a esos que intentan entrar en la cabina. Solo es cuestión de tiempo que vuelvan a intentarlo.

Lo cierto era que desde hacía unos minutos habían dejado de golpear la puerta.

— Tenemos que enfrentarnos a esta situación tratando de entender qué está ocurriendo. Debemos actuar, cómo si fuera posible encontrar una solución. Hay que sobrevivir a esto. Hay que intentar...

No acabó la frase. El revuelo que se ha formado en la zona de pasajeros es importante. Se oyen gritos.

— ¡Dios mío!, ¿qué está ocurriendo? —pregunta Mónica alarmada.

— Hay que salir. —concluye Miguel.

— Es peligroso. —dice Helena atemorizada.

— Es verdad, pero somos lo más parecido a la autoridad que hay en este avión. Debemos estar.

— ¿Y qué les vamos a decir? ¿Nos hemos escondido? —continúa diciendo Helena.

— No. Nos hemos protegido Helena. Ahora hemos de recuperar el control. Sobre todo porque...

La pausa que hace Miguel les preocupa.

— Dilo. —le anima Mónica. — ¿Qué quieres decir?

— Bueno. No es casualidad que yo esté en este vuelo.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que si estoy aquí es en calidad de policía.

Las dos le miran sin entender.

— Pero los policías lo sois siempre, ¿no?

— Helena quiere decir que está en acto de servicio. ¿No es así?

— Así es.

— ¿Puedes ser más concreto?

Miguel asiente.

— Tenía ordenes de embarcar en este vuelo, para seguir a un atracador muy peligroso. A última hora de la noche de ayer asaltaron una joyería y se hicieron con un millonario botín de joyas. Asesinaron a dos empleados. El cabecilla está en este avión.

— ¿Sabe quién es? —pregunta Mónica angustiada.

— Tranquila Helena. —intervino Miguel al ver su reacción. — Esta gente no suele mostrarse. Quieren pasar desapercibidos.

— En una situación normal, quizás, ¿entiendes?, quizás estaría tranquila. — está nerviosa. Y, ¿quién no?, piensa Miguel. —Pero no deja de ser un delincuente.

— Respondiendo a tu pregunta Mónica, sabemos quién es, pero normalmente viajan con identidad falsa.

— ¿Entonces?

— Sabemos que es de madre italiana.

— ¿Y ya está? —pregunta Mónica sorprendida.

— Antes, cuando intentaban entrar a la cabina, uno de ellos se ha dirigido a otro con un claro acento italiano. — Me temo que es lo único que tengo. — confesó Miguel.

— ¿Y que vamos a hacer? ¿Cómo vamos a controlar a los pasajeros? ¿Cómo conseguir que nos hagan caso? Dios mío, esto es una auténtica locura.

— Bueno, — dijo por fin Miguel mirándolas a las dos. —hay una opción.

— ¿Qué opción?

— Es algo peligrosa, pero dadas las circunstancias creo que es nuestra única

alternativa.

— Por favor. —suplicó Mónica impaciente. —Dinos en que estás pensando.

ASIENTOS 25D, 25E y 25F

Mariola habla con un joven matrimonio, mientras Daniel y la niña siguen entretenidos con sus dibujos, y con sus juegos. Por un momento les observa, hasta que la niña la mira y Mariola le guiña un ojo, y acto seguido le regala una amable sonrisa.

Hace bastantes minutos que en el avión se ha producido una verdadera revolución. Un auténtico motín a bordo, donde la violencia y las malas maneras se han instalado. La escena de las azafatas y Miguel accediendo a la cabina del avión ha sido brutal. Sencillamente huían de lo que parecía, a todas luces, el inicio de un linchamiento. Por alguna razón, los pasajeros más violentos, los más deseosos de aplacar su ira con el uso de la violencia, habían ido ganando las primeras filas, especialmente en el pasillo, de tal forma que una vez se confirmó la desaparición de varios pasajeros, entendieron que debían actuar.

La realidad superaba a la ficción. Se habían movido, más que fruto de una extraña y perversa coincidencia, por una clara y controlada coordinación. El más violento, creyó recordar que su nombre era Carlos, se había encarado con dos jóvenes pasajeros, dos chavales, que habían salido en defensa de un señor mayor. Al menos este era el relato de los hechos, que había trascendido rápidamente. Era normal. En la era del Whatsapp y Twitter, el talento humano para comunicarse sustituía a la perfección la falta de los nuevos medios, con la satisfacción añadida de verle la cara a quién transmitía la noticia. Emisor y receptor tenían nombre y apellidos... y rostro.

Carlos y un numeroso grupo, algo más calmado pero igualmente muy alterado, chillaban al resto de pasajeros que se habían concentrado junto a Álvaro, el señor mayor a quien había golpeado Carlos. Se increpaban unos a otros intentando inútilmente hacerse callar. Entre ellos, Mariola vislumbró a hombre

moreno, alto, de facciones delgadas y nariz aguileña, que observaba todo con estudiada calma. Sus ojos se encontraron y Mariola se sintió incómoda. Él mantuvo la mirada fija en ella, cómo quien ha descubierto algo importante y no quiere que se le escape. Ella apartó la mirada y, en ese mismo instante, la puerta de la cabina se abrió, y apareció Miguel junto a las azafatas, con las manos levantadas.

Todos se les quedaron mirando, al tiempo que un frágil silencio se establecía en el avión. Por un momento, Mariola pensó que el orden por fin volvería a establecerse. Miguel avanzó con prudencia bajando las manos. Mónica y Helena le seguían de cerca, visiblemente nerviosas.

FRENTE A CABINA DEL PILOTO

El predicador no pudo disimular la pequeña sonrisa que asomó en sus labios. Acto seguido buscó a Carlos con la mirada, y lo demás ocurrió de la forma más natural y predecible. Este miró al predicador, cómo quién solicita permiso para actuar, o cierta connivencia, y acto seguido se abrió paso por el pasillo, en busca de su objetivo.

Miguel lo vio todo con bastante claridad. Carlos se acercaba bien pertrechado, por lo que no le quedaba más remedio que mantener una posición dócil, si no quería que aquello acabara mal.

— ¡Maldito cobarde! — le interpeló.

— Tranquilo amigo. La situación ya es complicada de por sí, no lo compliques más.

— La situación está muy clara poli de pacotilla. Tú y las chicas os habéis escapado al interior de la cabina de los pilotos. — dijo sorprendentemente en voz alta. — ¿Para hacer qué? ¿Para hacer manitas o por qué tenéis algo que ocultar? Y a mí me da que tenéis algo que ocultar.

— Tú no estás bien.

— Oh, sí. Sí lo estoy. De hecho, me encuentro genial. Mejor que nunca. —dijo en tono amenazante.

La situación era tensa. Toda la atención se había trasladado a la cabina del avión. Todos observaban la escena esperando que ocurriera algo. La conversación era una clara provocación, y estaba claro lo que pretendía. Cambiar el orden de las cosas en el avión.

Miguel tenía claro, no solo eso. Sabía que un comentario tan hiriente tenía que provenir de una mente un poco más compleja. Carlos no era más que un matón

de barrio y, desde luego, estaba a miles de kilómetros de distancia de ser un consumado tertuliano. Era un burdo peón.

Entonces decidió permitir que ocurriera lo previsible.

— ¿Qué tal la nariz? —le dice mirándole con cierta sorna.

La reacción de Carlos no se hace esperar. Avanza rápido hasta él e intenta propinarle un puñetazo. Miguel procede a reaccionar con cautela pero con contundencia, una vez más. Evita el golpe con facilidad y, aprovechando el movimiento de su cuerpo, le hace girar sobre sí mismo, haciéndole quedar a su merced. Carlos siente una fuerte presión en la muñeca que le paraliza.

— Maldito poli de mierda. — consigue decir, pronunciando la última letra casi cómo un grito.

— Vamos a estar todos tranquilos.

Justo detrás de Carlos, dos pasajeros más parecen calcular sus opciones, si deciden intervenir. Pero los gritos de Carlos les hacen dudar.

— ¿Y por qué tenemos que obedecerte? — la voz del predicador le llega con claridad, además de sonar segura y convincente.

— Sin piloto, las personas al mando en este avión son las auxiliares de vuelo. Y en mi caso, soy el legítimo representante de la ley. Y créanme, impondré el orden en este avión, si alguno de ustedes pretende alterarlo.

— ¿Y si no pensamos del mismo modo?

— ¿Qué quiere decir?

— Si no queremos obedecerles. ¿Qué harán? Este es un avión de pasajeros de media distancia. Es decir, pequeño. ¿Cómo piensa controlar la situación?

¿Está usted armado?

— Cuento con el sentido común de la mayoría de los pasajeros. Y le diré una cosa, para que no le quede la menor duda. Yo soy la ley en este avión y...

— Pero ¿usted se da cuenta de lo que está diciendo? ¿Usted cree que en este avión hay alguien que piense que todo lo que está ocurriendo es normal?

— Precisamente por eso...

— Se equivoca. —dice de forma casi cómica. —Se equivoca Miguel. El ser policía no le da, en una situación cómo esta, ninguna autoridad.

La situación lejos de ser cómica es demencial. Y Miguel comprende que el Predicador es mucho más peligroso de lo que en un principio pensaba.

— Es más, — dice haciéndole una seña, esta vez a otro pasajero. — necesitamos que colabore.

Otro pasajero, de aspecto ciertamente distinguido, se mueve con rapidez y de forma inesperada agarra a Mónica del cuello e, imitando el movimiento anterior de Miguel, la hace girar sobre sí misma y le retuerce el brazo, inmovilizándola.

Mónica grita de dolor. Casi de forma compulsiva gran parte del pasaje grita al unísono, entre indignado y sorprendido, mostrando su disconformidad con lo que acaban de presenciar.

La respuesta de Miguel no se hace esperar. Retuerce la muñeca a Carlos y este grita cómo un loco. Cae al suelo retorciéndose de dolor. Está rota, piensa Miguel, mientras se dirige a toda velocidad hacia Mónica, pero, en ese momento, el Predicador entra en escena.

— Mátala. —ordena gritando.

Miguel frena en seco, al ver el rostro de terror de Mónica, cuando el pasajero que la tiene apresada comienza a estrangularla de forma violenta. Su rostro se enrojece rápidamente y, Miguel alarmado, adivina el próximo movimiento. El que le romperá el cuello y la matará.

— De acuerdo. —dice gritando y levantando las manos. —Para. Para.

El rostro de Mónica aparece amoratado, y sus ojos inyectados de sangre. Miguel mira al Predicador, y este, sonriendo, disfruta durante unos instantes del poder con el que acaba de ser investido, prolongando el sufrimiento de la azafata.

— Por favor. —insiste.

— ¿Colaborarás?

— Dile a este loco que afloje. La está matando. —Miguel no puede evitar hablar gritando.

Todo el pasaje está en silencio. El pasillo está repleto de gente, y es imposible moverse en el avión.

— ¿Colaborarás?

— Sí. ¿Qué demonios te pasa? ¿Estás loco?

El Predicador sonríe. Pero no es una sonrisa divertida. Tiene algo de siniestra.

— Dame tu arma.

De pronto, todo cobra sentido. Esa es la clave. El arma. ¿Cómo no se había dado cuenta? Pero ¿quién, en su sano juicio, iba a pensar en un arma de fuego en una situación cómo aquella? ¿Qué mente enferma podía estar conspirando, después de todo lo que estaba ocurriendo?

Entonces, se produjo un nuevo momento de tensión.

— Dásela a Jeremías.

Su nombre retumbó en su interior cómo eco interminable. No era posible. Era la peor situación que cualquier policía podía si quiera imaginar. Debía entregarle el arma a un delincuente. A un asesino.

Pero, lo malo era que no podía cumplir los deseos del Predicador. Al menos, por el momento.

— Tienes cinco segundos. —le llegó su voz. —Cuatro. Tres. Dos. Uno.

— Está bien.

— Dásela.

— No puedo.

La expresión del Predicador fue la misma que la de un loco cuando está a punto de hacer... una locura. Sus ojos, llenos de furia, al sentirse humillado, miraron a Miguel con un odio extraño e incomprensible. Y entonces ocurrió lo

previsible.

— Máta...

— Ni se te ocurra tocar a esa chica, o te vuelo los cojones, cabrón. —surgió la voz, dura y femenina, milagrosamente, desde detrás de muchos de los pasajeros que ocupaban el pasillo central.

Acto seguido, cómo movidos por una fuerza mágica, todos los pasajeros que ocupaban el pasillo fueron sentándose, uno tras otro, creando un extraño efecto dominó. Todos estaban expectantes por presenciar quien había hablado con tanta autoridad. Los últimos pasajeros acabaron por sentarse, abriendo camino hasta llegar a la fila 25.

ASIENTO 25, PASILLO

Allí, de pie, en mitad del pasillo, apareció una mujer apuntando al Predicador con una pistola, que agarraba nerviosamente con las dos manos.

— Mariola. —dijo Miguel, dejando escapar su nombre con un suspiro.

Comenzó a caminar en dirección hacia Miguel, pero apuntando en todo momento al Predicador. No apartaba la vista de él.

Por primera vez, desde hacia mucho tiempo, casi todos los pasajeros volvieron a sentarse en sus asientos. El silencio era también el nuevo compañero de viaje. Al menos, en esos momentos. Jeremías, si bien había reducido su presión sobre Mónica, aún la mantenía sujeta. Miguel permanecía frente a él amenazante. Y el Predicador, era el único que obstaculizaba el paso de Mariola, y, aunque procuraba ceñirse a su asiento, no parecía dispuesto a abandonar el pasillo.

Cuando ella estuvo cerca de él, Miguel quiso advertirle del peligro.

— Cuidado. Quizás sea mejor que te quedes ahí. No te fíes.

— No dispararás. —le dijo el Predicador sorprendentemente.

— Maldito loco. Como te muevas te disparo.

— Querida. Creo que es la primera vez que coges un arma. Y te diré algo.

— Cállate loco. —dijo apuntándole cada vez más cerca. —He dicho que te calles.

— Pero si estás temblando. —dijo, dirigiéndose a todo el pasaje, soltando una risotada.

— Dispararé. —volvió a amenazarle.

— Está intentando provocarte. —le advirtió de nuevo Miguel.

— Pues apunta bien nena, — siguió el Predicador. — porque si fallas, ¿has pensado en los efectos de un balazo, en el fuselaje, en las ventanas o en el maldito depósito de gasolina de un avión de pasajeros, en pleno vuelo?

Por un momento, sus palabras produjeron el efecto esperado. Y Mariola dudó. El Predicador debió verlo con claridad, porque no dudó en abalanzarse hacia ella.

Y entonces todo ocurre muy deprisa.

El rostro de Miguel se contrae al ver la escena, pero poco más puede hacer. Jeremías siente cómo Mónica tira de él, y consigue liberarse momentáneamente. Mariola, se asusta al ver la reacción del Predicador e inconscientemente aprieta el gatillo de la Beretta.

El fogonazo retumba en el interior de la cabina, mientras la bala ya ha abandonado el cañón. Esta impacta en una de las ventanas, y el cristal salta hecho añicos.

Todos miran, hipnotizados y aterrorizados, al lugar donde apenas unas milésimas de segundos antes, había un cristal doble.

En ese mismo instante, todos los miembros del avión, caen al suelo cómo fulminados por un rayo.

Se sorprendió al recordar con tanto detalle el día en que su abuela le habló de las brujas.

— Son seres malignos que habitan en este mundo, desde la noche de los tiempos. —dijo torciendo la boca de forma cuasi cómica, si no fuera porqué la falta de dentadura y su piel pálida y pelleja, la dotaban de un aspecto tenebroso, que a Carla le hacía sentir miedo.

Sabía que no era real, pero su mente parecía obligarla a seguir aquella escena cómo si formara parte de un recuerdo lejano de su vida, que se resistiera recordar.

Fuera llovía, haciendo de la noche un lugar del que huir, del que resguardarse, protegidos por la seguridad del hogar. Por la luz.

— No te asustes querida, no te asustes de las brujas. Lo único que debes hacer es no hablar con ellas nunca, no mirarlas nunca, no dejarte embaucar por ellas nunca, no jugar con ellas nunca...

No paraba de decir lo mismo, una y otra vez, haciendo que algo tan monótono y aburrido fuera confiriendo un extraño halo tenebroso.

Miró a su abuela y descubrió que miraba por la ventana, cuyo vidrio lagrimeaba cada vez que la lluvia lo embestía, mientras seguía obstinada en su inacabable perorata.

Una inesperada risotada la hizo detenerse en seco y toser de forma ruidosa y... ¿repugnante?

— ¿Por dónde iba pequeña? — la interpeló.

Carla sintió una punzada de angustia, o quizá fuera miedo. Porque aquella voz ya no era su voz. No era en absoluto la voz de su abuela.

Ese pensamiento activó algo en su interior, cómo si un pequeño despertador la hubiera espabilado. Ahora parecía encontrarse en otro lugar, aunque en la misma posición. A su derecha la abuela seguía mirando por la ventana. Por extraño que pareciera la lluvia había desaparecido, dejando paso a una densísima niebla.

— ¿Abuela? —preguntó Carla al tiempo que el sonido de su propia voz parecía flotar, ralentizado, en el aire. — ¿Estás bien?

Preguntó esto último agarrando la mano de su abuela, en actitud cariñosa. Su expresión cambió al notar que estaba muy fría. Casi al mismo tiempo reparó en lo sucia que tenía la mano. La alzó para contemplarla con más detalle y descubrió, con pavor, que estaban llenas de mugre. Incluso sus finos dedos, nunca había reparado en cuan largos eran, acababan en unas repugnantes uñas absolutamente descuidadas. Soltó la mano cómo quien lanza una rata muerta al suelo al descubrir de que se trataba. Involuntariamente miró a su alrededor y descubrió que se encontraba en el interior de un avión, sentada junto a ella.

— Y recuerda que lo único que debes hacer es no tocarlas nunca, no hablarles nunca, pero, sobre todo, lo que no debes hacer nunca es...

La voz gutural surgía de su escuálida garganta, mientras su cabeza giraba lenta pero inexorablemente, cómo un faro que buscara iluminarla con su maldad. Carla comenzó a levantarse de su asiento nerviosa y aterrorizada, cuando, por fin, pudo contemplar el rostro de su... ¿abuela?

— ... mirarle a los ojos. —dijo la bruja mostrando unos ojos amarillos intensos, inyectados en lo que supuso debía ser sangre. La sangre de tantas víctimas.

Carla entró en pánico y comenzó a gritar con todas sus fuerzas.

El agua. No había elemento más valioso que ese. Fuente de toda vida. Origen de todas sus pesadillas. Tan abundante, tan incommensurable. Era difícil no pensar en ella, más aun cuando volabas por encima de las nubes, y debajo de ellas, el inmenso mar lo abarcaba todo, con toda su fuerza primigenia.

Sintió cómo el frío y la humedad le provocaban un escalofrío. Sin saber muy bien porqué, mucho antes de ser consciente de lo que le estaba pasando, empezó a sentir que respiraba cada vez con mayor velocidad.

Como si su mente le trasportara a otra parte, tuvo la lucidez de no saber ni tan siquiera desde donde, vio a su padre gritándole.

— Nada, nada de una vez Guille.

— No puedo papi, no puedo. De verdad. —contestó temblando de miedo y con voz queda.

— Claro que puedes. —insistía algo impaciente. — Tienes que hacerlo.

La piscina quedaba frente a él cómo un enorme monstruo que pretendía engullirle de nuevo. Él lo intentaba, pero había algo dentro de él que se lo impedía. Y su padre, su querido padre, parecía no entenderlo.

— Venga Guille, sé un hombre. Tírate de nuevo.

La piscina rebosaba de agua, amenazante, esperándole para golpearle y llevarle al fondo, una y otra vez, hasta lograr su objetivo.

— Guille... — parecía gritar su padre.

Pero de nuevo el frío le despabiló. Su corazón galopaba cómo un caballo salvaje al tiempo que sus pulmones luchaban por coger aire. Entonces, cuando sintió el agua fría en los labios, tuvo plena consciencia de lo que estaba ocurriendo. Y sintió un terror indecible.

El avión estaba completamente anegado de agua. Apenas unos pocos puntos de luz iluminaban parcialmente algunas zonas del avión. Los cuerpos sin vida algunas personas asomaban desde lo hondo de la cabina de pasajeros cómo improvisados y macabros islotes, ahora convertida en un auténtico depósito de

cadáveres.

Guillermo perdió el escaso equilibrio que le permitía mantener la cabeza parcialmente fuera del agua. Tragó agua y sintió que se ahogaba, desesperado, moviendo todo su cuerpo con fruición, logró recuperar el equilibrio.

Trató de serenarse. Pero aunque no podía, a duras penas mantuvo la posición. Giró sobre sí mismo varias veces.

— ¿Hay alguien por ahí?

Nadie contestó, haciéndose patente que estaba solo. Sintió cómo el estómago se le agarrotaba, duro cómo una piedra, ante aquel pensamiento. Estaba a punto de llorar cuando algo se movió bajo sus pies. Gritó cómo un niño histérico asustado por algo que no podía comprender. Por algo terrorífico que le estaba rondando.

Miró a través del agua esperando poder descubrir de que se trataba, pero apenas pudo vislumbrar nada. Cogió uno de las luces que caía descolgada del panel superior y la introdujo en el agua.

Enseguida notó dolor en sus manos. Sentía que perdía tanto la flexibilidad cómo la fuerza. Otra vez sintió miedo. Perder el control de las manos y de las piernas significaba que... no le quedaba mucho tiempo.

Esta vez algo le tocó la pierna y le hizo caer. Otra vez bajo el agua sintió cómo la rigidez de sus miembros era ahora mucho mayor. Entonces, cómo si alguien le llamara giró sobre si mismo. Calculó que le quedaba aire para apenas unos segundos. Debía volver a la bolsa de aire cuanto antes, cuando vio acercarse algo a toda velocidad.

Sus ojos revelaban, no solo el pánico y el miedo ante su espantosa realidad, sino la antesala de la muerte. Sus pupilas reflejaban un monstruo primigenio que le miraba con sus pupilas negras inyectadas de un mal también primigenio. De un odio infernal.

Guillem gritó con todas sus fuerzas... bajo el agua.

ASIENTO 4C

Huir. Siempre huir.

— Enfréntate a él. —le había dicho su madre.

Qué fácil era decirlo. Qué difícil era hacerlo. ¿Difícil? Imposible. Discusiones, palizas, hospitales, separación, palizas, denuncias, órdenes de alejamiento y por fin, huida.

— Hija mía, eso no. —con lágrimas en los ojos y llorando. —Huir no.

Pero sí mamá, eso sí, pensó. De hecho... es la decisión más inteligente que he tomado en mi vida.

— ¿A dónde irás? ¿Qué será de ti? ¿Qué será de mí?

No puedo decírtelo. El primer paso es coger este vuelo. Cuando llegue a mi destino, después de algún tiempo, no te preocupes no será mucho, te lo haré saber. Recuerda. Te quiero.

Y así continuaba repitiendo en su mente aquella conversación que le había llevado hasta este vuelo. A esta pesadilla. De pronto cayó en la cuenta de que había perdido el hilo de lo que ocurría a su alrededor. Miró a su alrededor y se sorprendió al ver a todos los pasajeros dormidos. Un extraordinario silencio había tomado el avión. Denso y visible, cómo una pequeña bruma que la envolviera. Tenía la extraña sensación de estar soñando, pero no creía estar dormida. Aun así preguntó en voz alta.

— ¿Hola? —dijo con voz queda.

Nadie. Atemorizada volvió a intentarlo.

— ¿HOLA? —dijo ahora con más fuerza.

De nuevo no hubo respuesta. En ese momento fue consciente de que estaba en mitad del pasillo. Ni siquiera recordaba haberse puesto en pie.

— ¿Cariño?

La voz de su enemigo le penetró cómo un cuchillo que le atravesara el alma. El miedo se alojó en su interior con tal rapidez que sintió cierto embriagamiento. Sintió que se mareaba. Tan noqueada ante la situación, que apenas pudo decir nada, esperando que fuera solo eso. Una ilusión o quizá una pesadilla.

— ¿Cariño? — repitió avanzando hacia ella. — ¿Por qué me has abandonado? ¿Acaso ya no me quieres?

— ¿Cómo es posible? — preguntó Carmen, sin saber cómo había sido capaz de articular, si quiera una palabra.

Su cuerpo estaba rígido. Sus manos, agarradas a los reposacabezas de los dos asientos ubicados a cada lado, con su cuerpo ladeado en una clara postura defensiva.

— No te acerques... — consiguió decir con voz temblorosa.

— No Carmencita... — dijo. — Claro que me voy a acercar.

En ese momento pudo verle perfectamente. Era él y no lo era. Carmen no entendía que estaba ocurriendo, pero en su interior todas las alarmas estaban encendidas. Su corazón le golpeaba las sienas sin remisión. Y él, todo él rezumaba maldad.

El ruido de unas cadenas al caer al suelo le asustaron.

— Verás, perra, he traído unas cadenas para que te vayas haciendo una idea. Porque es lo que te mereces.

Carmen empezó a gritar con todas sus fuerzas.

— Ayuda. — gritó.

Pero allí nadie parecía despertar de su letargo. Nadie parecía reparar en lo que estaba sucediendo. Pero cuando estuvo a apenas unos metros, Carmen descubrió, quizás antes solo pensaba que estaba atenazada por el miedo, que no podía moverse en absoluto de donde se encontraba.

Volvió a gritar una y otra vez mientras él se abalanzaba sobre ella sin

oposición, también gritando, cómo un loco endemoniado.
Y en realidad, lo era.

ASIENTO 8D

Procuraba viajar poco y, cuando no le quedaba otro remedio, lo hacía siempre medicado. Dopado cómo un maldito yonqui. No era el mejor ejemplo, se dijo con una media sonrisa, pero era lo que pensaba una persona, por otro lado, contraria a cualquier tipo de medicamento. Siempre aterrorizado por las alturas, sin solución a la vista, cogió el avión dispuesto a resistir un viaje horrible e infernal hacia el sufrimiento.

De verdad, que me da vergüenza viajar contigo, le había dicho su primera novia con absoluta sinceridad. Y Joaquín no dudó en que tenía toda la razón. En aquella ocasión él había intentado ser cordial y explicarle que no era algo voluntario, sino una reacción involuntaria e incontrolable de su cuerpo. Quizás de su mente.

Con el paso del tiempo acudió al médico, y este le derivó claramente al psiquiatra, al comprobar que en aquel problema se juntaban muchas cosas, y probablemente tenía mucho que ver con su infancia. Este... ¿descubrimiento?... le dejó sin palabras a Joaquín. Un miedo tan arraigado era difícil entenderlo sin asociarlo a algún episodio de su infancia.

Durante un tiempo todo pareció desaparecer, sus preocupaciones, sus miedos, hasta que, tiempo después, la muerte de su abuelo le obligó de nuevo a pensar en la muerte; cómo una deuda del pasado que debía saldarse.

Debía desplazarse al precioso pueblo de Pollença, ubicado en Mallorca, que le obligaba, de nuevo, a coger un avión. Sus miedos más primarios, más puros, llamaban a su puerta con una virulencia que jamás había sentido.

— Cuéntamelo otra vez papá... — decía la voz de su querida madre.

— No, — contestaba su abuelo. — os reiréis de mí, y no pienso consentir eso. Joaquín, desde su habitación, a altas horas de la noche, cuando los adultos daban por dormidos a los pequeños, estaba a punto para oír la historia de su abuelo.

— Venga, no te hagas de rogar. Venga, — insistió. — y cuando acabes nos vamos a dormir.

— Eso... si podéis.

Todos rieron mientras Joaquín abría mucho los ojos, dispuesto a prestar la máxima atención a lo que su querido abuelo tuviera que explicar. La idea de poder oír una historia de mayores, le subyugaba de tal forma que quedaba cómo poseído por un hechizo mágico, quedando a su merced.

— Aquel día, llovía mucho. — empezó explicando el abuelo. — Junto a mí viajaba, y os prometo que así era, un Indio Americano. Enseguida nos pusimos a hablar en un inglés que yo comprendía. No tardamos en congeniar. El avión se mecía cómo una cuna, y él permanecía tan tranquilo, aunque poco a poco me di cuenta de que su mirada se desviaba muy a menudo hacia la ventana, donde un cielo plomizo, de vez en cuando, permitía que algunos rayos de sol impactaran sobre las nubes grisáceas, que se aterciopelaban momentáneamente de un cierto color blanquecino a su contacto.

Qué bien explicaba las historias su abuelo, pensó Joaquín acurrucado en el suelo, agarrado a su oso de peluche para que le hiciera compañía en tan arriesgada aventura. Tras él, su cama deshecha parecía hacerle compañía.

— Le pregunté entonces que era extraño verle tan tranquilo y, al mismo tiempo, tan pendiente de lo que ocurría fuera del avión. Cuando, creedme que era así, la mitad del avión estaba francamente asustado. A mí me llamaba la atención de que parecía más asustado por lo que allí afuera pudiera ocurrir.

— Y, ¿qué explicación te dio? — preguntó esta vez Pablo. Joaquín enseguida reconoció la voz de su papá.

— Al principio no dijo nada. Permaneció largo tiempo callado, interrumpiéndose nuestra conversación inicial. Algo sí que me fastidió, si os tengo que ser sincero. A mí también me ayudaba a distraerme. La gente estaba muy nerviosa en el avión y, su conversación me transmitía una extraña tranquilidad. Hasta ese momento.

— Y, ¿entonces?

— Entonces un rayo atravesó aquel cielo infinito, ramificándose, más y más. Coincidió que ambos estábamos mirando por la ventana, y pude ver sus ojos. La tensión de sus manos agarrándose al asiento. De verdad que me impresionó muchísimo. Y entonces de sus labios surgió un nombre. Abu —Azcae. Volvió a repetirlo, Abu —Azcae.

— ¿Qué es Abu —Azcae? ¿Tu dios? —pregunté sin pensar la verdad.

Sus ojos se abrieron cómo platos. Su boca empezó a proferir toda clase de extrañas expresiones. Estaba claramente ofendido. Después de unos segundos, probablemente, consciente de que no le había entendido nada, comenzó a explicarme, solo un poco más calmado, que desde luego que Abu —Azcae no era su Dios.

— ¿Y quién era?

— No quién era. Quién es.

La aclaración provocó el efecto esperado. Toda la familia le miraba con expectación.

— Según mi misterioso compañero de viaje, Abu —Azcae es un demonio que habita el aire tenebroso. Se mueve por las corrientes de aire, a través de los fuertes vientos huracanados, anida en las tormentas marinas y en las tempestades oceánicas, y un enorme rayo precede su llegada. Dicen que huele la muerte y que busca la perdición de los hombres. Su mirada atraviesa el alma, y sus miembros deshumanizados persiguen arrancar al hombre la poca cordura que le queda antes de perder la vida.

La voz de su abuelo le llega clara y nítida. Se produce entonces una rotura con la realidad, cómo un chasquido al partirse un palo de madera. Ya no se encuentra tras la puerta entreabierta de la habitación.

Está sentado en su asiento y se sorprende al comprobar, que la fila de asientos de enfrente, ha desaparecido. Y la siguiente, y la siguiente, y la otra, hasta que, a unos metros de distancia, vislumbra el enorme boquete de la cabina, por donde se filtra el gélido aire. La enorme grieta actúa cómo una gigantesca garganta que lo absorbiera todo. La descompresión acentúa la fuerza de succión. Todos los objetos que aún no han sido succionados son arrastrados allí.

Puede contemplar con auténtico terror el exterior del avión. Las nubes, la lluvia y, en ese preciso instante, el luminoso rayo que atraviesa el cielo y, que ramificándose cómo una raíz de líquida energía, buscara el lugar donde impactar. Saltan chispas cuando el rayo golpea con fuerza el ala del avión. Todos gritan.

Increíblemente es ahora consciente de que a su alrededor hay otros viajeros que le miran. Pero ¿por qué le miran si él no puede ayudarles? Entonces, a modo de respuesta, las fijaciones de los asientos de la fila 8C, 8D y 8E se sueltan en bloque y se ven impulsados hacia la grieta junto con los otros dos asientos. Golpean con varios obstáculos y se precipitan hasta la grieta donde quedan atrapados.

— ¡Dios mío! —oye gritar a un pasajero. — Hay algo en el ala. Hay una cosa enorme en el ala.

Joaquín lo oye perfectamente, y si mira en dirección al ala es porque no hay otro lugar donde mirar. Atrapado, asustado, a punto de morir, observa con terror, cómo jamás lo había sentido, cómo un ser escurridizo, con las extremidades deformes, bajo unas extrañas alas, le observa con sus ojos amarillos.

Joaquín empieza a gritar ante su mirada. Ante su maldad. Cuando este se impulsa para alcanzarle y devorar su alma.

Antes de morir tiene la oportunidad de mirarle a los ojos, y tiene la impresión de ver... ¿chispas azules?, al tiempo que recuerda a su abuelo relatando la historia de un indio que una vez vio a un demonio.

Abu —Azcae, repite en su interior. Abu —Azcae.

ASIENTOS

2A, 2B, 2C, 2D, 2E, 2F, 3A, 3B, 3C, 3D, 3E, 3F, 4A, 4B, **4C**, 4D, 4E, 4F, 5A, **5B**, 5C, 5D, 6A, 6B, 6C, 6E, 6F, 7A, 7B, 7D, 7E, 7F, 8A, 8B, 8C, **8D**, 8F, 9C, 9D, 9E, 9F, 10A, 10B, 10E, 10F, 11A, 11B, 11C, 12D, 12E, 14A, 14C, 14D, 14E. 15A, 15B, 15C, 16A, 16B, 17C, 17D, 17F, 18A, 18F, 19B, 19C, 19D, **19F**, 20C, 20D, 20E, 20F, 21B, 21C, 21D

FRENTE A CABINA DEL PILOTO

Despierta sobresaltado. Otra vez les ha cogido por sorpresa, y de nuevo tiene esa sensación, dolorosa y angustiada, de haber cortado su existencia, cómo si pararan de golpe una película, para volver a pulsar el play, algún tiempo después, cómo si nada.

El despertar es, por eso, algo extraño. Desacompasado. Por lo que debe esforzarse por recuperar... ¿lo perdido?

Alguien está llorando. No, ¡qué va!, piensa. No es alguien. Son muchísimos. No recordaba un despertar tan amargo en toda su vida. La gente ha comenzado a gritar. Desesperada. Es una locura. Es terrorífico. Miguel no tiene tiempo de pensar en lo que ha pasado. Busca apresuradamente con la mirada al final del pasillo. En ese instante, una chica le bloquea el paso y le agarra con fuerza; casi está a punto de derribarle. En un primer momento, tiene el instinto de golpearla. Ha sido un acto reflejo. Gracias a Dios, que no se ha dejado llevar. Y tal y cómo están las cosas hubiera sido lo más normal. Se detiene a mirarla y ve que está llorando, mientras intenta... gritar. La imagen le impacta. Es angustiante ver a alguien, que es incapaz de gritar. El pánico la ha bloqueado. Debe tener unos dieciocho años. Miguel la abraza con fuerza, y siente que él también necesita abrazar a alguien.

— Sígueme. —le dice, poniéndole las manos en las mejillas, en un gesto sorprendentemente cariñoso, intentando tranquilizarla. Pero ella le para.

— ¿Dónde están, Dios mío? — consigue preguntar.

— ¿Quién...? — pero no logra terminar la pregunta.

En ese mismo momento, se da cuenta de a qué se refiere. No se refiere a un grupo de personas en concreto. Se refiere a todos los asientos de las siete u

ocho primeras filas. Casi todos han desaparecido desde esas filas hasta la cabina de los pilotos. Pero, no tardará en comprobar que han desaparecido muchos más.

— ¿Cómo es posible? —se oye decir así mismo.

Se queda impactado. No sabe qué decir, ni qué hacer. Esto es demasiado. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué demonios está pasando? Tiene la sensación de que va a perder la cordura. Tiene ganas de vomitar y siente un fuerte mareo, pero, no sabe cómo, consigue sobreponerse y tira de ella. La chica parece no reaccionar, pero se agarra a él dejándose llevar.

Es aterrador observar las caras de las personas que van dejando atrás, conforme se mueven hacia la parte trasera de la cabina de pasajeros. Miguel avanza intentando encontrar a Mariola y a los niños, pero no consigue hacerlo, y eso le irrita.

A su lado un señor mayor, le mira con los ojos muy abiertos y la boca abierta. Miguel siente que debe decirle algo. ¿Está usted bien?, o algo así. Pero en su lugar, continua avanzando. Y no puede evitar sentirse culpable, aunque piensa que está perfectamente justificado. En las montañas de la locura, inevitablemente piensa en H.P.Lovecraft, todo está permitido cuando tienes el convencimiento de que vas a perder la cordura.

Evita pensar en lo que le rodea, parece imposible, pero lo consigue... a medias. Necesita encontrar a los suyos. Ahora ve a varios pasajeros sentados en el suelo, no puede verles la cara, y se alegra de ello. No quiere ver nada. No quiere sentir nada, solo llegar al final de la cabina y ver a Mariola. Se sorprende de sus sentimientos hacia ella. Incluso hacia los niños. Piensa que en situaciones límite todo funciona muy deprisa. Incluso eso. Solo quiere llegar al final del pasillo. Siente la necesidad imperiosa de hacerlo. Ya.

ASIENTO 25 D,E, F

Inexplicablemente se encuentran bien. Daniel y la niña están sorprendentemente tranquilos. Mariola les abraza intentando calmarles, pero ambos se muestran serenos. No lo comprende, pero mejor así. Siempre ha pensado que los niños son más impresionables, aunque también había oído historias sobre niños que habían sobrevivido a situaciones muy complicadas, donde los adultos habrían perecido sin ninguna duda.

La voz de Miguel le llega clara y fuerte. No acaba de levantarse cuando él se adelanta hacia ellos y la abraza con fuerza.

— ¿Cómo estáis? — dice aun abrazado a ellos. — ¿Cómo estás? — dice mirando ahora a Mariola, que se ruboriza.

— Estoy bien, y los chicos... — dice mirándoles. — Es increíble. Están mejor que nadie.

Ambos les miran, tranquilos, pero sin decir nada, cómo si no quisieran molestarles.

— ¿Cómo lo supiste?

Mariola sabe que se refiere al arma.

— Lo intuí. — dice algo avergonzada. — Poco más.

No sabría decir porqué, quizás por su respuesta, pero tenía la sensación de que Mariola le ocultaba algo. Lo dejó pasar, aunque la sensación le quedó ahí.

Algo no cuadraba. Aunque, se dijo, en aquel viaje, no cuadraba nada.

— ¿Qué está ocurriendo Miguel?

Ambos se abrazan durante unos segundos. La niña les mira y, por un instante parece sonreír. Al verla, Mariola, se extraña. Qué entereza, piensa. Al igual que Daniel, pero este, a pesar de mostrarse tranquilo, tiene una clara expresión de tristeza. Tiene miedo, se dice a sí misma. De nuevo le dirige una mirada a la niña y, ella, le devuelve la mirada, profunda, serena, pero por un momento cree distinguir algo más. Algo relevante que le hace abstraerse de todo lo que

acontece a su alrededor.

— Ei, ¿Estás bien?

Oye la voz de Miguel casi desde la lejanía.

— Perdona. — dice sorprendida de su reacción.

Casi juraría que se ha quedado adormilada. Se gira un poco para hablar con Miguel, buscando algo de intimidad, para que los niños no les oyeran.

— ¿Recuerdas algo? — le pregunta él preocupado.

— Sí, sí recuerdo que un pasajero intentó quitarme el arma y, en ese momento...

Se movió buscando la respuesta, hasta que dio con el lugar donde había ocurrido todo, a muy pocos metros de ella. Enseguida localizó el impacto de bala. El aire penetraba con fuerza en la cabina. La bala no solo había perforado el cristal de la ventana, sino que, como consecuencia de la descompresión, el aire había arrancado de cuajo el doble cristal. La zona adyacente a la ventana estaba ahora despejada de pasajeros.

— Disparaste.

— ¡Dios mío! — Mariola, tapándose la boca con la mano.

— No ha sido culpa tuya.

— ¿Qué ha ocurrido entonces? No lo entiendo.

— Ha desaparecido mucha gente. — dijo respirando. — Y no tengo ninguna explicación racional.

— ¡Dios mío! — repitió de nuevo Mariola mirando a su alrededor. — ¿Qué ha ocurrido en las primeras filas? ¿Dónde está la gente? Dios mío. ¿Y los asientos? ¿Cómo es posible?

Respiraba muy rápido.

Miguel la abrazó.

— Tranquila. Estamos bien. Debemos estar tranquilos a pesar de todo.

— ¿Agente? — la voz era clara e igual de serena que la de los niños. — Me

gustaría ayudar.

La voz pertenecía a un señor mayor, de pelo abundante y canoso, que le confería un aspecto respetable. Sus ojos azules destacaban sobre un rostro agraciado y, quizás demasiado joven para su edad. Tras él, su mujer, permanecía a su lado. Sino fuera por la situación, la imagen, en otras circunstancias, hubiera sido muy simpática. Ella parecía hacer guardia tras él.

— Perdone, pero quizás este no sea el mejor momento. — respondió Miguel.

— Por favor, déjenos un momento.

— Él puede ayudar. — dijo la mujer con seguridad.

— Déjame a mí. — protestó el hombre.

La situación era extrañamente divertida al tiempo que inadecuada.

— Es piloto. Lo ha sido toda la vida. Y podría ayudar. —sentenció la mujer.

De pronto se hizo un silencio.

— ¿Cómo ha dicho? — preguntó Miguel realmente sorprendido.

— Díselo. — insistió la mujer.

— Déjame. — respondió él.

— Por favor, — advirtió. — lo que ha dicho es importantísimo. ¿Es usted piloto?

— Sí. — dijo por fin. — Soy piloto. Hace ya unos años que me retiré pero...

— Perdone que le diga... ¿Señor?

— Gabriel.

— Gabriel, es usted lo mejor que le ha pasado a este avión desde que despegamos. — dijo acompañándolo de una sonrisa.

— Supongo que es un alago. —respondió él.

— Bien, ¿Mónica?

— Miguel, estoy aquí. — le dijo desde la fila 17 haciéndole señas.

— Mariola. Quédate con los niños.

Ella asintió y le abrazó. La rodeó con sus brazos y, antes de poder decir nada,

sintió cómo ella interponía entre ambos, quizás, su seguro de vida. Instintivamente la besó con rapidez, al tiempo que cogía el arma y la guardaba. Ella le miró sorprendida.

— Lo siento. —se disculpó, mientras se alejaba.

FILA 7

Estaban frente a la “zona cero”, cómo la había denominado, con cierto humor negro, Mónica.

— ¿Estás bien?

— Sí. — contestó tocándose el cuello. — No era tan fuerte cómo él se pensaba.

La marca del cuello mostraba claramente un moratón, que se extendía alrededor. Era evidente que Mónica mentía acerca de ello. Aquel loco a punto había estado de estrangularla. Ella era fuerte, pensó Miguel, y en situaciones cómo aquella eso podía marcar la diferencia.

— ¿Quién es él? — preguntó refiriéndose al señor mayor.

— Quizás, nuestra salvación. — respondió Miguel.

Le miró extrañada y con cierto descaro.

— ¿Este abuelito? — dijo sin disimular.

— Perdóne jovencita. —respondió Gabriel. — Quizás sepa usted pilotar un avión.

Mónica enrojeció y ambos rieron. Por un instante, aunque fuera muy corto, consiguieron recobrar el ánimo.

— Los rebeldes han quedado diezmados. — sentenció Mónica, moviendo la cabeza discretamente en dirección al Predicador que estaba sentado, en una de las filas de emergencia, con la tez blanca. Junto a él, Miguel distinguió con desagrado al italiano.

— Como dicen, Dios los crea y ellos se juntan. — añadió.

Pero Mónica tenía razón. Carlos y alguno de los pasajeros, que habían intentado aquel extraño y desesperado motín, si se podía llamar así, sencillamente, ya no estaban.

— Helena. — gritó Mónica al verla.

Esta vino enseguida hasta donde se encontraban. Curiosamente, estaban en el pasillo central, pero ninguno de ellos había entrado en la zona cero.

— ¿Cómo es posible? — preguntó Mónica, mientras observaban el fuselaje donde aparecían las fijaciones donde debían ir sujetos los asientos del avión.

Miguel atravesó la zona en dirección a la cabina, al tiempo que observaba con detenimiento las sujeciones. Se inclinó un momento, y observó las zonas de anclaje de los asientos. Pero ¿cómo? Ninguna de ellas parecía haber sido forzada.

— ¿Qué ves? — la voz de Mónica surgió a su lado.

— Nada. — respondió. — Y eso es lo preocupante.

Al llegar a cabina, antes de entrar, se paró y, girando en dirección a la puerta de embarque, se acercó a ella. A apenas unos centímetros se detuvo. Y comenzó a observarla. Los demás le miraban con expectación, en completo silencio, cómo alguien que está a punto de desactivar una bomba.

— ¿Qué ocurre?

No respondió, aunque dio la sensación que reaccionaba de alguna manera, porque retrocedió unos pasos, cómo quien pierde el equilibrio. Les miró un momento, y haciendo caso omiso, entró en la cabina.

— Nada. — añadió por fin. — Supongo que nada.

DENTRO DE LA CABINA DEL PILOTO

— ¿Cómo que no es posible?

— Como lo oís. —dijo Gabriel con absoluta serenidad.

Hubo unos momentos de silencio. La intensa neblina seguía golpeando el avión e impidiendo tener la más mínima visibilidad. Ni un atisbo de donde se encontraban. Los diferentes controles del panel de mandos del avión, continuaban emitiendo toda suerte de sonidos y luces, cómo si trataran de despertar también ellos de un extraño y maquiavélico letargo.

— Aunque, por otro lado, no me extraña. —dijo Miguel en cierto tono reflexivo. Todos le miraban. — Lo digo en el sentido de que nada, de lo que está ocurriendo, es normal. Es imposible explicarlo de forma congruente o racional.

— Si Gabriel dice que esto no es posible, — continuó diciendo, mirándoles a todos. —es que esto no es posible.

Mónica no pudo evitar entreabrir los ojos de forma llamativa.

— Yo no acabo de entenderlo. —declaró Helena. —Por favor, Gabriel, ¿me lo puede explicar de nuevo?

— Desde luego Helena. —dijo con un sabia mezcla de experiencia y dulzura.

—La idea principal que debéis entender es que nada en el avión funciona.

— ¿Pero estamos volando?

— Mi instinto me dice que sí. Pero los controles indican que no.

De nuevo un silencio.

— Vamos a ver. ¿Cómo no vamos a estar volando? —preguntó Mónica de forma irónica.

— Yo no digo que no estemos volando, a ver si presta atención jovencita, —

dijo ahora algo molesto. — sino que los instrumentos del avión parecen indicar que no volamos.

— Vamos a ver si consigo explicarme mejor. — continuó diciendo, acompañándolo con un incontrolado suspiro. — Los instrumentos del panel del piloto aportan información, entre otras cosas, de la altura y velocidad del avión, su altitud con respecto al suelo sin necesidad de tomar referencias, si está en ascenso, descenso o nivelado, y en qué dirección vuela. ¿Entendéis?

Todos asintieron.

— Por lo que la información que nos ofrecen, lo hacen basándose en las propiedades del aire, cómo el anemómetro, altímetro y barómetro, y las propiedades giroscópicas como el indicador de altitud, de giro/viraje, y dirección.

Hizo una pausa para respirar.

— Por otro lado, y quizás lo más indicativo, la brújula no funciona, no funcionan los relojes, tampoco los móviles, ni ningún dispositivo electrónico. Esto último ha sido muy evidente en la zona del avión donde nos sentamos mi mujer y yo. Todo el mundo protestó cuando dejaron de funcionar los teléfonos y tabletas electrónicas.

— Eso es verdad. — convino Helena.

— Si nada funciona, quizás sea...

— ... porque puede que nada esté funcionando. —concluyó Miguel.

— Nada, excepto los motores. —precisó Gabriel.

Miguel comenzó a mirar el panel del piloto, mientras la niebla impactaba una y otra vez contra el cristal de la cabina.

— Pensemos un momento en todo lo que ha ocurrido. Hemos ido perdiendo el conocimiento de forma continuada, a saber desde qué momento, mientras han ido desapareciendo pasajeros. Al principio, poco a poco pero, en esta última ocasión, ha sido de forma... brutal. —se le ocurrió decir. — Es una terrible

realidad, pero ha sido así. Los asientos de las primeras filas han sido... han sido

Pero no pudo continuar. Tal vez su mente aún no había verbalizado todas y cada una de las situaciones, incomprensibles incluso demenciales, que se estaban dando. ¿Cómo aceptar algo así? Tal vez nadie podría interiorizar eso. Porque, ¿cómo explicarlo?, se preguntó.

— Eso es. —dijo por fin, mudando la expresión de su rostro.

— ¿En qué piensas? — preguntó Mónica.

— Solo es una idea. Pero... — dudó. —Es una locura.

— Seguramente esa es la principal razón por lo que, quizás, sea una buena idea. —matizó Gabriel.

— Al menos tú tienes una idea. En este avión ahora mismo reina el caos. — convino Mónica. — Es el momento de una buena idea.

— Muy bien.

Respiró hondo al tiempo que volvía a observar los instrumentos del piloto.

— La explicación de Gabriel ha sido clara, ¿no? Estamos volando, sí. Pero los instrumentos del avión parecen decir lo contrario. Mientras tanto, estamos sumidos en el caos y el pánico, por todo lo que ocurre en este maldito avión, preguntándonos qué es lo que está ocurriendo.

— Está claro, — dijo impaciente Mónica, evidenciando cierto nerviosismo.

— ¿A dónde quieres ir a parar?

— ¿Y si estamos omitiendo lo más importante e intentando entender lo que no podemos entender?

— Me acabo de perder. — dijo Mónica.

— Yo tampoco te sigo. — convino Helena.

— Nos centramos en lo que no entendemos y no hacemos caso a lo que está claro. Gabriel lo ha dejado meridianamente claro.

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué el avión no está volando?

Miguel sonrió a modo de respuesta.

— ¿Qué sino? ¿Cómo explicar las desapariciones?

— Eso es imposible. —sentenció Mónica. — Asómate por la venta. ¿Qué sino puede ser eso?

— Mónica, pienso igual que tú. Todos mis sentidos me dicen que estamos volando. Pero algo está jugando con nosotros. Estamos a su merced. No sé lo que es, o quién es, pero tengo muy claro una cosa. Y es que no nos queda mucho tiempo. Tenemos que reaccionar. Probar algo, antes de que sea demasiado tarde. Antes de la próxima...

— ¿Desconexión? —apuntó Helena.

— Llámalo cómo quieras, pero se acaba el tiempo. —dijo tajante.

— Gabriel, ¿Tú que piensas?

— Yo quiero ver a mis nietos. No quiero desaparecer así sin más. Tenemos que hacer algo. No sé el qué, pero si a Miguel se le ocurre una idea, deberíamos probarla.

— Pero ¿qué propones? — preguntó Mónica.

— Demostrar que los instrumentos del avión funcionan correctamente. — sentenció Miguel. —O dicho de otra forma, demostrar que el avión no está volando.

— ¿Y cómo vamos a hacer eso? —preguntó Helena.

Mónica abrió los ojos y la boca al mismo tiempo.

— Espera, —comenzó diciendo. — ¿No querrás...?

— Vamos a parar los motores de este avión.

Y sin proponérselo sonrió. Probablemente porque era una locura. Pero Miguel, estaba convencido de que, ahora, les tocaba a ellos hacer algo inesperado.

Algo totalmente imprevisible.

DENTRO DE LA CABINA DEL PILOTO

— Antes de que decidamos cómo proceder, creo que sería importante hacer un recuento. — propuso Helena.

Todos entendieron a la perfección a qué se refería.

— Sí, claro que sí. Pero ¿cómo vamos a...?

Antes de que Miguel pudiera acabar la pregunta, Mónica tomó la palabra.

— Tenemos el listado de pasajeros. Es cuestión de ir... comprobando quién falta y quién no. — dijo Mónica algo avergonzada por la obviedad.

— Muy bien. Mónica, Helena, ¿podéis encargáros de ello?

Ambas se miraron y asintieron.

— Lo haremos con cuidado.

— Mientras tanto Gabriel y yo deberíamos hablar con la tripulación.

— ¿De verdad piensas que esa es la solución?

— Averigüémoslo.

FRENTE LA CABINA DEL PILOTO

Desde el fondo de la cabina apenas puede oírse nada, pero algo llega.

— Yo no oigo nada. — añade Daniel.

— ¿Y qué más da? — añade la niña.

— ¿Chicos estáis bien? — les pregunta Mariola, a quien le preocupa el estado de los niños. En especial, el de ella. Sigue pareciendo ajena a todo lo que le rodea. A todo lo que ocurre.

En ese momento, la voz de Miguel se hace oír por el sistema de megafonía.

Ahora, si se oye bien, piensa esta vez Daniel. Todos están atentos y bastante

tranquilos. Aunque mejor sería decir que están aturridos. Probablemente desesperados.

Mariola ve las azafatas cómo van, uno a uno, hablando con los pasajeros. Se pregunta qué les estarán consultando, pero sobre todo, le parece que esas mujeres, las azafatas, están realizando una labor impagable, que va mucho más allá de lo que su cargo les exige. Las chicas avanzan rápido e intuye, al ver cómo Mónica parece puntear algo en un listado, lo que están haciendo. Tiene sentido, piensa Mariola, al tiempo que se pregunta porqué a nadie se le había ocurrido antes.

— Escúchenme con atención. — anuncia Miguel. — No hay tiempo de explicaciones porqué, sencillamente, no las hay. O sería mejor decir, que nadie en este avión es capaz de dar una respuesta a esta locura en la que estamos sumidos. Es el momento de intentar hacer algo. ¿No creen?

Nadie responde. Ni siquiera una simple pregunta, ¿el qué?, o ¿en qué estás pensando? Nada. Nadie es capaz de articular palabra, porqué todos están sobrepasados. Asustados, y tantas otras cosas.

— Tengo una idea. Aunque no sé si llamarlo idea, plan... ¿Qué sé yo?

— Al menos usted tiene una idea. — dice alguien animándole.

— Voy a contarla, pero puede que no les guste. Les aseguro que no se me ocurre otra cosa. Es más, les pido que si se les ocurre algo distinto, por muy raro que les parezca, tengan la bondad de decirlo. No tengan vergüenza.

De nuevo silencio.

— Ya han visto. — les dice mirándoles. — Han desaparecido personas, los pilotos, seres queridos, los asientos de las primeras filas. Es una locura. — Se oyen algunos llantos entre los pasajeros, pero nadie alza la voz. Miguel parece haberse convertido en la conciencia colectiva de ese avión. — Por otro lado, no tenemos visibilidad, la niebla nos ciega, los instrumentos del avión no funcionan, la brújula gira descontrolada sin sentido, afectada por algún tipo de

perturbación, sin indicar donde está el norte, el sur...

Ahora se oyen más murmullos.

— ¿Cómo es posible? —se preguntan algunas voces.

— Tenemos la suerte de tener con nosotros a un antiguo piloto de avión. —
anuncia invitándole a que tome la palabra.

— Lo que dice es cierto. — asegura con firmeza, y con cierta e inevitable solemnidad, Gabriel. —He sido piloto de líneas aéreas durante veinticinco años. ¿Entienden? Lo que está ocurriendo en este avión, y no hablo ya de lo que estamos sufriendo todos, lo digo desde el punto de vista técnico, es inexplicable.

Miguel les observa. Están asustados, pero siguen manteniendo el control. Ahora el comportamiento es modélico. Ve cómo Helena y Mónica avanzan cumpliendo su misión con sorprendente eficiencia, y piensa que es una suerte tenerlas allí. Luego busca la mirada de Gabriel y este, en un gesto conciliador y lleno de camaradería, asiente con la cabeza dándole a entender que debe hablar.

— Les he hablado antes de que tengo una idea. Esta se me ha ocurrido cómo consecuencia de todo esto. Y desde luego, después de hablar con Gabriel, creo que...

— ¿Puedes ir al grano? — interrumpió el predicador.

Algunos pasajeros mostraron su disgusto.

— Y en parte fue gracias a ti. — le respondió Miguel con rapidez.

— ¿A mí? —preguntó el Predicador sorprendido.

— Cuando provocaste el disparo, la ventana saltó en pedazos.

— Si tu amiguita no hubiera apretado el gatillo, nada de esto, —dijo señalando los primeros asientos. — hubiera ocurrido.

El comentario del predicador, a pesar de ser oportuno e increíblemente agudo, no consiguió el efecto que buscaba. Nadie secundó.

— Y además, ¿cómo lo sabes? — insistió, intentando de nuevo generar algo de desconfianza. — Todos perdimos el sentido.

— No hubo despresurización. — afirmó categóricamente.

De pronto se hizo un silencio.

— No hubo despresurización. No hay ni rastro de que la hubiera en torno a la zona adyacente a la ventana. No saltaron las mascarillas de oxígeno. Desaparecieron los asientos de las primeras filas, así como un número indeterminado de pasajeros.

Todos asentían esperando el desenlace de todo aquello.

— Y lo más importante, y que parece ser que nadie hemos querido reparar en ello, pero que hay que verbalizarlo de una vez.

En ese instante la vibración era lo único que se podía oír.

— Desaparecieron en una cantidad que es imposible de entender. — añadió.

— Y no... a través de la ventana.

Todos, de forma automática, entendieron a la perfección lo que Miguel estaba diciendo.

— Tengo el convencimiento de que no estamos volando.

De nuevo silencio y estupefacción.

— Y para demostrarlo, — hizo una breve pausa, sabiendo lo que se le venía encima. — quiero parar los motores del avión.

En ese momento, la actitud y el comportamiento del grupo, que hasta ese momento se conducía de forma modélica, se rompió en mil pedazos. Todos comenzaron a hablar a la vez.

Todo debe realizarse con sutileza. Con delicadeza Moni, recordó con extraña frescura, la forma en que su mamá solía corregirla, para aconsejarla en asuntos tan variados cómo el corazón, el trabajo, y tantas otras cosas. Sintió una punzada de tristeza, pero enseguida continuó con lo que estaban haciendo.

Los pasajeros habían sufrido lo indecible. Sin el capitán, sin copiloto, ellas, junto a Miguel, eran la frontera entre el caos más absoluto y... ¿la esperanza?

A su lado, Helena, comenzó a preguntar a los pasajeros, tal y cómo se los iba encontrando, únicamente una cosa. ¿Cómo se llama?, le oyó decir.

Inmediatamente Mónica realizaba una pequeña señal junto a ese nombre, en la lista de pasajeros que llevaba. Después de preguntárselo a los asientos A,B y C, lo hacía, de nuevo, a los pasajeros situados en el otro lado; el D, E y F.

Mónica, frunció el entrecejo, al acercarse al lugar donde se encontraba el Predicador. Este ya la había observado en varias ocasiones intentando, probablemente, averiguar qué estaban haciendo. Pero Miguel se había encargado de distraerle al explicar a toda la tripulación cuál era su idea. Ella no quería ni pensar en lo que significaba aquello. Las consecuencias de que algo pudiera salir mal eran altas, aunque, según Gabriel, un avión de pasajeros era capaz de volar planeando. A la pregunta de Miguel, respecto a cuánto tiempo podía mantener el avión esa situación, la respuesta del abuelete había sido, "depende del rendimiento aerodinámico", momento que acompañó con una expresión que a ninguno de ellos les había convencido. "En cualquier caso, siempre se pueden reiniciar los motores.", había concluido.

— Carmen Sintés. —dijo Helena.

Cogió la lista y buscó el nombre. La localizó en el asiento 14B.

— Si, mi asiento era otro. —dijo disculpándose.

— No se preocupe. —la tranquilizó.

El Predicador se sorprendió, tanto cómo ella, al encontrarse cara a cara. Mónica le miró con expresión seria, pero fue Helena quien rompió el hielo.

— Nombre. — le exigió.

No fue una pregunta, fue una orden.

— Ahora, ¿queréis hacer un recuento? — preguntó irónicamente el Predicador.

— Por mí cómo si se pudre, amigo. — le espetó Mónica, con un claro y contundente sarcasmo.

— Calma azafata. — dijo sin apenas convicción, al darse cuenta que muchos pasajeros les observaban de cerca.

— Nombre. —insistió Helena.

El Predicador la observó con furia contenida.

— Francisco. — respondió.

— Nombre completo por favor.

— Francisco Tagarro.

En ese momento, la voz de Miguel resonó con inusitada fuerza anunciando el plan previsto.

— Y para demostrarlo, — se le oyó decir. —quiero parar los motores del avión.

Los ojos del Predicador se abrieron de forma expresiva y, Mónica y Helena, desearon no encontrarse allí, junto aquellos hombres, en ese preciso instante.

— Está loco. — dijo levantándose.

La verdad es que otros pasajeros también reaccionaron de forma parecida.

— A nadie, en su sano juicio, se le ocurriría apagar el motor del avión en pleno vuelo. —dijo el Predicador en voz alta.

Por suerte, para Miguel, su reclamación quedó mitigada ante el enorme bullicio que se había creado en la cabina. Cómo si fueran conscientes de ello,

el Predicador y Jeremías, que se sentaba a su lado, se levantaron y fueron en dirección al final de la cabina de pasajeros.

Antes de que pudieran entender qué era lo que estaba pasando, Mónica avisó a Miguel gritándole.

— MIGUEL.

Este vio la escena enseguida.

Mariola estaba de espaldas, distraída con los niños, mientras por el pasillo, se acercaban a ella el Predicador y Jeremías. Y entonces, por primera vez, la distinguió. La mano derecha de Jeremías sujetaba un arma.

FRENTE LA CABINA DEL PILOTO

— Mierda. — dijo sin darse cuenta, mientras observaba cómo el Predicador y Jeremías se acercaban con decisión hacia Mariola y los niños, cómo dos depredadores, que hubieran encontrado a su presa.

— Mala idea. — dijo Gabriel, refiriéndose a lo que acababa de decir.

— Vamos, sígame. —le dijo agarrándole de la mano.

— ¿Qué vamos a hacer?

— Corra. —le dijo entrando en la cabina.

— Pero ¿qué vamos a hacer? —insistió Gabriel.

— No es lo que vamos a hacer, sino lo que quiero que haga usted ahora mismo.

— Hijo mío, no puedes parar los motores de este avión sin que todos lo aprueben.

— No quiero que pare el avión.

— Entonces, ¿qué quieres que haga?

— Quiero que hagas todo lo contrario.

DENTRO DE LA CABINA DEL PILOTO

— ¿Qué?

— Ascende este maldito avión todo lo que puedas.

— ¡Dios mío Miguel!

— A mi señal.

— Por Dios Miguel es una locura.

— El Predicador y otro hombre tienen un arma y van a tomar el avión.

— Pero... — dudó Gabriel.

Es lo único que fue capaz de decir. Se alojó rápidamente en el asiento del piloto, localizó la palanca que aumentaba la potencia, junto con la que accionaba el ascenso, y dudó un instante. ¿Cuánta gente podría verse afectada por una maniobra cómo aquella?

— Qué todo el mundo se ponga el cinturón. —gritó, al tiempo que veía cómo estaban a punto de llegar al final de la cabina. Apenas unos segundos más, pensó. En ese momento el Predicador se giró y miró a Miguel. Entonces vio cómo hablaba con Jeremías y, lo vio claro.

— Gabriel.

— ¿Si?

— Ahora.

— ¿Seguro?

— Maldita sea, confía en mí, hazlo ya.

Durante unos segundos no ocurre nada.

— No obedece. — grita Gabriel. — No reacciona de ninguna manera.

La expresión de su rostro es de puro terror. No se lo piensa dos veces.

CABINA DE PASAJEROS

Miguel sale corriendo de la cabina del piloto, saca su arma, y comienza a correr en dirección al Predicador. Tiene claro que este no dudará en utilizar a Mariola y a los niños como rehenes. Algunos pasajeros no acaban de creer lo que está ocurriendo. El Predicador se sorprende al verle correr por el pasillo, con el arma apuntándole, es el enfrentamiento que buscaba desde el principio. Pero está lejos y en movimiento, y él está en una posición cómoda. Inmóvil. Es un tiro fácil, piensa.

El primer disparo no alcanza su objetivo, pero le ha rozado en el hombro. Miguel no cae al suelo, aunque se ve impulsado hacia los asientos, perdiendo el equilibrio. Siente que le quema el hombro. Todo el mundo grita intentando protegerse. El Predicador intuye que ya lo tiene. Avanza rabioso hacia él para asegurar el segundo disparo, y así poder rematarle.

A apenas unos metros, sonriente, decide matarle allí mismo.

— Era algo que tenía que ocurrir. —dice exagerando su sonrisa.

Apenas dos segundos después de pronunciar esas palabras, el eje del avión cambia de forma brusca, y este se propulsa en dirección ascendente. La cabina del avión adquiere un ángulo cercano a los 65 grados y, todo aquello que no está asegurado, cae irremediabilmente hacia el fondo de la cabina. En la práctica es cómo caer desde una altura de veinte metros.

Todos los pasajeros se ven impulsados, de forma violenta, hacia atrás. Los más afortunados sienten cómo sus cabezas golpean contra el reposacabezas, y la presión en sus pulmones les hace respirar con dificultad. Sienten el latido de la sangre en sus cabezas, mientras los músculos de sus cuellos se tensan, en un esfuerzo por aguantar el esfuerzo.

Miguel, consigue agarrarse a uno de los asientos donde había caído desequilibrado. La suerte quiere que medio cuerpo quede atrapado entre los asientos.

Por su parte, al Predicador, el súbito ascenso le hace caer hacia atrás, casi

cómo si lo hubiera hecho desde un tercer piso. En su caída golpea con Jeremías, y con algunos asientos. Al golpear contra el fondo de la cabina se produce un fuerte golpe sordo. Muere en el acto.

Algunos viajeros no han tenido tiempo de sentarse, o de asegurar sus cinturones de los asientos, y en la vertical del avión, pueden verse algunos cuerpos que literalmente cuelgan de los asientos, o que asoman de diferentes formas. En su interior, el avión, con ese nivel de inclinación, parece un pequeño bloque de nichos directos a la muerte.

Y por un momento, todos son conscientes de donde se encuentran, y de que van a morir.

Algunos gritan de terror, pero sus voces van siendo apagadas por el sonido de los motores, de las vibraciones del avión.

Van a toda velocidad.

EN LA CABINA DEL PILOTO

El primero en verlo es Gabriel.

También su cuerpo ha experimentado un nivel de aceleración inaudito. Pero su cuerpo ya no es el que era y sufre para, si quiera, levantar levemente la cabeza para vislumbrar los indicadores del avión. La niebla choca contra el cristal de la ventana de la cabina y, durante unos largos segundos, siente que todo aquello no lleva a ninguna parte.

Los indicadores siguen estropeados, emiten sonidos y parpadean sin ningún control hasta que, un haz luminoso penetra por el cristal de la cabina, atravesando la, hasta ahora, densa niebla.

La luz del sol invade por un instante la cabina, cegándole por completo. Es un momento glorioso. No puede creerlo. Está viendo el sol. Y no solo eso. Ve... las estrellas. El precioso firmamento. Y... la tierra. Muchos, muchísimos

kilómetros abajo. Calcula que deben encontrarse en la estratosfera, o en la mesosfera, pero lejos de la troposfera, que es donde deberían encontrarse.

Está aterrorizado, porque...

Es imposible llegar a esa altura.

A no ser que...

EN LA CABINA DE PASAJEROS

La luz llega ahora a la cabina de pasajeros, y todos, a pesar de la aceleración, del terror, sienten una atracción casi enfermiza por mirar por las ventanas. Llevan horas conviviendo con la niebla y, de pronto, el sol entra a raudales en la cabina. Se produce un hecho extraño. Un hechizo, un encantamiento.

A la dificultad de respirar por la aceleración, comienza a unirse la falta de oxígeno. El color del cielo ha cambiado. La tierra se ve muy lejos, y las estrellas se ven con gran claridad. Todos saben lo que están viendo, pero nadie lo entiende.

Se produce un hecho imposible. Algunos pasajeros comienzan a gritar. Miguel se alarma, pero enseguida ve que no es un grito de terror, sino más bien de asombro.

No puede creer lo que está viendo. Nadie puede creerlo. Están impactados. Alucinados. Son los momentos previos al terror más absoluto.

Miguel lo ve.

Están flotando.

La gente... está flotando.

¡Dios mío!, es el último pensamiento que atraviesa la mente de Miguel, cuando pierde, cómo todos los pasajeros, el conocimiento.

15

ASIENTO 20A

La sensación de caída es brutal. Mira por la ventana y ve, lo que ya sabe, que están cayendo. Caen muy deprisa. El ruido es ensordecedor. Y sabe que va a morir. Mira a su alrededor, con un gran esfuerzo, y lo que ve le asusta aún más. No hay nadie a su alrededor, todo está vacío. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que sea el único pasajero? ¿Dónde están los demás?

Pero la realidad es, que allí no hay nadie más que él. Su peor pesadilla siempre había sido esa. La soledad. Llegar el último. Qué no contaran con él. Qué le ignoraran. Perderse. Se había prometido en más de una ocasión, que no moriría solo.

El avión cae, y además comienza a voltear. El miedo va acrecentándose en su interior. Comienza a gritar. Grita, cómo no lo ha hecho en toda su vida. ¿O ya estaba gritando? Empieza a sentirse mareado. Los sonidos del avión le enloquecen, las mascarillas caen de sus compartimentos.

Siente de nuevo que se marea. No puede evitar un vómito que le cae encima. Lucha por respirar. Hay demasiado aire. Decide hacer un esfuerzo sobrehumano para mirar tras de si. Piensa que debe hacerlo. Sabe, que ha de hacerlo. Quizás haya alguien más en los asientos de detrás. Consigue girar la cabeza y, acompañándolo del brazo, se empuja y logra girarse.

Nunca había sentido tanto miedo. Jamás se había sentido tan solo, cómo cuando sus ojos, en lugar de vislumbrar la parte de atrás de la cabina de pasajeros, descubren que el avión está partido por la mitad, a pocos metros de su asiento.

El avión cae volteando, desmembrado, mientras, el pasajero del asiento 20A grita de auténtico pavor.

ASIENTO 19E

Todo es oscuridad.

Una oscuridad densa y amenazante. Siente que le observan. Es una certeza que se aloja en su mente. No tiene la menor duda. Algo no funciona.

Intuye que hay algo tras de sí, pero no puede girarse. Entonces descubre que está inmóvil. ¿Atrapado? Empieza a desesperarse. ¿Qué ocurre? Algo se mueve detrás de él, es un sonido amenazante.

— ¿Quién anda ahí? — pregunta asustado.

El sonido sigue a su lado, deslizándose, acechándole.

— Socorro. —grita sin mucho convencimiento.

Intenta recordar qué ha ocurrido, cómo ha llegado allí. Entonces le llega un recuerdo claro de lo que ha ocurrido.

— Hola, por favor. —suplica de nuevo. —Necesito ayuda.

Nota cómo el miedo y la desesperación hacen mella en su... ¿alma? Como respuesta a este pensamiento recurre a lo único que tiene sentido para él en ese momento.

— ¡Dios mío! — suplica llorando.

Un salvaje rugido surge tras él. Sergio grita con todas sus fuerzas.

— ¡Dios mío! — repite gritando. — ¡Dios mío!

— ¡NO PRONUNCIES SU NOMBRE! — grita la voz.

La respiración de Sergio es cada vez más acelerada. Su mente no acaba de entenderlo.

— ¿Qué ocurre? —Habla deprisa, de forma entrecortada. La respiración le impide acabar las frases. Está sufriendo un ataque de ansiedad — ¿qué pesadilla es esta?

Intenta calmarse, mientras sus oídos siguen percibiendo ese movimiento

continuo tras de sí. Durante unos segundos no ocurre nada y, por un instante, su cabeza le dice que todo ha sido una pesadilla. Una brizna de esperanza que, se rompe en un instante.

Una risotada maligna le devuelve a la realidad de su pesadilla.

— ¿Quién eres? ¿Quién eres? — suplica Sergio aterrorizado.

— Soy yo — dice la voz, dura, profunda, cómo rasgada por el tiempo. —

Algún día debíamos conocernos

— ¿Quién eres? Yo a ti no te conozco.

— Claro que me conoces Sergio. Al igual que todos los demás.

— ¿Están ellos aquí? — pregunta sin saber

— O sí. Aunque no todos. — la voz mantiene un tono despreciable.

— ¿Por qué no están todos?

Sergio piensa que si consigue hablar con ese ser, sea lo que sea, logrará retrasar el horrible final que intuye.

— Tú ya lo sabes.

— No, no lo sé. — dice sintiendo una falsa sensación de seguridad. — ¿Por qué no están todos?

— Tú... ya... lo... sabes.

— NO LO SÉ. — grita.

A modo de respuesta, resuena de nuevo la risotada, que parece no tener fin, envolviéndose en si misma, en un eterno eco turbulento.

Sergio despierta sudando en su asiento. De pronto, recuerda con claridad todo lo que ha ocurrido. Su alma se ha resentido. ¿Qué pesadilla ha sido esa? Y en su fuero interno sabe que ha sido un aviso. Su alma hace tiempo que tiene pendiente cosas con Dios. Sabe que ha hecho daño a mucha gente, y que debería estar en paz con Él.

A su lado, un señor mayor parece distraído, mirando por la ventana. Siente una punzada de envidia al verle. Aunque no le recuerda, pero ahora todo parece

estar bien.

— ¿Todo bien señor? — le pregunta al señor con amabilidad.

Y mientras este se gira hacia él, su expresión se torna horrible.

— Tú... ya... lo... sabes. — dice la voz.

Y de nuevo la risotada.

Qué parece no tener fin.

ASIENTOS

16D, 16E, 16F, 17A, 17B, 17C, **19E, 20A**, 22A, 22B, 22C, 22D, 22E, 22F,
23A, 23B, 23C, 23D, 23E, 23F, 24A, 24B, 24C, 24D, 24E, 24F, 25A, 25B,
25C, 26A, 26B, 26C, 27A, 27B, 27C, 27D, 27E, 27F, 28A, 28B, 28C, 28D,
28E, 28F, 29A, 29B, 29C, 29D, 29E

15

ASIENTO 15

FRENTE A LA SALIDA DE EMERGENCIA

Intenta abrir los ojos. Imposible.

Lo intenta de nuevo, y esta vez lo hace cómo si estuviera levantando un enorme peso. Se da cuenta de que su barbilla descansa sobre su pecho. Vuelve a intentarlo, y vuelve a sentir que es un peso bestial, cómo si alguien le hubiera colocado una enorme cadena de hierro en el cuello, o cómo si le hubieran drogado. Y algo se activa en su mente. Pero, está demasiado cansado para volver a intentarlo.

Transcurren unos minutos, y siente que se encuentra algo más espabilado. Consigue levantar la cabeza y abrir los ojos al mismo tiempo. Entonces cree ver algo. Descubre que todo está en penumbras, excepto por una potente luz azulada. No, se corrige, blanquecina, que procede de la puerta de embarque del avión. La oscuridad envuelve la cabina del avión.

Oye un ruido plástico, cómo el de un reptil caminando por una superficie metálica. Es un sonido que le pone los pelos de punta. Levanta más aún la cabeza y abre los ojos de par en par, intentando ver de que se trata. Y le parece ver algo que abandona el avión y remueve el haz de luz que ilumina la entrada, al pasar por delante. Siente ganas de vomitar, pero consigue evitarlo. Al menos su cabeza empieza funcionar de forma más racional.

Busca su arma. La toca y consigue cogerla con la mano, siempre con esfuerzo, y eso le hace sentirse más seguro. Comienza a oír las voces de otros pasajeros. No es ninguna novedad.

Poco a poco todos van despertando, y Miguel sabe, que no estarán todos cuando despabilen.

— MIGUEL.

La voz de Mariola le llega perfectamente. Gira la cabeza hacia la parte de atrás de la cabina, y la consigue localizar a apenas unos metros. Por suerte los niños están junto a ella. Les hace una seña para que mantengan la posición.

Se arrodilla y, por fin, consigue orientarse. Increíblemente han desaparecido casi todos los asientos que había hasta la salida de emergencia del avión. No se detiene a pensar en ello. Es así y lo acepta. Nada de lo que está ocurriendo es normal e, instintivamente, una sola idea aflora con fuerza en su interior. Proteger a Mariola y a los niños. De lo que sea, piensa mientras agarra con fuerza el arma. Especialmente a la niña, que claramente es la más vulnerable. Observa a su alrededor y se sorprende al ver que apenas son unos pocos. Ha desaparecido muchísima gente.

— Solo quedamos catorce. —dice a su lado Mónica, que le sonrío con tristeza.

— ¿Y Helena?

— No lo sé. — responde Mónica, y acto seguido rompe a llorar.

Se abrazan y permanecen así unos segundos.

— ¿No lo oís? — pregunta unos de los pasajeros agazapado tras la primera fila de asientos. — Viene de ahí fuera. Ahora ya está claro lo que pasa.

Y efectivamente, había un sonido de fondo. Un sonido mecánico que parecía provenir de fuera, pero cómo si estuviera ubicado a mucha distancia.

— ¿Quién cojones ha abierto la puerta? — la voz, con un claro acento italiano, le devolvió a otra realidad que en ese momento, se le antojó a Miguel muy lejana, pero que le ayudó a volver en si.

— Hemos estado siempre a su merced. Me cago en la hostia estoy acojonado.

— dijo un pasajero.

— Tranquilo. — le dijo Miguel. — Debemos intentar calmarnos.

— Y una mierda. —dijo este temblándole la voz. — Y una mierda.

Y comenzó a llorar.

De pronto, un fuerte ruido metálico resonó con fuerza. Algunos de los pasajeros gritaron de puro terror.

La puerta de la cabina se estaba abriendo.

15

TRAS ASIENTOS FILA 15 JUNTO A LA SALIDA DE EMERGENCIA CENTRAL

Parapetados tras los asientos.

Así están.

Los supervivientes parecen un grupo de marines que han quedado rezagados, atrapados, en mitad del fuego enemigo, con la única esperanza de que todo acabe pronto.

Sus rostros son el fiel reflejo de la desesperación. ¿Cómo han llegado allí? ¿Por qué razón?, son preguntas que ya ni se plantean. Lo único que quieren es que todo acabe ya.

Se intuye un potente haz de luz que, escasamente, penetra por la puerta abierta del avión, mientras el sonido mecánico, que ahora se parece más a un zumbido, penetra en sus oídos de forma insistente.

La puerta de la cabina del piloto ha quedado entreabierta. La escasa luz y el juego de sombras que se ha generado en la entrada, impide ver con claridad que es lo que está ocurriendo. Todos están asustados. Lo dicen sus caras, sus gestos, su silencio tenso y nervioso. Se ve en sus ojos, en su respiración. Cualquier cosa que ocurra ahora puede ser la última que vean en su vida. Tienen la seguridad de que van a morir.

La tensión es de tal calibre que algunos comienzan a hablar sin darse cuenta.

— Dios mío. Dios mío. — se oye decir.

En ese momento, un enorme golpe libera la puerta de la cabina del piloto, que hasta ese momento estaba bloqueada. Muchos gritan aterrorizados, más aún cuando una figura, con el rostro deformado por las sombras, emerge tras el umbral de la puerta. Su sombra se proyecta en diversas direcciones por el haz

de luz que proviene de la puerta de embarque y, por otro, del nuevo chorro de luz procedente de la cabina del piloto.

La figura comienza a avanzar hacia ellos, caminando de forma extraña, pero se detiene enseguida y mira en dirección al exterior. Segundos después se pone de nuevo en marcha, con paso decidido, hasta el lugar donde se encuentran los pasajeros.

Algunos empiezan a gritar absolutamente desquiciados, otros corren despavoridos hacia el final de la cabina. Se suceden escenas de pánico. Varios de ellos caen al suelo, chocando entre ellos o contra cualquier obstáculo que haya en la oscuridad. Y cuando la figura se detiene ante ellos, a apenas unos pasos, se lleva las manos a la cara, y con un movimiento extraño y torpe, se arranca parte de lo que parece una máscara.

La luz no permite identificar aún de quien se trata, hasta que este avanza los pocos pasos que le quedan, al tiempo que su rostro queda, por fin, visible.

— Chicos, cómo me alegro de veros.

Gabriel sonríe, a pesar de la situación. En sus manos, todos pueden distinguir ahora una máscara de oxígeno.

— No os vais a creer lo que he visto.

Nadie dice nada. Solo le miran... cómo extasiados.

Miguel se adelanta y le abraza. Mónica también se acerca, y también se funde en un abrazo con él.

— ¡Dios mío Gabriel!, cómo nos alegramos de verte. —dice desbordante de felicidad. — ¿Qué es lo que has visto? — pregunta Miguel.

— Ahora os lo cuento.

— ¿Y la mascarilla?

— Créeme, — apunta Gabriel —eso es lo mejor de todo.

15

TRAS ASIENTOS FILA 15

Todos se reunieron alrededor de Gabriel. Le ayudan a acomodarse mientras Miguel se dirigía al grupo.

— Necesitamos vigilar esa puerta. No la perdamos de vista. Sea lo que sea lo que nos están haciendo, ahí afuera están los culpables. — dijo con excesiva seguridad.

Pero pareció funcionar. Todos necesitaban, no solo un líder, sino a alguien que les devolviera a un estado mental que, por lo menos, permitiera poder razonar lo que les estaba ocurriendo.

— Somos quince personas. —continuó diciendo — Sé que es una locura, pero es lo que tenemos. No sabemos que ha pasado con el resto de pasajeros.

— Están muertos. —sentenció alguien interrumpiéndole.

— Eso no lo sabemos con seguridad. — dijo esta vez Miguel. — Quizá aun estén vivos.

— ¿Dónde está mi mujer? — preguntó Gabriel.

De pronto se hizo un silencio sepulcral.

— ¿Miguel? ¿Dónde está? — volvió a preguntar.

Miguel sintió la tristeza de Gabriel en su propio corazón, al ver cómo sus lágrimas afloraban sin dificultad.

— Luci. — dijo dejándose caer pesadamente. — Cariño.

Su voz se convirtió en un suave quejido, mientras las lágrimas cegaban sus ojos. Mónica le abrazó con cariño, e inevitablemente empezó a llorar.

ZONA CERO

ENTRE LA CABINA DEL PILOTO Y LA FILA 15

Gabriel descansaba medio adormilado, sentado en el primer asiento que había encontrado, nada más enterarse de la desaparición de su mujer. Junto a él, Mónica intentaba, al menos, hacerle compañía.

A apenas un par de metros dentro de la zona cero, cómo la habían llamado desde un principio, se encontraban Miguel, Fernando, David y Nicolás. Al final de la cabina de pasajeros, casi en el mismo lugar donde habían comenzado el viaje, se encontraban, milagrosamente a salvo, Mariola, Daniel y la niña. A medio recorrido entre la salida de emergencia y el final de la cabina de pasajeros, Jeremías, sentado junto al pasillo, parecía inquieto. En más de una ocasión su mirada se había encontrado con la de Miguel, pero Jeremías rehuía cualquier contacto visual. Muy cerca de él, dos jóvenes permanecían también muy quietos. Su aspecto juvenil no casaba bien con la expresión triste de sus rostros. Y no muy lejos de ellos, tres mujeres, dos de ellas mucho más jóvenes, también luchaban por mantener la compostura.

— Hay que vigilar esa entrada en todo momento.

— Estoy de acuerdo. — convino Miguel. — Nada debería entrar...

Hizo una pausa. Se miraban entre ellos. Los cuatro parecían estar preparados para cualquier cosa, pero Miguel sabía que ante aquello, no había preparación posible. No había nada que hacer.

— ¿En qué piensas? — le preguntó David.

Sonrió a modo de respuesta.

— Qué me alegro de que estéis aquí. De que es una suerte contar con vosotros...

—¿Y que más? —volvió a insistir David. —Hay algo más..., ¿verdad?

Se produjo un silencio y, de nuevo, volvieron a mirarse unos a otros. Eran plenamente conscientes de lo que ocurría.

— Todos sabemos que esto es una auténtica locura. Yo mismo me estoy

muriendo de miedo. — todos sonrieron. Era lo que necesitaban. — Y no me atrevo a ir ni al maldito baño.

Miguel le puso la mano sobre el hombro, en claro gesto de afecto.

— En realidad no sé qué demonios nos espera.

— Lo sabemos. — respondieron casi a la vez.

— Muy probablemente muramos todos hoy aquí, pero al menos será luchando. Os pido que hagamos lo posible por proteger a los niños y a las personas mayores. — sugirió Miguel.

— Eso está hecho.

Todos asintieron

— ¿Tienes un plan?

Miguel miró en dirección a la puerta.

— ¿Estás loco? ¿Y que esperas ver? — preguntó Fernando.

— No lo sé, maldita sea, pero tenemos que hacerlo. ¿Cuánto tiempo tardaran en... dormirnos de nuevo?

— ¿Crees que es eso lo que hacen?

— Sí. ¿Qué sino?

No hubo respuesta.

— ¿Recordáis algo, del momento en que el avión remontó el vuelo de forma violenta? — de nuevo Fernando, parecía querer decir algo.

— Eso es lo que os quería contar antes. — la voz apagada de Gabriel, se coló en su conversación, con facilidad, cómo una navaja afilada que cortara una suave tela de seda. — Yo no toqué los mandos. No los toqué para nada.

— ¿Qué quieres decir con eso? — preguntó esta vez Miguel.

— El avión aceleró a una velocidad endiablada, y ascendió a la estratosfera. Subimos a toda velocidad, iniciando una maniobra que únicamente realizan los cohetes, u otros vehículos más experimentales, cuando quieren abandonar la atmosfera terrestre. Ascendimos hasta una altura de más de dieciséis

kilómetros de altura. De hecho, mucho más allá. El efecto de una fuerza cómo esa provoca el desmayo en las personas que no están preparadas para algo así. Todos le miraban, hipnotizados con el relato que estaba narrando. Cada uno desde el lugar donde se encontraba, escuchaba con atención, cómo si no hubiera nada más importante en sus vidas. Y de hecho, así era.

— En un momento dado, la velocidad de ascenso, fue tal que se generó un efecto anti gravedad. Es muy posible que recordéis la sensación de haber flotado. Probablemente, antes de perder el conocimiento, porqué a esas alturas también es necesario oxígeno.

— Yo lo recuerdo. —dijo Fernando.

— Yo también. —confesó David.

— Durante unos instantes, pensé que perdía el conocimiento, pero recordé las mascarillas. Así que la localicé y me la puse sobre la nariz y la boca.

— ¿Y qué ocurrió? — preguntó Fernando.

— Quizá lo más importante que nos haya ocurrido hasta ahora. —prosiguió Gabriel.

— ¿El qué?

De nuevo todos pendientes de Gabriel. Pendientes de una respuesta que les permitiera tener esperanzas. Una oportunidad.

— Pues algo muy sencillo...

Sonrió tristemente.

— Qué no perdí el conocimiento.

Mientras el reducido grupo se organizaba para defender el fuerte, al menos es lo que irónicamente pensaba Jeremías, su mente era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera escapar. No solo del avión, sino de aquella turba, a la que consideraba la culpable de todo. No tenía pruebas, pero su instinto le decía que, uno de aquellos, debía ser el culpable de todo. Probablemente el poli, aunque, no descartaba que fuera otra u otras personas.

Y para ello, disponía de algo en lo que ninguno de los presentes había reparado. Al menos hasta ese momento. La suerte había querido que el Predicador, justo antes de morir, soltara el arma sobre su asiento justo antes de romperse el cuello, al caer desde mitad del pasillo de la cabina de pasajeros, cuando el avión había ascendido a una velocidad increíble.

Después, todo había ocurrido deprisa. El avión ascendía y, cuando Jeremías comenzó a perder el sentido, impresionado además por la velocidad y el paisaje que, por primera vez desde hacía mucho tiempo, asomaba por las ventanas, descubrió cómo todo lo que no estaba sujeto empezaba a flotar. Por un momento creyó que se trataba de una alucinación, pero, cuando el arma comenzó literalmente a volar, sencillamente la cogió con decisión justo antes de perder el conocimiento.

Pero, poco después de recuperar la consciencia, descubrió que la mayor parte del pasaje había desaparecido. Y lo que estaba claro era que, el fin se acercaba. Pero no estaba dispuesto a dejarse cazar. Ni por el poli, ni por nadie.

A pesar de las penumbras, observaba a Miguel, reunido con aquel reducido grupo de aficionados, que se había conjurado para... ¿protegerles? Aquel

pensamiento casi le provoca una carcajada. Se puso serio, cambiando radicalmente la expresión de su rostro. No quería llamar la atención. Siguió observándoles y escuchándoles, hasta que el viejo comenzó a hablar.

Y eso, lo cambió todo.

Al menos para él.

ZONA CERO ENTRE LA CABINA DEL PILOTO Y LA FILA 15

— ¿Cómo? — preguntó Miguel.

La mirada de Gabriel reflejaba el júbilo, de quien sabe que ha dado con algo importante, aunque mantenía la tristeza por la pérdida de Lucía.

— ¿Quieres decir que...?

Pero Miguel no se atrevió a acabar la pregunta.

— Así es. — respondió con voz queda. Su expresión se transformó por completo.

En un instante, Gabriel había perdido toda la vitalidad que había mostrado desde el principio. Como si algo le estuviera robando la vida.

— ¿Qué viste Gabriel?

Llegó la pregunta cómo un susurro, cómo una suave brisa; sin estridencias, sin apenas dificultad, incluso con ternura. La voz de Mariola les cogió a todos desprevenidos. En la penumbra, que dominaba casi la totalidad de la cabina de pasajeros, todos parecían fantasmas. Y mientras Mariola se acercaba a ellos, Miguel pensó que, quizás, eso eran. Fantasmas.

Gabriel se dejó caer pesadamente en un asiento. Todos estaban a la expectativa.

— No sé cómo conseguí ponerme la mascarilla, pero fue automático. No es que la sensación de mareo desapareciera, sino que sentí que estaba más

despejado.

— ¿Crees que nos han estado...? — buscaba la palabra. —¿... gaseando?

— Llamémoslo así, o cómo queráis, pero el avión ascendía y yo, quizás sea por toda esta maldita mierda, —hizo una breve pausa. Se notaba que no quería hablar mal. — pero jamás me había sentido más despierto en mi vida.

— Sigue por favor.

— Como os decía, el avión no estaba utilizando los motores a pleno rendimiento, de hecho, aunque lo hubiera hecho, no está preparado para alcanzar dicha potencia. ¿Lo entendéis?

Nadie dijo nada. Esperaban que él mismo lo dijera.

— Algo nos estaba empujando arriba.

Ahora todas las miradas estaban fijas en Gabriel. Algunos ojos reflejaban con más intensidad que otros, algo que se había alojado en el avión desde el principio de los acontecimientos, el miedo en estado puro. El miedo a lo desconocido.

El sonido mecánico, que llegaba desde el exterior del avión, se hizo ahora más claro. Era un murmullo amenazador que pretendía recordarles donde se encontraban.

— Atravesamos la atmosfera y, — ahora Gabriel tenía la mirada perdida, cómo si le diera vergüenza ver la reacción de los demás. — cuando alcanzamos la estratosfera, ocurrió algo imposible, el avión...

Hizo una pausa.

— Yo soy piloto saben. He pasado miles de hora de vuelo. Miles.

De pronto, Gabriel ya no era Gabriel. Era un hombre desbordado ante lo que quería contar

— Tranquilo. —le susurro de nuevo Mariola.

— Gabriel, ¿qué es lo que quieres decirnos?

Esta vez Miguel intentó calmarle.

— Alcanzamos una altitud de 12 kilómetros, pero continuábamos ascendiendo. Desde la cabina del piloto, os podéis imaginar, el espectáculo empezaba a ser increíble. Pero, inesperadamente sufrimos una nueva aceleración. Confieso que perdí el conocimiento durante unos segundos, pero... no fue por lo que respiraba, ¿entendéis? —respiraba intranquilo. — Al despertar, sentí una gran impresión al ver la tierra desde... tanta altura. ¡Dios mío!, era preciosa. — ahora respiraba aceleradísimo. —Era increíble. Parecía un astronauta. La tierra, su redondez. Por un momento, sentí que alucinaba. Todo flotaba a mi alrededor. Hasta que vi el altímetro. Se había disparado, mostrando el límite superior que marca el instrumento.

Parecieron no entenderle.

— El altímetro indicaba que no estabas alucinando. — sugirió Miguel — Es eso lo que quieres decir, ¿verdad?

Todos estaban en silencio. Gabriel asintió, pero dejó de hablar, cómo un viejo electrodoméstico que hubieran desenchufado, o que sencillamente, ya hubiera dejado de funcionar. Mariola le tomó el pulso.

— No está bien. — anunció. — Necesita descansar. Dios mío, con la edad que tiene, no entiendo cómo ha podido aguantar.

— Muy bien, que descanse. — convino Miguel.

— A mí también me parece bien que descanse. —la voz con acento italiano les sorprendió.

Todos miraron en dirección a Jeremías. Al verle descubrieron que, permanecía de pie, algo retirado de ellos, y les apuntaba con una pistola. Estaban sorprendidos.

— No pongáis esa cara, —dijo sonriendo. — no pienso haceros daño. A no ser que no me deis lo que quiero.

De nuevo volvió a reír. Esta vez de forma más escandalosa.

— No tenéis ni idea de a que me refiero, ¿verdad? —continuó hablando.

— Maldito cabrón. — espetó Miguel.

— Ni siquiera tú, Miguel, el gran policía, el gran líder lo entiende aún.

Entonces señaló a Gabriel con la pistola.

— ¿Qué quieres de Gabriel? —le preguntó Mariola.

— La máscara encantó. La máscara.

La máscara, pensó, claro. ¿Cómo habían sido tan tontos? Atentos a la entrada del avión, nadie había previsto que otra amenaza, igualmente peligrosa, procedía del interior del avión. Miguel se sintió culpable.

— Vamos, — exigió Jeremías, apuntando a Gabriel con la pistola. — dámela.

— ¿No ves que está semiinconsciente? ¿No le da vergüenza?

— Al señor nada de esto le avergüenza Mariola, más bien lo contrario. De Barcelona huyó con un valioso botín. ¿No es cierto Jeremías?

No puedo evitar sentir cierta vanidad ante lo que estaba oyendo. El policía, le conocía. Miguel vio por primera vez que llevaba una cartera de cuero cruzada al cuerpo, probablemente donde ocultaba el botín.

— Vaya, vaya. O sea, que ya me conocía. — ahora le apuntaba a él. — Podría matarte...poli. — dijo esto último con absoluto desprecio.

— ¿Me estabas siguiendo, Miguel? —continuó. —¿Cuándo pensabas detenerme? Ah, no. Claro que no. Me estabas siguiendo para ver con quienes me reunía. No querías solo detenerme, querías atrapar a toda la organización.

Y comenzó a reír de forma escandalosa.

Miguel cogió la máscara y se acercó a él.

— No, no, no, no... — dijo dirigiéndose rápidamente a la parte trasera.

Mariola lo entendió rápidamente.

— Miguel... la ni...

Pero... no tuvo tiempo de añadir nada más. La niña estaba ahora en manos de Jeremías, quien la conducía por el pasillo, frente a él, apuntándola en la cabeza sin ningún miramiento.

— Déjala, maldito. — estalló Mariola.

— Claro, en cuanto me dé la máscara.

Todos se echaron atrás, en dirección a la puerta de embarque de la que emanaba, desde que habían despertado, un halo de maldad, de peligro latente, que los mantenía alejados de ella. Pero, al ver a la niña, amenazada por Jeremías, Miguel y los demás, que estaban apostados en la zona cero, no dudaron en retroceder con tal de dejarle espacio. Así Miguel podría entregarle la máscara, al tiempo que conseguían alejarle del resto del pasaje.

— Muy bien, no le hagas daño a la niña. — le advirtió Miguel.

A modo de respuesta acercó más la pistola a su cabeza.

— Cariño, estate tranquila. — intentó calmarla Miguel. — No pasará nada.

La expresión de la niña, al oír sus palabras, se relajó, aunque sus ojos le trasladaban una extraña tranquilidad. Incluso creyó percibir una breve sonrisa. Quizá la penumbra en la que estaban sumidos le había jugado una mala pasada. Ver con aquella luz era difícil, aunque no tanto cómo la situación en la que se encontraban.

— No le pasará nada si me entregas la máscara, ya. —le apremió.

— Tranquilo Jeremías, nadie entendería que le hicieras daño a la niña. Me tienes a mí. Haz conmigo lo que quieras, pero déjala ir con su madre.

Miguel, daba la espalda a la puerta, y Jeremías, que se sentía cada vez más nervioso, se puso de lado para poder controlar de un vistazo tanto a Miguel cómo al resto del pasaje que, en aquel momento, le parecían el mayor peligro a su integridad.

— Déjala en el suelo. — ordenó.

Miguel obedeció y la dejó, tal y cómo le indicaba, frente a él. Cuando iba a levantarse, Jeremías le golpeó, con saña, en la cabeza con la pistola. Cayó sin sentido al suelo. Los ojos de la niña se abrieron de forma visible cómo si un gran odio anidara en su interior. Comenzó a llorar presa de un ataque de nervios, al tiempo que se desprendía de los brazos de Jeremías, que

sorprendido ante la reacción de la niña, no pudo evitar que fuera junto a Miguel.

A pesar de lo tierno de la escena, Jeremías sonrió.

— Te arrepentirás de esto. — gritó la niña.

El comentario de la niña le hizo callar, asustado. La escena generó una extraña situación en la que, a Jeremías, se le veía dudar.

En ese mismo momento apareció Mariola que abrazó a la niña y, enseguida, se puso a atender a Miguel, dando la espalda a Jeremías. Este, sintió que estaba perdiendo el dominio de la situación. Y apuntó a Mariola con la pistola.

— ¡Tú!, deja a ese desgraciado. ¿Me has odio?

Ella, se giró, y también con mirada amenazante le increpó.

— Maldito hij.. d... pu...

La expresión de Jeremías fue de absoluta sorpresa. Estaba intentando hablar y había sido incapaz de hacerlo. Y mientras pensaba en ello, vio que Mariola se movía torpemente. Entonces, lo vio claro. Miró al resto del pasaje y confirmó sus sospechas. Estaban perdiendo el sentido.

Cogió con rapidez la máscara y se la ajustó en la boca y la nariz. Comenzó a sonreír nerviosamente. Se sentía completo. Mientras todos quedaban por fin inconscientes, sintió el poder de su sagacidad. Ahora sería el único despierto en el avión.

De pronto, ese pensamiento, le provocó un escalofrío que le atravesó todo su cuerpo. Cayó en la cuenta de que, si se quedaba el solo despierto, tendría que hacer frente, también solo, a lo que fuera que había atacado brutalmente al avión.

Su corazón empezó a latir con fuerza. Jeremías se caracterizaba por pensar rápido y tomar decisiones sobre la marcha. Pero ahora, se había precipitado.

Tuvo la sensación de que el sonido del exterior había cambiado, ahora era diferente. El sonido mecánico monocorde se había transformado en algo más

orgánico. No sabía cómo había llegado a aquel pensamiento, pero era lo que su cerebro le decía.

El terror se instaló en todo su cuerpo. Estaba temblando. Y respiraba rápido. Otra vez, decidió apresuradamente, y se quitó la máscara para así caer inconsciente, cómo el resto. También tuvo la sensación de que era la decisión adecuada. Y ese pensamiento le relajó.

Respiró profundamente, intentado inspirar todas las partículas tóxicas que hubieran, si es que se trataba de eso, para perder el conocimiento. Respiraba rápido, inspirando profundamente, sin dejar de mirar la puerta de embarque. No sentía nada. Empezó a desesperarse. Por un instante, una sombra recortó el haz de luz que se proyectaba sobre la entrada, y que procedía del exterior en el avión. Empezó a llorar asustado.

Jeremías se fue corriendo hasta el final de la cabina de pasajeros. Mientras recorría el corto espacio que le quedaba, vio al resto de pasajeros inconscientes. Los maldijo. Se acurrucó tras la penúltima fila de asientos. Estaba temblando.

Algo entró en el avión e, instintivamente, se llevó la mano al arma. Su corazón le dio un nuevo vuelco. No la encontró.

Y esta vez se maldijo así mismo, mientras temblaba de miedo.

14

ASIENTO 29D

Este fue un despertar diferente.

Sintió que alguien le levantaba y se quejó.

— No está bien. — dijo la voz de la niña con cierta preocupación. — Ten cuidado, ¿quieres?

— No te preocupes. Está bien, — dijo con cariño. — solo hay que dejarle descansar.

— No permitas que le pase nada, ¿quieres? Por favor.

La voz de la niña era dulce y embriagadora, cómo un elixir que se colara en su interior, afectándole, haciéndole sentirse bien. Miguel descubrió que ella le importaba. Y mucho. No permitiría que le pasara lo mismo que a los demás. Se sorprendió al tener aquellos sentimientos pero, en aquellas circunstancias, ¿qué era normal y que no lo era?

— Estoy bien. — dijo Miguel, al tiempo que se incorporaba.

La niña le abrazó.

— Y tú, ¿estás bien?

Ella asintió.

— Fuiste muy valiente. ¿sabes?

La observó durante unos segundos, y vio en ella a alguien especial. Alguien por quien merecía la pena... ¿sacrificarse? Volvió a sorprenderse, al sentir esos sentimientos hacia la niña.

— Tienes que ver esto. — le sugirió Mariola, que en todo momento había estado pendiente de él.

— ¿Qué pasó?

— Después de golpearte, todos perdimos el conocimiento.

— ¿Falta alguien?

— Sí. Él. —dijo. — Pero esta vez, ha sido algo... un poco diferente.

— ¿Por qué lo dices?

— Sígueme.

Apoyándose en Mariola, pudo caminar hasta el final de la cabina de pasajeros. Pasaron junto a Daniel, que permanecía muy pendiente de Mariola y la niña. Una vez allí, en la fila 29, frente al asiento D, había un ovillo hecho de ropa junto a la cartera. No se molestó en abrirla. Mariola alumbró ayudándose de un móvil.

— ¿Es de Jeremías?

— Sí. — apuntó Mariola.

— ¿Y él?

— Eso es lo único que queda de él.

— Ese miserable. —dijo pensativo —, no sabía lo que le esperaba. ¿Y la máscara? ¿Dónde está?

— Ha desaparecido con él. Pero, —dijo haciendo una pequeña pausa. —aún hay más. Sigue la luz con la mirada.

Entonces Mariola comenzó a alumbrar el suelo. El corto espacio que quedaba entre el asiento y el pasillo estaba lleno de un líquido, negruzco, a la luz de la penumbra.

— Es sangre. — anunció Mariola. — Seguramente suya.

— Probablemente.

Entonces continuó enfocando por el pasillo, siguiendo el rastro de sangre que se enfilaba, zigzagueando, en dirección a la puerta de embarque, por donde continuaba filtrándose la luz blanquecina y amenazante. Miguel detectó de nuevo el sonido mecánico. Y se sorprendió porqué, a pesar de estar siempre presente, por un tiempo, ni siquiera recordaba haberlo oído.

— ¿Quieres decir que lo arrastraron hasta la puerta?

— ¿Te sorprende?

— Sí, porque es la primera vez que tenemos una evidencia física, de que ha sido así. Aunque, por otro lado, aquí ha habido un salto cualitativo.

Fernando y David, permanecían vigilantes a varios metros de la puerta, señalando hasta donde llegaba el rastro. Les miraban. De hecho, todos se miraban unos a otros. Estaban nerviosos. La desaparición de Jeremías había añadido, tal y cómo pensaba Miguel, un nuevo e inquietante factor. El de la violencia.

Durante unos minutos se hizo un largo e incómodo silencio. Un extraño sonido vino del exterior y algunos gritaron de espanto. El miedo era lo que se respiraba dentro de la cabina, y el sonido, una especie de gemido apagado y a la vez orgánico, parecía estar acompañado por movimiento.

— Si al menos pudiéramos ver. —dijo Mariola.

— Quizá haya una forma. —dijo Mónica.

— ¿Cómo? — preguntó enseguida Miguel.

— Creo que hay un mecanismo de emergencia, que permite mantener la iluminación durante unas pocas horas. Pero no estoy segura.

— ¿Gabriel?

— Es cierto. — dijo desde su asiento, con dificultad. — El sistema eléctrico proporciona la energía necesaria para el funcionamiento de otros sistemas. Cuando falla, existe una batería alternativa que la sustituye.

— Y, ¿cómo se activa?

— Hay un panel en la cabina del piloto. Si accedes a él, te diré que debes hacer. Aunque quizá sea mejor que yo mismo vaya. —dijo Gabriel.

— De ninguna manera. —sentenció Mariola.

— Puedo ir yo. —propuso Mónica.

— No, iré yo. —dijo poniéndose en pie. — Seré mayor, y habré perdido a la mujer de mi vida, pero si algo sé, es que soy el más capacitado para activar el

de emergencia.

— No es exactamente así, Gabriel. — apuntó.

— Es exactamente... —dijo gritando, pero en el mismo momento en que fue consciente de que lo hacía, se detuvo avergonzado. — Perdóname, Mónica. Lo siento.

— Tranquilo Gabriel. Esta situación no es normal. No te preocupes. Bastante bien lo estabas diciendo. —le dijo acariciándole cariñosamente el hombro.

— Ella era lo único que me quedaba, ¿sabéis? Era, condenadamente pesada. —se le escapaban las lágrimas. — Y muy, muy perspicaz. Desde un buen principio ella se dio cuenta de que algo pasaba, pero yo, no apreciaba nada. Incluso discutimos un poco.

— No te castigues así. — Esta vez fue Mariola quien intentó calmarle. — ¿Quién no discute alguna vez?

— Ella insistía en que os ayudara, mucho antes de que todo se complicara más.

Miguel, Mariola y Mónica intercambiaron miradas.

— Solo quiero hacer algo más, por ella, por todos nosotros, aunque suponga un riesgo. Necesito hacerlo. — concluyó Gabriel mirando a Miguel.

— ¿Estás seguro?

Casi de forma milagrosa apareció una sonrisa en el rostro de Gabriel.

— Claro que sí.

— Pues adelante.

CABINA DEL PILOTO

Iba tan deprisa, que cayó al suelo al entrar en la cabina. Evitó por todos los medios mirar en dirección a la puerta abierta y, precisamente eso, era lo que provocó su caída. Se movió rápido, arrastrándose mucho más despacio de lo

que pretendía. Poco espacio, las prisas, el miedo y la edad, eran una mala combinación. Por fin consiguió entrecerrar la puerta del piloto.

Giró sobre sí mismo y observó los asientos de los pilotos, encajonados en el morro del avión, y cómo no, otra vez la enorme niebla que lo rodeaba todo.

De pronto, cayó en la cuenta de que no les había explicado que había ocurrido al despertar, después de observar la tierra desde una altura imposible. Las luces. No les había contado nada de aquello. Qué cabeza, pensó echándose la culpa. Entonces, cómo si estuviera en un curioso estado de ensoñación creyó oír a su mujer. "Tranquilo mi amor, primero lo primero." A modo de respuesta, Gabriel le respondió: "Claro que sí cariño. Claro que sí." Y comenzó a buscar la palanca, que activaría la batería auxiliar del avión, y que les proporcionaría, al menos, unas horas de luz.

La niebla, ya no parecía chocar contra el cristal de la cabina de los pilotos. Al contrario, permanecía en una invariable "nada", que le hacía confirmar sus peores temores.

Sus manos recorrían la parte interior del cuadro de instrumentos, y entonces tuvo una idea. O quizá algo más que una simple idea. Tuvo la certeza, de que no se estaban moviendo.

Curiosamente, en ese instante sus dedos tocaron con una palanca. Tiró de ella. ¿Qué peligro podía haber? En ese mismo instante, la batería emitió un chispazo, y la luz se hizo en todo el avión.

Gabriel sonrió satisfecho. Pero en ese mismo momento, oyó los inconfundibles gritos de la niña, y Mariola, en la cabina de pasajeros. Esos gritos, le llegaron a lo más hondo de su alma. Era cómo si estuvieran atacando a su propia nieta. Abrió la puerta y accedió a la zona de pasajeros, dispuesto a hacer lo que fuera por proteger a la niña y a su madre.

Mientras abría la puerta y cruzaba el umbral, sintió que Lucía le sonreía desde el más allá, desde donde fuera que estuviera. Y esta vez aprobaba su valentía.

”Primero lo primero.”

ZONA CERO ENTRE LA CABINA DEL PILOTO Y LA FILA 15

No pudo hacer mucho Gabriel, más que observar la escena con absoluto asombro. La luz iluminaba ahora la cabina de pasajeros por completo. La zona cero estaba atravesada en el suelo, por un reguero de abundante sangre, que ahora era mucho más visible que antes.

Pero lo que veía Gabriel, no acababa de comprenderlo. Todos los pasajeros, sin excepción estaban en la zona cero, cómo si de pronto, hubieran perdido el temor a la puerta de embarque. Todos miraban a la pared lateral, que quedaba descubierta, después de que hubieran desaparecido los asientos.

Gabriel avanzó hacia ellos, pero no acababa de entender qué estaban mirando. La niña se abrazaba llorosa a Mariola que intentaba calmarla. Miguel se mesaba la cabeza con la mano, mientras los demás se miraban unos a otros, probablemente, sin comprender nada. Tampoco ninguno de ellos pareció reparar en él hasta que se situó donde se encontraban y pudo vislumbrar, qué era lo que había generado tanto revuelo. Tanta tensión.

Fue hasta Miguel y este, le hizo un gesto con la cabeza para que mirara. Gabriel le obedeció, no muy convencido, y miró a la pared.

Bajo las ventanas del avión, ocupando toda la zona que quedaba despejada de asientos, en el lado de la puerta de embarque, escrito con sangre, pudo leer, absolutamente perplejo, el siguiente mensaje.

DADNOS A LA NIÑA

14

ZONA CERO

ENTRE LA CABINA DEL PILOTO Y LA FILA 15

Estado de shock.

En eso habían quedado todos. El terror se había adueñado de todos y cada uno de ellos desde hacía tiempo. Pero ahora se había manifestado con toda su crudeza con la desaparición de Jeremías, pero en esta ocasión, sencillamente se estaban comunicando con ellos. Les estaban exigiendo un sacrificio. Miguel, no acababa de entenderlo. Seguía allí, cómo los demás, leyendo una y otra vez aquel sanguinario escrito. Se preguntó por el sentido que tenía aquella petición. Qué exigieran la entrega de la niña, cuando habían secuestrado a más de cien personas, era ridículo.

Su mente intentaba cuadrar las piezas de aquel imposible rompecabezas. Incluso se le pasó por la cabeza que quizá, alguno de los pasajeros, fuera el responsable. Pero algo en su interior le decía que, aquella situación, extraña, fantástica, terrorífica e incomprensible, no podía explicarse de una manera racional.

Se acercó a Mariola y a la niña. Las abrazó. Se inclinó hacia la niña y la miró con afecto.

— Ey, pequeña. No temas. No hagas caso de eso.

Con un gesto ágil le indicó a Gabriel que intentaran borrar algo aquel horrible mensaje.

— Me van a coger. Por favor, por favor, no dejes que me lleven. —dijo ella sollozando y buscando el abrazo de él.

— Escúchame bien mi niña. —le dijo separándola un poco, y obligándola a mirarle a los ojos. —Nada, ni nadie te va a hacer nada. Yo no lo permitiré.

¿Lo entiendes?

— Sí. — consiguió decir.

— Ahora, quiero que te quedes unos segundos con Mónica. — dijo al tiempo que la miraba.

Esta se acercó al momento y cogió a la niña. Miguel aprovechó para hablar con Mariola. Ambos se alejaron prudentemente unos pasos de la niña.

— Quiero que estés tranquila. No permitiré que le pase nada a tu hija. Tienes mi palabra.

— Te lo agradezco Miguel. María está muy asustada. —dijo Mariola.

Se sintió avergonzado por un instante. Era la primera vez que escuchaba su nombre.

Durante unos segundos, ambos miraron a la niña. Mónica la abrazaba y le decía cosas que la hacían aseruir. En un momento concreto, la niña les miró a los dos, y se produjo un instante de clara complicidad entre los tres. Ella saludó y ellos le devolvieron el saludo junto con una sonrisa. Entonces siguió jugando con Mónica. Ajena a ellos. Y por un instante apreció que ajena a todo.

— ¿Qué piensas?

— Me pregunto, ¿qué demonios tiene que ver ella con...?

— Un momento, —dijo de pronto Mariola a la defensiva. —no querrás decir que ella tiene algo que ver con todo esto.

— No estoy diciendo eso, — respondió Miguel. —sencillamente quiero entender los porqués. Todo lo que está ocurriendo es de locos. Esta es la primera vez que, sean quienes sean, nos están enviando un mensaje.

— Pero qué broma es esta, ¿por qué no la cogen y ya está? ¿No es lo que han estado haciendo durante toda esta pesadilla?

No podía estar más de acuerdo con sus palabras. Miguel contempló de nuevo a la niña. Y comenzó a recordar los momentos en los que le había llamado la atención su tranquilidad. Su temple. Excepto ahora, claro, pensó.

— ¿Y si no pudieran?

— ¿Qué no pudieran qué?

— ¿Y si no pudieran cogerla? — insistió Miguel.

— ¿Quieres decir, que exigen que la entreguemos, porque no pueden cogerla?
— preguntó con ironía.

— ¿Qué sino? No comprendemos nada de lo que está ocurriendo, pero si no pueden cogerla, que mejor manera para que se la demos, que generando tal nivel de terror con el objetivo de que cedamos y la entreguemos sin oponer resistencia.

Por un instante, se miraron. Había algo de cierto en aquello. Por primera vez, todo tenía un sentido claro aunque limitado. Y, a pesar de que no lo entendían, ¿existía, por fin, una posibilidad, una salida?

— Parece una locura. —sentenció Mariola.

— Entonces, —dijo sonriendo —probablemente sea cierta.

Mariola sonrió.

— Aunque también puede que estén jugando con nosotros.

— Puede ser. Dios mío, no sé qué pensar.

Pero antes de que pudieran darse cuenta, todo se había complicado de nuevo. A pesar del poco espacio de que disponían en el avión, los demás pasajeros también habían tenido tiempo de hablar entre ellos. Por eso, cuando Mariola y Miguel se dieron cuenta, ya era tarde. Un nuevo orden acababa de instaurarse en el avión.

David, Fernando y las chicas parecían ahora formar un grupo. Discutían con Gabriel.

— Se trata de salvar vidas. — dijo una de las chicas.

— ¿Pero... cómo podéis, si quiera, plantearos eso? — decía Gabriel.

— No somos nosotros, son ellos quienes lo están diciendo. Es la primera vez que se comunican con nosotros.

— ¿Y por eso te fías de ellos? —preguntó Gabriel enojado. — ¿Quién no te dice que nos están intentado enfrentar? ¿Cómo podéis estar tan seguros?

— No lo estamos, —dijo Fernando. — pero ¿qué alternativas nos quedan?

— ¿Estáis locos? ¿Pero, de que diablos estáis hablando? —se interpuso Miguel con ímpetu. —¿Estáis valorando entregar a la niña? ¿Se os ha ido la cabeza? Ya os digo yo que eso será por encima de mi cadáver.

Mientras tanto Mariola corrió junto a Mónica y la niña. La tensión había crecido en escasos momentos, y era importante protegerla. Daniel se acercó y permaneció junto a ellas.

— No nos juzgues por pensar en alternativas, en opciones para salvar la vida. —dijo Fernando, sin ningún atisbo de duda. — Parece horrible, pero no más que perder a más de cien pasajeros.

En sus palabras, Miguel detectó una sorprendente seguridad, carente de cualquier traza de remordimiento. Era cómo si, en escasos segundos, movidos por un primario y radical instinto de supervivencia, hubieran cambiado por completo. Junto a él, David y las dos chicas jóvenes, parecían compartir la misma opinión. Transformados ahora en otra cosa, sintió de pronto, que no estaban seguros. Ni tan siquiera entre ellos.

— Pero vamos a ver, que acaban de transcurrir escasos minutos desde que hemos descubierto el mensaje. Este no es un tema que podamos decidir en un instante, cómo si se tratara de... ¡Estamos hablando de una niña, por Dios! —dijo esto último bajando la voz, pero enfurecido.

— No hay tiempo, para discusiones. Tu no decides Miguel. Propongo que votemos.

— ¿Qué? — respondió sorprendido.

— Yo propongo que la entreguemos por...

Pero no pudo continuar. Miguel le golpeó en pleno rostro y le tiró al suelo. David le agarró del brazo para frenarle, pero le fue imposible. Su furia era

incontenible. Fernando se hizo un ovillo, para protegerse y encajar los golpes de la mejor manera posible. Finalmente, fue Mariola quien logró agarrarle del brazo parcialmente y, ayudada por David, consiguieron detenerle. Fernando se escabulló liberándose por fin.

— No merece la pena Miguel. — le advirtió Mariola, intentando que entrara en razón.

— Maldito loco. — dijo Fernando poniéndose en pie, y, rápidamente, para sorpresa de todos, sin apenas pensarlo, se abalanzó contra Gabriel y Mónica.

— Les daré a esa niña aunque sea lo último que haga. — gritó fuera de sí.

Gabriel no pudo evitar que impactara con él, y le hiciera perder el equilibrio, cayendo aparatosamente. Mónica, que intentaba proteger a María, instintivamente intentó agarrar a Gabriel, dejándola sin protección. En apenas unos segundos, las peores pesadillas de Miguel se acababan de cumplir. Fernando agarró a la niña.

— SUÉLTALA MALDITO. —gritó Miguel.

— SUÉLTALA, por lo que más quieras. —Le rogó Mariola, al borde de las lágrimas.

— Quietos todos o le rompo el cuello. —gritó Fernando, que la agarraba con fuerza.

Tras él, la puerta de embarque abierta parecía permanecer a la espera, paciente, a sabiendas de que el sacrificio requerido estaba cerca de realizarse. La mala suerte había querido que, María y él, quedaran a apenas unos pasos de la entrada.

En ese instante se hizo un absoluto silencio. Todos miraban a Fernando. María estaba paralizada de miedo.

— Tranquila cariño. Tranquila. — la intentó tranquilizar Mariola.

— Fernando, piensa bien en lo que estás haciendo. Te juro que si le haces daño no saldrás de aquí...

— ¿Vivo? — respondió Fernando con ironía. De su interior surgió una extraña risa nerviosa, acompañada por una respiración agitada. Incluso su aspecto ahora parecía el de otro, cómo si hubiera sufrido una increíble transformación.

— ¿Crees que no lo sé?

Todos quedaron atónitos ante su siniestra reacción.

— ¿Qué es lo que quieres?

— No escuchas Miguel. Y es importante escuchar en la vida. Yo escuché, atentamente, lo que me dijeron. — hablaba mientras les miraba. En su frente se podía apreciar el sudor que brotaba a borbotones. Sus ropas también aparecían casi empapadas totalmente de sudor.

— ¿Qué te dijeron Fernando?

— No sabes nada. — dijo enfadándose inesperadamente.

— Pues explícanoslo porqué no lo entendemos Fernando. Tienes a una niña pequeña en tus brazos. Y eso no está bien Fernando. Sabes que eso no está bien. — hizo una pausa al ver que parecía recapacitar. — Fernando...

— ¡NO ME LLAMES FERNANDO! —dijo gritando —Maldita sea. Ese no es mi nombre.

De nuevo el grupo se quedó petrificado. O bien Fernando había perdido el juicio, o estaba diciendo una verdad difícil de entender.

— ¿Qué estás diciendo? — preguntó Mariola de forma casi inaudible.

— Es él. — dijo Daniel de forma sorprendente. — Es él.

Ahora todos miraban extrañados al pequeño.

— Pero ¿qué dices Daniel? — insistió Mariola. — ¿A qué te refieres?

— Él no es un pasajero. — dijo nervioso. — Es un... visitante.

— ¿Cómo lo sabes hijo? — preguntó Gabriel. — Y, ¿qué quieres decir con eso de “visitante”?

Dudó un momento.

— Él, entró en el avión, aprovechando uno de los momentos en el que todos

quedaron dormidos, mientras procedían a secuestrar a algunos pasajeros. Hasta ahora no me había dado cuenta.

Miguel, aunque incrédulo, miró a Daniel.

— ¿Quieres decir, que en algún momento estuviste despierto? — Miguel no salía de su asombro.

Afirmó temeroso con la cabeza.

— Eso es fácil de comprobar. —apuntó Mónica. Y sacando el listado de pasajeros del bolsillo buscó su nombre. Durante unos segundos sus ojos repasaron la lista de pasajeros, mientras el sonido mecánico exterior se hacía ahora más presente.

— ¡Dios mío!, —dijo mirándolos a todos.

— No me jodas. —espetó Miguel.

— No hay ningún Fernando en el pasaje.

Fernando, o quien quiera que fuese, sonrió de forma siniestra, sujetando más fuerte a la niña.

— Os lo dije. — dijo sonriendo de nuevo. — Ese no es mi nombre.

14

ZONA CERO

Estupefacción.

Ni siquiera David, ni las chicas, que inicialmente habían respaldado a ¿Fernando?, se aproximaron a él. Más bien lo contrario. Quedaron en un segundo plano, ante el cariz que había tomado todo.

— ¿Quién eres? Dime quien eres. —le exigió con suavidad Miguel. — Y suéltala. ¿Vale?

— No lo entendéis. No podéis.

— Explícamelo.

El visitante sonrió de forma extraña. Parecía estar convenido de querer sonreír, pero su rostro reflejaba otra cosa. ¿Soledad?, ¿Miedo? No, pensó Miguel, esta vez con acierto; sufrimiento.

— ¿Qué quién soy?

— Si, pareces buena persona. —matizó Mariola con inteligencia. — No creo que quieras hacer daño a mi niña.

— Sé lo que intentas, pero no podrás convencerme.

La respuesta la enfureció.

— Solo quiero entenderte. Entender porqué eres capaz de retener a mi hija de esta manera. — Insistió Mariola.

— Yo..., recuerdo estar en el campo. Un campo precioso. Lleno de flores, árboles y algunas abejas. Recuerdo a una mujer. No sé quién es. ¿Mi hermana? ¿Mi novia? ¿Mi mujer? ¡Qué más da! — se dijo a sí mismo, haciendo una breve pausa. — Un atardecer. Y una luz muy potente, enorme, que me condujo... — se puso involuntariamente en tensión. —a otro lugar.

Y su mirada se perdió en algún lugar de aquel avión.

— No sé. No puedo explicarlo bien. No recuerdo nada más. Solo sé que ellos te... manipulan. —continuó explicando con frustración. — Se meten en tu mente. Y no puedes hacer nada. Nada. Os aseguro que es una puta locura.

Río desquiciado.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó con suspicacia Mónica.

La pregunta le sorprendió.

— Me llamo... — hizo una pausa. — ¿Cómo me llamo?

De pronto, un pulso de energía les golpeó a todos, atravesándoles. Sintieron cómo si una onda expansiva les hubiera traspasado el cuerpo, haciéndoles sentir más débiles.

— ¿Qué demonios ha sido eso? — espetó Miguel.

— El tiempo se acaba. — dijo el falso Fernando, con una expresión de... ¿miedo? ¿tristeza? Quizás fueran las dos cosas.

El pie izquierdo del visitante se movió hacia atrás, y la niña, arrastrada por ese movimiento, se puso rígida. Miguel lo vio enseguida. Desde la distancia a la que se encontraban, un solo movimiento violento del Fernando bastaría para lanzarla hasta el umbral de la puerta, y, si eso ocurría, posiblemente no pudiera hacer nada por ella.

Fiel a sí mismo, a su instinto, Miguel saltó sobre él, pero, en ese preciso instante, las manos de David le agarran. El rostro de sorpresa de Miguel no pudo ser más expresivo.

— Es necesario. — gritó David.

El visitante abrió sus ojos sabiendo también que esa era su gran oportunidad. Para liberarse, por fin. Sin ninguna consideración lanza a la niña con fuerza hasta el umbral de la puerta. Esta golpeó contra el suelo y la luz, que brotaba del exterior del avión, la alumbró con su luminosidad. La pequeña miró en su dirección y se quedó inmóvil.

Miguel se liberó con rapidez y avanzó corriendo hacia la niña.

— Sal de ahí. —gritaba. — Sal de ahí y no mires.

Y ella se levantó del suelo. Y, sin dejar de mirar hacia la luz, comenzó a caminar hacia el exterior, al tiempo que, la blanca luminosidad y el sonido mecánico aumentaban, hasta que el ruido fue ensordecedor.

Miguel gritó.

— ¡NOOOOOO...!, ¡MI NIÑA!

Ella se giró, cómo si reaccionara a su llamada, a pesar del brutal ruido, mientras una lágrima recorría su bonito y joven rostro.

De nuevo, se produjo un pulso extraño, que la succionó con una violencia desmedida.

Miguel gritaba mientras todos, todos los presentes, caían irremediabilmente al suelo, sin sentido.

El visitante, comenzó a llorar. Sabía lo que había hecho. Pero lo hubiera vuelto a repetir, sin ninguna duda. No pensaba volver allí. Al menos, eso era lo que pensaba cuando, él también, perdió el conocimiento.

13

ENTRE LA ZONA CERO Y LA PUERTA DE EMBARQUE

Las voces vienen y van, en un eco musical, casi placentero. Nota ahora la brisa suave que le abraza y se dispersa. Entonces la siente a ella. Su risa resuena en esa melodía musical, y entonces se siente feliz. Es una felicidad física que le abraza por completo. Le inunda de forma tan agradable que piensa que está en el cielo.

Su mente, racional, reacciona enseguida. Está soñando. Y cómo en tantas ocasiones, cuando el razonamiento se impone, el despertar está cercano. Hace un esfuerzo por mantenerse dormido, porque quiere verla. Quiere sentirla cerca. Es su gran amor. Su niña.

— Papi, —dice ilusionada. —vendrás conmigo, ¿verdad? Estaremos juntos, ¿no? Dime que sí. — dice alargando graciosamente la “i”, y acompañándolo de una sonrisa preciosa.

Recuerda perfectamente esa sonrisa, esa conversación, y lo que vino después. Destrozar el corazón de su niñita, a la que le unía un amor tan fuerte... le destrozó también a él. El sueño se va tornando en pesadilla. Los sentimientos comienzan a aflorar. Está reviviendo los momentos más duros de su separación.

El sueño se mueve con rapidez, cómo si el director de aquellas visiones quisiera mostrarle algo.

Ahora ya no la ve. Oye su llanto, y casi cree percibir sus lágrimas a través del teléfono.

— Papi, ¿por qué no puedes venir? Quiero estar contigo. ¿Es que... ya no me quieres?

Le duele el alma. Siente tanto dolor que... despierta.

Despierta y siente la camisa totalmente empapada en sudor y descubre, que es el primero en hacerlo. Falta alguien. Siempre falta alguien cuando despiertan, y entonces cae en la cuenta de que falta ella. Se siente cómo un idiota. Pero es normal. La cabeza ya funciona igual. Ha perdido la cuenta del número de veces que han despertado desorientados. Doloridos. Aterrorizados.

De pronto, sus ojos se inyectan de furia al ver a... ¿Fernando?, tendido en el suelo, muy cerca de la puerta de embarque. El lugar desde donde fue sustraída la niña. O, ¿cómo explicarlo sino? Siente entonces de nuevo, ante el recuerdo violento de su rapto, un profundo dolor en el alma.

La luz blanquecina y mortecina penetra impasible dentro del avión, cómo la esencia de un mal incomprensible y tenebroso. Mientras Miguel, que contempla al asesino de niños, tiene claro lo que debe hacer.

Intenta desesperadamente levantarse, aunque su cuerpo no le obedece. Cae al suelo y, de nuevo, vuelve a intentarlo. Grita furioso y lo intenta una vez más. En esta ocasión consigue asirse a una de las ventanas que le ayudan a equilibrarse.

— No lo hagas. — le sorprende la voz de David.

Le mira con repugnancia. ¿Cómo se atreve a dirigirle la palabra?

— Quizás debería matarte a ti.

Y su mirada confirma sus palabras.

— Por muy inhumano que parezca, si hemos conseguido parar esto, si hemos conseguido salvarnos, ¿quién eres tú para decidir por mi vida?

Por un segundo, Miguel se siente incómodo. Le mataría en aquel preciso instante. Sin dudar. Se lleva las manos a la cara y se deja caer apoyándose en el fuselaje del avión, hasta quedar sentado en el suelo.

— No nos juzgues por querer salvar la vida. — insiste David.

— ¿Y quienes sois vosotros para decidir sobre la vida de una niña? — dice Miguel con fuerza y rabia. — Y dime, ¿quién será el siguiente? ¿Tú?

Se produce un silencio, solo roto por el despertar del resto de pasajeros. Uno a uno van despertando hasta que todos lo están. Se miran unos a otros, pero todas las miradas acaban dirigiéndose a Fernando.

— ¿Qué os pasa? — dice casi de forma provocativa. — ¿Por qué me miráis así? ¿Os creéis mejor que yo? ¿Creéis que quería hacerlo? Oh, claro. Creéis que soy muy malo porque les he entregado lo que querían. Soy el hombre del saco. —Y sorprendentemente se ríe. Aunque no es una risa divertida, es una risa nerviosa, desquiciada. —Es muy cómodo pensar que...

Deja de hablar porque Miguel se ha levantado y corre hacia él. No se lo esperaba. Le ha sorprendido e intenta levantarse, pero, cuando lo consigue, ya es demasiado tarde. El primer puñetazo le alcanza a la altura de la nariz. Antes de sentir el siguiente golpe siente que esta se ha roto. Un intenso dolor le hace perder momentáneamente el sentido, pero cuando el siguiente le sacude la boca del estómago, la falta de aire le hace caer al suelo. Pero Miguel está ido. No le deja caer al suelo y cogiéndole por el cuello, desde detrás, le inmoviliza.

— No vuelvas a reírte en tu vida, perro miserable. — grita.

Nadie se acerca a Miguel, pero se aproximan intentando calmarlo. Fernando sangra por la nariz y tose.

— No le hagas daño. — le advierte David.

— Pero ¿tú sabes acaso quién es? Nadie ha oído hablar de él. Vino del exterior. ¿Por qué debemos creerle? Nos ha contado la clásica historia de una abducción. Un vago recuerdo, una luz y ya está. No me creo nada de lo que dice. Además, no ha dudado en entregar a la niña.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Y aún lo preguntas? Es uno de ellos.

— ¿Ellos?

— Sí, ellos. Los que han secuestrado el avión, raptado pasajeros, matado y

ahora... ¿y qué más Fernando?

— Estás loco Miguel. — logra decir Fernando con dificultad. — Esto es más sencillo de lo que parece.

— ¿Quiénes sois? ¿Dónde estamos? ¿Qué queréis de nosotros? ¿Por qué queríais a la niña?

— Miguel — dijo Gabriel adelantándose.

— ¿Qué tienes que decir Gabriel?

— Antes, cuando os estaba explicando lo que había ocurrido en la cabina, al ascender desde la tierra hasta una altitud imposible para un avión de pasajeros, os dejé entrever que eso no era posible, para un avión de estas características, a no ser que...

— Sé lo que estás insinuando. —intervino Miguel.

— A no ser que algo nos haya transportado.

— Estás hablando de una nave espacial. — dijo Mónica algo avergonzada.

— ¿Quieres decir que estamos en su interior? —preguntó Miguel.

— Sé que parece una locura, pero... —pareció dudar Gabriel. — es lo que creo.

—Y, ¿cómo podemos comprobarlo?—preguntó sorprendentemente Miguel.

Nadie respondió. Y de forma sorprendente, de nuevo, la risa dolorida y desquiciada de Fernando se coló en mitad de aquel silencio.

Entonces, Miguel, lo giró por completo para mirarle a los ojos.

— Tengo una idea.

Y agarrándole con fuerza lo movió violentamente de su sitio y, antes de que pudiera entender lo que estaba pasando, Miguel lo enfiló hacia la puerta de embarque. Todos entendieron lo que quería hacer, pero ya nadie podía pararle. Miguel le propinó un nuevo puñetazo que le hizo doblarse. Entonces le empujó hacia fuera. Fernando logró agarrarse desesperadamente al marco de la puerta, mientras sus ojos aterrorizados le miraban incrédulo.

— ¿Qué esperabas?

— No, por fa...

Pero no pudo acabar la frase. Miguel le propinó una patada, sin contemplaciones, y Fernando, o quien quiera que fuese, cayó al vacío ante la estupefacción de todos.

12

EN LA PUERTA DE EMBARQUE

El grito desgarrador de Fernando fue alejándose mientras caía. Solo presenciar su caída era ya de por sí una novedad. Y para Miguel, una liberación. Frente a él, la niebla amenazante acababa de engullir al visitante, sin hacer ninguna distinción. Aguzó el oído esperando calcular el momento en que dejaría de oírle, pero, antes incluso de lograr concentrarse en ello, creyó percibir un golpe sordo.

Miguel mantenía fija la mirada en la bruma, espesa e infinita, por donde había desaparecido Fernando. Siguió allí parado. Expuesto. Levantó la mirada e intentó escudriñar a través de ella. En busca de María. En busca de algo que se les resistía. Una prueba, un indicio, algo que les permitiera conocer. Tener esperanza.

Más cabezas fueron uniéndose a la suya cuando Mónica y Gabriel se asomaron al exterior.

— Aquí estamos en peligro. — acertó a decir Gabriel.

— Miguel, vamos dentro. — le animó Mónica.

— Pensaba que, quizás...

— ¿Quizás qué, maldito loco? Tú también eres un asesino. — le espetó David.

— No eres tan diferente a él.

Pero Miguel se quedó allí de pie.

— Miguel, entra. — insistió de nuevo Mónica.

— Dejarme... — les dijo a los dos. — ahora entro.

Deseaba estar solo. Aún estaba en estado de shock. Todo lo que ocurría en el avión parecía suceder a una velocidad endiablada. No había tiempo para pensar. Era una trampa donde no había escapatoria. Pero quizás, pensó

Miguel, con Fernando, se había equivocado.

Contempló por última vez la hipnótica niebla. Sintió miedo y se arrepintió de ser tan débil. No tenía derecho a tener ese pensamiento, sobre todo después de que la niña hubiera sido raptada. Dio la espalda a la salida y, cuando se disponía a dirigirse al interior del avión, se detuvo.

— ¿Miguel? — le llamaba Mariola.

Este la chistó, indicándole que guardara silencio.

— So...rro... — se oyó cómo un lamento quejumbroso.

— ¡Dios mío! ¿Qué es eso? — preguntó Mónica alarmada.

— Silencio. — exigió de nuevo Miguel.

Durante unos segundos no oyeron nada. Hasta que por fin volvió el lamento, pero esta vez con mayor claridad.

— Socorro. — espetó la voz, con claridad y un evidente esfuerzo.

Una sonrisa siniestra se dibujó en el rostro de Miguel. Mónica, que le observaba desde hacía tiempo, sintió algo de temor.

— ¿Por qué sonríes Miguel? — le preguntó. — Nosotros no somos así. No matamos a las personas. Tú mejor que nadie, por muy doloroso que haya sido la desap... — se dio cuenta de su error y corrigió sobre la marcha. — lo que ha hecho Fernando, tú deberías saberlo. Tú eres aquí la ley Miguel, si fallas tú, ¿que nos queda?

— No tengo tiempo para eso. — dijo pasando por su lado y comenzando a abrir los compartimentos donde iban alojadas las maletas. Cogió una, la abrió y comenzó a extender la ropa que había en su interior.

— ¿Qué estás haciendo?

— No tengo tiempo de darte explicaciones.

— MIGUEL. — gritó Mariola, que en ese instante se acercaba a él. — Tenemos derecho a saber que vas a hacer. ¿Qué ocurre?

— Yo creo saberlo. — dijo Gabriel.

Miguel, que seguía ocupado en seleccionar ropa y extenderla en el suelo, se detuvo inquieto, cómo si todos le molestaran y le frenaran en su objetivo, se giró hacia ellos.

— No hay tiempo.

— Pero ¿qué estás haciendo?

— ¿Habéis oído la voz de ese desgraciado pidiendo auxilio?

— ¿Es Fernando?

— Lo es, y es una muy buena noticia.

— ¿Vas a ir a rescatarlo? —dedujo Mónica. —¿Por eso estás atando las camisas? ¿Estás fabricando una cuerda para descolgarte del avión? ¿Estás loco?

— Sí, —dijo pensativa Mariola. — pero no es solo eso.

— Claro que no. —contestó Gabriel. — Lanzando a Fernando fuera del avión quisiste comprobar mi teoría. ¿No? Si estábamos o no dentro de una nave.

La sonrisa de Miguel fue la confirmación a su explicación.

— Vas a por ella. ¿verdad? —preguntó Mariola con la voz rota.

En ese momento Miguel se acercó a ella, la cogió por las manos y la miró con ternura.

— Pienso encontrarla. Y nada me va a detener. Al menos sabemos que estamos en el interior de algún tipo de nave o estructura física. Os pido que no hagáis nada por detenerme. Es hora de enfrentarnos a lo que sea que está acabando con nosotros.

Todos se quedaron en silencio. Miguel les observaba inquieto. Entonces Mariola se acercó a la ropa que él había depositado en el suelo, y comenzó a hacer nudos. El resto, se fueron mirando unos a otros. Gabriel abrió un compartimento y extrajo dos maletas. En apenas unos segundos, todos estaban trabajando con un mismo fin.

— Pero que te quede algo muy claro. —le advirtió Mariola. —Yo me voy

contigo.

Sintió la necesidad de protegerla y decirle que no lo hiciera, que era una locura, su locura; pero enseguida se dio por vencido. En una situación cómo aquella, era difícil saber qué era mejor, quedarse en el avión y esperar lo inevitable, o salir a su encuentro.

— Y yo. —se apuntó Gabriel.

— Desde luego. — se incluyó Mónica. — Yo también.

— Juntos somos más fuertes. —apuntó Daniel con valentía.

Y todos empezaron a preparar una cuerda que les permitiría abandonar el avión.

12

FUERA

— No mires abajo. —le sugirió Mariola.

— No te preocupes.

— Cuando llegues tira dos veces.

— Hecho. Vamos.

Ya estaba sujeto a la cuerda. Hasta dos vueltas a la cintura para asegurarse que soportaba su peso. Todos la sujetaban mientras Miguel se dejaba caer fuera del avión. Agarrado, al mismo tiempo, a la cuerda y a la base de la puerta de embarque, Mariola insistió.

— Ten cuidado.

En ese momento la sonrió y comenzó a descender. El grupo iba soltando cuerda y Miguel fue descendiendo poco a poco. En breves segundos se vio rodeado por una neblina muy espesa, tanto que daba la sensación de ser una concentración extremadamente densa de ella. Movi6 las manos y sintió que le costaba algo hacerlo. En realidad, sentía que sus brazos se desplazaban a través de una sustancia imperceptible pero algo compacta, y sentía cierta resistencia al moverse. Era algo muy leve, pero le sorprendió. También le llamó la atención su blancura, era casi luminosa, cómo si poseyera algún tipo de propiedad fotónica.

Continuó descolgándose. El sonido mecánico era ahora más musical, aunque daba la sensación de estar acelerándose.

— ¿Cómo va?

La voz de Mariola llegaba algo lejana, demasiado, pensó Miguel. Probablemente no habría descendido más de tres metros, y la voz apenas llegaba con claridad. Se preguntó si la composición de aquella niebla tendría

algo que ver. En ese mismo instante pensó en Fernando.

— Todo bien. — gritó.

Descendió algo más cuando sus pies tocaron la superficie.

— He llegado. Debe haber unos tres o cuatro metros.

Miró a su alrededor mientras se desataba la cuerda de la cintura. Percibía, de una forma nueva, la profundidad entre la niebla. Había minúsculas partículas luminiscentes que conferían a todo lo que le rodeaba de una extraña profundidad, dotando a los espacios de cierto sentido espacial, que era incapaz de comprender, pero que intuía.

Comenzó a caminar confiado en percibir un sendero. Apenas unos pasos fueron suficientes para intuir lo que debía hacer. Tenía claro que no debían bajar del avión y emprender aquel viaje hacia una muerte segura, pero también sabía que esa era una decisión que no debía tomar él solo. Aun así, sentía la necesidad de ir solo.

Decidió volver sobre sus pasos cuando se dio cuenta de que se sentía adormilado. El miedo invadió su cuerpo. Iban a perder el conocimiento y no podían controlar lo que iba a ocurrir. Entonces gritó, o creyó gritar, mientras el sueño se apoderaba de él. Cayó al suelo, de la misma forma que lo hicieron todos los pasajeros del avión.

En el exterior del avión, el cuerpo de Miguel se fue cubriendo de minúsculas partículas que se adhirieron a él. Mientras estuvo inconsciente, estas parecían absorber energía de su cuerpo, al tiempo que ganaban en luminosidad, cómo un parásito que se alimentara de su víctima.

11

EN LA NIEBLA

Despierta, cómo tantas veces, sobresaltado. Se incorpora y todo a su alrededor sigue siendo de una cierta luminosidad blanquecina. Siente que la superficie del suelo es... ¿metálica?, se pregunta. No lo sabe con seguridad, pero está claro que es sólida. Están en el interior de algo mucho más grande que el avión.

De pronto siente miedo. Acaba de darse cuenta de que no sabe dónde está. No tiene puntos de referencia. A su alrededor las pautas del paisaje neblinoso parecen variar cada cierto tiempo, ofreciendo entornos distintos. Resulta imposible orientarse.

— ¡MARIOLA! ¡GABRIEL! ¡MONICA!

Grita con todas sus fuerzas. Incluso el sonido de su voz le parece extraño. Se funde con el sonido ambiental, que resuena de forma continua, cómo si se fusionara con el entorno. Es una idea extraña, pero Miguel le encuentra sentido.

Vuelve a gritar. Espera paciente oír alguna respuesta. Nada. Después de un tiempo vuelve a intentarlo. Así, una y otra vez, en varias ocasiones. Después de varios intentos deja de hacerlo, resignado, se deja caer en el suelo.

Siente una fuerte desazón, pero el recuerdo de la niña le asalta de nuevo. Debe intentarlo. No puede darse por vencido. Se incorpora de nuevo y comienza a caminar vacilante.

El paisaje es cambiante. Tiene la impresión que algo lo maneja, incluso de que está... vivo. Es cómo una materia orgánica que lo rodea todo. Por un momento percibe algo a lo lejos. No hay nada allí, se dice, pero ¿qué opciones tiene? Y decide seguir adelante. Vuelve a gritar con fuerza, a modo de despedida.

No sabe qué puede ocurrir, pero la sola idea de perder a la pequeña le atraviesa el alma. Tiene un sentimiento muy fuerte hacia María. Le prometió que no le pasaría nada y, le ha vuelto a ocurrir. Ha incumplido su palabra. Como una horrible pesadilla que volviera a repetirse de nuevo.

El recuerdo de su hija, es curioso, se diluye. Le cuesta acordarse de ella. En su lugar la niña del avión está en su corazón y en su alma, cómo una segunda oportunidad. Ya le falló a su hija. Ahora no puede fallarla a ella, ni a Mariola. Incluso a Daniel. Se extraña de ese sentimiento, casi familiar, que siente hacia ellos, pero son sensaciones que, quizás por la situación que han vivido, se han acrecentado de forma exponencial entre ellos.

Su matrimonio fue una experiencia de pérdida y sufrimiento. Primero su mujer, y más tarde su niña. Y ahora, cómo si la vida le diera una segunda oportunidad, siente que debe encontrarla. Tiene el convencimiento de que si logra salvarla, se arreglará todo.

Tiene la sensación de llevar mucho tiempo caminando, aunque, por otro lado, tiene un vago pensamiento de que en realidad no es así. Allí donde debería estar observando un paisaje, un fondo, un destino, se van conformando diferentes posibilidades. Es alucinante. Le cuesta mantener el control. Todo a su alrededor resulta impresionante, pero al mismo tiempo, posee una extraña belleza amenazadora.

Distingue miles, millones, se corrige, de partículas brillantes que se mueven al unísono cómo una bandada de estorninos. Es un espectáculo fascinante. A pesar del aparente caos, las partículas se sincronizan unas con otras, en formaciones que cambian a cada segundo con precisión matemática. Por un instante algunas parecían desaparecer para luego volver a aparecer. Era difícil entender nada. Su instinto le decía que las partículas estaban presentes en todas partes, formando un único todo. Pero únicamente fue un pensamiento. Sabía que no debía fiarse de sus sentidos.

Tiempo después creyó incluso detectar movimientos. Caminaba sin dirección alguna, con la esperanza de llegar a alguna parte, mientras, en aquel ecosistema, comenzaba a dudar de todo lo que percibía. ¿Estaría siendo controlado?

No mucho después, para su sorpresa, se conformó, no muy lejos de él, lo que parecía una puerta. Se dirigió hacia allí con rapidez. Deseaba llegar. Deseaba dar con ella. Era lo único que quería. Le había hecho una promesa y quería cumplirla al precio que fuese. E intuía que ese precio sería muy alto.

No tardó en llegar frente a la puerta. A una distancia que parecía más real. Se acercó y la tocó. Era una estructura sólida, probablemente metálica.

Imperceptiblemente, la puerta se abrió dando paso a una amplia estancia absolutamente luminosa y blanquecina. O se ha abierto o sencillamente ahora está abierta. Se da cuenta de que piensa con dificultad.

Lo sorprendente es que, en el centro de la blanquecina sala, hay una mesa, con una silla a cada lado. También de una blancura tan luminosa, que, depende de cómo la mira, casi da la sensación de no estar allí. Algo demasiado humano, piensa Miguel, ¿O es una ilusión?

Siente que debe entrar y sentarse.

Se gira y mira tras de sí. Todo está teñido de un algo salvaje. Nuevas ondas de partículas lumínicas se mueven como olas gigantes en el ¿cielo?, y se tiñen de un color oscuro. Y por primera vez desde que abandonara el avión, Miguel siente miedo en estado puro. Se siente desprotegido. Vulnerable. Y entiende que debe entrar en esa sala.

Antes de poder si quiera reaccionar, un enjambre de partículas brota espontáneamente frente a él. Tiene una forma ovalada. Crece estirándose hasta alcanzar los dos metros y le golpea con violencia, levantándole más de un metro del suelo, y haciéndole caer de forma aparatosa.

Miguel queda tendido frente a la entrada, sin sentido.

11

ZONA CERO. FRENTE A CABINA DEL PILOTO

— Voy a bajar ahora mismo. —gritó Mariola.

— Nadie va a bajar de este avión. — grita Gabriel con igual virulencia.

La situación es tensa. Hace horas que no hay noticias de Miguel. Todo ha ido mal desde el mismo momento en que abandonó del avión.

— Voy a bajar y nadie me lo va a impedir.

— No puedo dejar que lo hagas. —dice Gabriel aún gritando, pero con un tono más afligido. — No permitiré que le ocurra lo mismo a otra persona de este avión. Nos necesitamos Mariola. Debemos estar juntos.

— ¿Juntos?

— Miguel lo decía. Recuérdalo.

— Pero ha ido mal desde el principio. — dice Mariola llorando. — Desde el mismo momento en que comenzó a descolgarse. Dejé de oírle, casi al mismo tiempo en que desaparecía en esa maldita niebla. Maldita sea.

Gabriel la abraza asustado. La ausencia de Miguel lo complicaba todo. Once personas encerradas en un avión, a merced de algo desconocido, con el temor de perder la vida en algún momento. Sin apenas comida y bebida. Los rostros asustados de los supervivientes, aterrados ante el futuro que les espera.

— Está bien, pero no me daré por vencida.

Todos la observan. Mariola se acerca a la puerta de embarque y observa la niebla, espesa y blanquecina, que lo rodea todo, que lo abraza todo cómo si buscara digerirles. Siente miedo y frío. La sensación de profundidad es subyugante. Mira al interior de esa “niebla” y siente que abarca mucho más de lo que cree ver. Siente su inmensidad e instintivamente da un paso atrás. Tiene ganas de llorar. Coge aire y grita con todas sus fuerzas.

— MIGUEEEEEEEEEEEEEEL.

Empieza a llorar, pero se niega a darse por vencida.

Vuelve a gritar su nombre.

11

DENTRO

— Despierte.

No parece real.

— Vamos, — insiste la voz. — Despierte. Tenemos que hablar.

Le indigna darse cuenta de que, al despertar, no se encuentra, al menos, en una cama. Está confundido. Por un momento, llegó a pensar que estaba en el hospital. A salvo. Sus ojos se encuentran con la superficie de la mesa. Nota entonces que está fría, lo que significa que acaban de trasladarle allí. Su mente trabaja de forma acelerada, recabando toda la información que hay a su alrededor. Es cuestión de supervivencia. Y enseguida vislumbra a quien tiene delante.

Se encuentra en la sala, absolutamente blanca, al igual que la mesa y las sillas. Lo recuerda perfectamente. Ahora, frente a él, se encuentra un hombre de duros rasgos, ojos claros y pelo corto. El uniforme parece militar, pero no pertenece a ningún cuerpo que Miguel sea capaz de reconocer. Le observa con atención.

— ¿Cómo se encuentra?

— ¿Y eso importa mucho? — responde irónicamente.

Se produce un breve silencio.

— Tranquilícese, debemos hablar.

Miguel mira al... ¿militar? esperando respuestas.

— ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

— Está usted a salvo. Por ahora... — deja en suspenso el significado de esa frase. —... eso es lo más importante.

— ¿Por qué estoy aquí?

— Todo lo que debe saber es que, a partir de ahora, todo lo que ocurra dependerá de usted.

— No entiendo. —dice intentando hacerle hablar. Porqué en realidad necesita que hable. Qué le explique. Qué le diga qué está pasando. Qué ha ocurrido en el avión.

— Es normal. —dice con condescendencia. — Pero... — hace una pausa para observarle con detenimiento, cómo calibrando probablemente sus reacciones. ¿Sus fuerzas? — Hágase un favor, es mejor no saber.

— Déjese de gilipolleces. — exclama dando un golpe seco en la mesa. — Dígame que está ocurriendo aquí. ¡Se lo exijo!

Miguel se levanta de forma violenta y la puerta trasera se abre, lo deduce por el sonido que produce al abrirse, y algo entra. Tiene miedo de girarse y mirar allí de donde procede el movimiento.

El... ¿militar? levanta la mano y, fuera lo que fuese lo que ha entrado siente que se vuelve a retirar. Aprovechando el movimiento, en un alarde de frialdad, conmina a Miguel para que tome asiento de nuevo.

Este permanece aún algún tiempo de pie, en un inútil intento por demostrar que todavía estaba dispuesto a luchar, de la forma que fuera, con tal de recuperar la libertad. La maldita cordura, piensa para sí.

— Siéntese. —la voz de su anfitrión ahora es sorprendentemente serena, incluso amable, a pesar de la autoridad que subyace en todo momento.

Se fija ahora en sus rasgos, muy marcados pero casi perfectos. En sus ojos, claros, quizá demasiado. En su piel, que casi parece artificial pero cubierta de una especie de aura brillante, casi imperceptible.

— Muy bien. Estoy en sus manos.

— Muy bien. — repite lentamente.

— Quiero a la niña.

— Lo sé.

— Por favor, devuélvanme a la niña y dejen libre al resto del pasaje. Quédense conmigo. Hagan conmigo lo que quieran. Pero devuélvanme a la niña.

— Eso no va a ser posible.

— Por favor. Sean quienes sean, está claro que me entienden, ¿verdad? Por favor, devuélvanmela.

Durante unos segundos el militar le contempla impertérrito, impassible. Incluso hay un momento en el que Miguel tiene la sensación de que no está allí. Por momentos parece ausente, falto de humanidad. El miedo se instala en su cuerpo. No sabe qué hacer.

Los segundos se alargan. El militar parece desconectado, aunque sus ojos le miran fijamente, escrutándole desde el interior de una niebla luminosa. Inesperadamente vuelve en sí. Sin brusquedad, sencillamente vuelve en sí, cómo si hubiera estado hablando con alguien.

— Debes elegir.

— ¿Qué? —acierta a preguntar.

— Debes elegir. — repite.

— No sé a que te refieres.

— Debes elegir, quien vive y quien muere.

— Ya te lo he dicho. Yo... a cambio de la niña.

— Debes elegir, entre la niña...

Por primera vez siente que hay una posibilidad. Algo se enciende en su interior. ¿Esperanza?

— ... y los 148 pasajeros.

11

ZONA CERO. FRENTE A CABINA DEL PILOTO

Está sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta de embarque del otro lado, junto a la puerta de acceso a la cabina del piloto. Lleva así varias horas. Daniel está junto a ella, vino a hacerla compañía, aunque en realidad él quería que le abrazara.

Las luces auxiliares parpadean brevemente. Todos saben lo que significa, pero ninguno quiere hacer frente a la cruda realidad. Sin agua, comida y luz, no aguantarán mucho tiempo.

La cuerda por la que se deslizó Miguel unas horas antes, hecha con camisas y vestidos, anudados fuertemente, atraviesa la cabina hasta llegar a la puerta de embarque, donde desaparece. Es cómo un aviso, o cómo una burla del destino. Está así desde que se fue. Y Mariola la observa fijamente. A veces cierra los ojos durante unos segundos e imagina que vuelven, pero al volverlos a abrir, la cruda realidad, se impone.

La cuerda sufre una sacudida y se afloja. Mariola parpadea. ¿Ha sido real?, se pregunta, mientras la observa detenidamente. Apenas instantes después vuelve a moverse y se tensiona con fuerza. Sus ojos se abren de par en par.

— Gabriel. — grita Mariola. — Ayudadme. Ha vuelto. Ha vuelto.

Todos en el avión reaccionan. Gabriel avanza hasta la puerta de embarque donde Mariola y Daniel agarran la cuerda con fuerza. Está tensada.

— ¿Cómo sabes que es él?

La pregunta deja a Mariola descolocada. Por un instante, no sabe qué decir.

— ¡Dios mío Gabriel! ¿Quién sino? —pregunta suplicante.

Gabriel se arrepiente de haber sugerido esa idea en voz alta, porque aunque posible, no ayuda en nada en un momento cómo aquel.

— Vamos. Ayudadnos por favor. —anima Gabriel al resto.

Con gran destreza y renovadas ilusiones, el pasaje en su totalidad, se reparten desde el punto desde donde amarraron la cuerda, donde actualmente se encuentran los primeros asientos que quedan justo tras la zona cero, hasta la puerta de embarque. Entre todos agarran la cuerda y proceden a tirar de ella. Y efectivamente, hay algo pesado en el otro extremo.

Desde la puerta de embarque, Mariola le llama insistentemente.

— Migueeel, ¿eres tú?

No hay respuesta.

Comienzan a entrar dentro del avión varios tramos de cuerda, que emerge desde las profundidades de la niebla, como por arte de magia, cuando por fin, agarrada a la cuerda, asoma una mano fuertemente agarrada.

— Miguel. — gritan varios de ellos.

Las luces de emergencia parpadean y bajan de intensidad. Están en penumbras, pero a pesar de ello logran agarrarle del brazo y tirar de él hasta que entra en el avión. Mariola le abraza llorando, preguntándole insistentemente si está bien. Miguel a duras penas consigue responder afirmativamente con un gesto de cabeza.

— Deja que se incorpore. —sugirió Gabriel.

Mónica aprovechó para abrazarle también. Instantes después Gabriel hacía lo mismo.

— ¿Qué has visto?

Pero Miguel no contesta. Está algo conmocionado. Camina así, lentamente, hacia el final de la cabina de pasajeros, hasta encontrarse allí donde comenzaban los asientos y finalizaba la zona cero. Era cómo si todo fuera nuevo para él.

— ¿Qué ocurrió cuando bajaste? ¿Por qué no contestabas? ¿No podías oírnos?

— preguntó Mónica.

— ¿Sabes que llevas varias horas fuera? — le informó Gabriel.

Las preguntas se sucedían una tras otra, sin apenas ninguna tregua para dejarle pensar.

— ¿Dónde está María? — preguntó Mariola con voz queda, temerosa de oír la respuesta.

Y esa fue la pregunta que le hizo detenerse. No se giró hacia ellos. La niña. María. Ella era la clave de todo. Miraba hacia el final de la cabina, cómo si pudiera contemplar a los 148 pasajeros que habían iniciado un simple viaje de avión, que debía haber durado cuarenta y cinco minutos, y que jamás llegaron a su destino. Apenas quedaban unos pocos supervivientes.

— ¿Miguel? ¿Pudiste encontrarla? — preguntó de nuevo, sin apenas poder controlar las lágrimas.

Mariola camina hacia él.

— ¿Miguel? Por favor...

Al llegar a él le hizo girar. Quería mirarle a los ojos y abrazarle, antes de que le respondiera. Pero cuando Miguel se dio la vuelta, Mariola dio un paso atrás llevándose las manos a la boca en un gesto de sorpresa.

— Dios mío...

11

DENTRO

Sabe que la decisión era absolutamente desproporcionada. La vida de una niña por la de 148 pasajeros. ¿Qué locura era aquella? Porqué todo aquello era una pesadilla desde el primer momento en que habían entrado en el avión. No podía creer todo lo que había pasado. Era impensable, pero lo que él había vivido, lo que estaba viendo y sintiendo en ese preciso instante, todo lo ocurrido en el avión, era real. Necesitaba respuestas, al porqué de todo aquello. Tenía que entenderlo para poder tomar una decisión.

El ente, o el conjunto de partículas que lo configuraban confiriéndole una forma humana, representada en un militar, parecía de nuevo desactivado, aunque le continuaba mirando con aquellos ojos vivos, repletos de la misma niebla amenazadora que lo envolvía todo.

— Necesito comprenderlo. — acertó a decir casi tartamudeando.

Un movimiento extraño del militar le provoca a Miguel una oleada de miedo. Nota su maldad. Quizá sea esa su forma de responder a su pregunta.

— Debes elegir, entre la niña y los pasajeros... ahora.

La voz ha subido de tono, que no llega a ser del todo humano, y Miguel siente que está a punto de derrumbarse. Jamás se había sentido de esa forma. Abandonado. Solo. Impotente.

— Pero, no puedo...

Y fue incapaz de acabar. El ente comenzó a difuminarse, al igual que todo cuanto le rodeaba. Las partículas volvieron a dispersarse cómo un castillo de arena que fuera golpeado por un golpe de viento. Sentía que perdía una oportunidad. Y entonces, no lo dudó.

— Espera. — gritó. — Espera.

— Se acabó el tiempo.

— Dios mío. — repitió en voz alta gritando con todas sus fuerzas. — Está bien. Está bien.

Miguel lloraba porque no quería hacerlo. No quería decidir. No podía. Y su alma le gritaba con insistencia que no lo hiciera.

— Elijo a...

0

ZONA CERO

— Tus ojos... — volvió a decir Mariola señalándole.

Todos se acercaron para ver a que se refería Mariola, pero enseguida lo vieron. Los ojos de Miguel eran blancos y luminosos. Tan blancos y luminosos cómo la niebla que lo cubría todo.

— ¡Dios mío Miguel! — exclamó Gabriel. — ¿Qué te ha ocurrido?

Pero Miguel no respondió. Les observó a todos con una extraña condescendencia. Las luces de emergencia se apagaron definitivamente y todos gritaron al mismo tiempo, en un acto reflejo. Estaban asustados.

La oscuridad acentuó el brillo de sus ojos. El sonido mecánico que provenía del exterior comenzó a ser ensordecedor, cómo si aquella extraña maquinaria estuviera impulsándose para lo que fuera que iba a ocurrir. Miguel empezó a descomponerse en miles de partículas luminosas que se lanzaron en tromba hacia todos y cada uno de los pasajeros. Todos gritaban, mientras aquellas partículas penetraban en ellos, poseyendo todo su ser.

Al cabo de pocos segundos, todo era una enorme fuente de luz donde miles de partículas, ahora más luminosas aún, se distribuían por un enorme espacio en el que deambulaban en un aparente caos.

Despierta.

Se sobresalta al oír a la azafata mientras está dando las consabidas indicaciones de seguridad. Se siente desorientado, su respiración está algo agitada. Por un momento tiene la intención de levantarse y salir de allí, pero una mano se apoya sobre la suya y en ese mismo instante se relaja. Siente que forma parte de algo más grande. Más hermoso.

La pequeña mano que le acaricia la suya es la de María, su hija. Está sentada a su derecha. Le mira con ojos claros, preciosos. Le sonríe con una sonrisa radiante y llena de amor.

— Papá. ¿Estás bien?

— Claro que está bien tu padre. — apunta Mariola que está sentada junto a María, al lado de la ventana. — Solo está cansado.

— ¿Qué? — pregunta Miguel sorprendido. Algo en su interior le dice que todo va bien. Sabe que hay algo dentro de él que le acaricia, que le cuida.

— Cámbiame el sitio Papá, así puedo jugar con Daniel.

Su sorpresa es doble, al igual que su alegría. Daniel, su hijo está en el asiento 25C, en el pasillo. De esta forma, María podrá hablar con él.

En todo ello hay una sensación de ensoñación, pero es agradable. Siente un placer indescriptible al sentirse acompañado por los suyos.

Por un instante tiene un recuerdo parcial de todo lo que ha ocurrido... en su sueño. Duda, parecía todo tan real. Pero de nuevo siente cómo una suave caricia que moldea su alma, y siente que es feliz. Qué tiene una familia estupenda y que debe dar gracias a Dios.

Mira a su hija y siente un amor especial por ella. Daría la vida por su niña. En

realidad por cualquiera de los suyos, pero por su pequeña... sería capaz de cualquier cosa.

El avión va camino de la pista de despegue. Miguel coge a Mariola y María de las manos, y María a su vez de Daniel.

El avión coge velocidad y cuando llega al final de la pista despegue sin dificultad.

Miguel mira por la ventana y en sus ojos se refleja el cielo azul. Y también unos pequeños puntitos, cómo partículas luminosas blanquecinas, que parecen moverse allí, en el líquido cristalino, en un espacio de aparente caos.

ESTORNINOS BLANCOS

1

DENTRO DE LA CELDA

Haber escapado de su celda de aislamiento es algo que podía haber hecho mucho antes. María, es el nombre que le puso su madre. La mantuvieron junto a ella hasta que cumplió los cinco años. Un día, sencillamente dejó de estar. El doctor la quiso convencer de que su mamá necesitaba ayuda, y de que, a duras penas, podía ejercer realmente de madre. Pero ella era aún muy pequeña para poder entender lo que ocurría. De este modo fue creciendo, sin una familia que la quisiera. Así de cruel y así de real.

Pero María, sabía que la mentían. Todos en aquel lugar la mentían y ella no dudaba en absoluto. No era una mera intuición, era una certeza tan clara para ella cómo, para cualquier otro, saber qué necesita beber o comer cuando llega el momento.

María jugaba con sus muñecas y con los escasos juguetes que le dejaban junto a su cama durante la noche. Su única compañía. Solía colocar una muñeca a quien llamaba mamá, y le añadía un papá y un hermanito, para sentir el calor de una familia que no existía para ella, pero que deseaba con todas sus fuerzas.

Qué era diferente, no era una novedad. Lo sabía. Siempre lo había sabido y además su mamá se había encargado de repetírselo una y otra vez.

— Cariño, —le decía con amor su mamá. — eres tan especial mi niña.

Y entonces la miraba con esos ojos tan inverosímiles y hermosos que Dios le había dado. Hermosos ojos blancos, con ligeros pigmentos grisáceos e incluso arenosos, en los que destacaba una preciosa pupila que relucía con la fuerza de una perla negra. Los acompaña casi siempre una sonrisa breve, aunque espontánea, que iluminaba su joven y enigmático rostro, dotado de una belleza

atípica para una niña de su edad.

— Mami. — respondía.

Pero la naturaleza seguía su curso y las necesidades de María se fueron haciendo cada día más evidentes.

Al principio no entendía lo que le ocurría. Sencillamente veía miles de partículas que giraban a su alrededor, cómo un enjambre de minúsculos corpúsculos luminosos, y que parecían permanecer a la espera. Y esa fue una pregunta que tardó en responder. ¿A la espera de qué?

Años después comenzó a entenderlo, cuando descubrió por fin que solo ella podía verlos y, lo más importante, que la obedecían.

Su primer incidente fue con Robín, el joven enfermero militar que la vigilaba, es decir, que la cuidaba. Con él experimentó por primera vez al penetrar en su mente. Más tarde al preguntarle, el doctor, porqué lo había hecho, él respondió que alguien se lo había ordenado. El caso es que Robín se había golpeado la cabeza contra la bandeja de la comida hasta que perdió el conocimiento. Si bien ella no pretendía que acabara así, al ser su primera incursión, tampoco le dio importancia. Además, el episodio, a pesar de que lo escabroso, había sido divertido.

Nadie tomó aquello cómo un problema, hasta que otro militar, esta vez una mujer, entró en la celda para ayudarla a dormir y también fue víctima de otra incursión. Cuando consiguieron abrir la puerta la militar estaba acurrucada en la esquina de la celda, llorando cómo una niña pequeña. Estuvo ingresada durante meses en un hospital psiquiátrico.

En esta ocasión María aprendió en especial, otra cosa, que el miedo, el terror, era para ella una fuente de fuerza.

Las visitas se suspendieron entonces, y María pasó a ser un bicho raro en una celda dentro de un centro de alta seguridad del gobierno.

Pero el detonante final, de todo lo que sucedió después, tuvo que ver con la

visita del doctor. A pesar de que María estaba sedada, algo en su interior, cómo le había ocurrido en tantas ocasiones, le advirtió de que su vida peligraba. El doctor, el mismo que había sedado a su madre, cogiéndola desprevenida en el hospital militar cuando acababa de dar a luz, la visitó desde el exterior de la celda. Un gran ventanal acristalado de doble capa, especialmente habilitado para mantenerse fuera de su alcance, le permitía poder interactuar con ella con todas las garantías.

— Hola María, —dijo el doctor fríamente. — Veo que has crecido mucho.

— Ya tengo siete años doctor. — dijo sonriendo.

El tono adulto de su respuesta le sorprendió. El doctor miró a la doctora que le acompañaba.

— Está sorprendido. — añadió, otra vez, sonriendo.

— He de reconocer que sí. Sobre todo teniendo en cuenta que no has recibido ningún tipo de educación en toda tu vida. — apuntó. — ¿Cómo lo consigues?

Se levantó de la cama y caminó, despacio, hasta el límite que le marcaba el cristal.

— Quiero tener una familia. — soltó.

El doctor rio ruidosamente al tiempo que el rostro de María mudaba hacia una expresión de absoluta tristeza. Se sentía humillada.

— Querida. Tú no eres humana. Eres tan solo un error de la naturaleza, un animal de laboratorio que queremos estudiar. ¿Una familia?

Sonrió de forma cruel.

— Le podría contar cosas de mí.

Por un momento el doctor enmudeció.

— Para su investigación. —añadió.

— ¿Cómo qué? —preguntó.

— Como por ejemplo, cuando descubrí cómo podía escapar de aquí.

El doctor luchaba entre su desprecio por ella y la curiosidad que sentía por su

actitud inteligente y desafiante. Sonrió.

— Muy bien María. Soy todo oídos querida. —preguntó.

— Hace mucho tiempo que aprendí a entrar en sus mentes. Hay algo dentro de mí, llámelo una extensión de mí, que me mueve a hacerlo.

— ¿Estás de broma?

— Lo más curioso es que resulta muy liberador, poder abrazar sus mentes, aprender de ellas. Es cómo dar un paseo por el parque. Pero no es el parque, son sus recuerdos. Es su mente.

— Muy imaginativa. Y con eso explicarías que has aprendido sola porqué has accedido a nuestras mentes. —rio de nuevo. — ¿Y que más María? No me hagas perder el tiempo.

El doctor comenzó a caminar hacia la salida, pero María ni siquiera se movió.

— Pero me di cuenta de que acababa muy cansada y, que esa facultad, desaparecía con el tiempo.

Se detuvo. Regresó hasta estar de nuevo frente a ella y vio que se había dado la vuelta. Entre ellos el vidrio del cristal era lo único que les separaba.

— Tu debilidad. — sentenció.

— En absoluto.

— De nuevo quieres desafiarme. — dijo con tono condescendiente. — ¿Ese es tu truco?

Sonríe de nuevo.

— Descubrí algo nuevo.

— ¿De qué hablas? —dijo impaciente.

— De mi alimento.

— ¿Quieres acabar ya? ¿Crees que tengo todo el día para oír tus ñoñerías? Estarás aquí toda tu estúpida existencia. Sin amigos. Sin padres. Sin una familia que te quiera. Sin nadie que se preocupe por ti ¿Entiendes?

— Sí, tendré una familia que me quiera y que se preocupe por mí. —afirmó

con convicción.

El doctor se despidió de ella con una risotada, y se dirigió de nuevo a la salida. Justo en el momento en que iba a abrir la puerta, oyó su voz de nuevo.

— ¿Se imagina que todo fuera un sueño?

Se giró disgustado.

— Pobre, ¿de verdad piensas que te va a funcionar, de alguna forma? Porque no entiendo nada. Haré que te practiquen más pruebas para entender tu comportamiento.

De nuevo se giró para salir.

— Pero ¿se imagina que, en realidad, todo fuera un sueño?

Algo se removió en su interior. Un amago de temor infantil. Frente a la puerta, con la mano puesta en el pomo de la manecilla, sintió un leve escalofrío que le atravesó la columna.

— No sé porqué no me largo de aquí ya. — dijo, pensando que su pa...

— ¿... paciencia no tiene límites? — dijo la voz de María, repitiendo sus pensamientos.

Sintió que el corazón le daba un vuelco. Empezó a latir cómo un caballo desbocado. Lo sentía perfectamente en los odios cómo un zumbido intermitente. ¿Cómo lo había hecho?, se preguntó.

— ¿Qué está ocurriendo?

— ¿Se imagina que todo fuera un sueño? — volvió a preguntar María.

— ¿Qué demonios dices, maldita? — espetó.

— Pero ¿se lo imagina, que pudiera entrar en su mente y modificar su realidad? Y la de los demás. Ponga imaginación doctor. Un mundo, su propio mundo, su propia mente, controlada por otra persona. Imagínesele doctor.

— Estás loca. Eso es imposible. — espetó el doctor.

— ¿Cuántas veces doctor, ha intentado abandonar esta sala?

Una ráfaga de terror le atravesó el alma, cómo una corriente eléctrica que

recorriera todo su ser. El miedo ahora era intenso y el doctor empezó a respirar con dificultad.

Se giró de nuevo hacia la puerta e intentó coger la manecilla de la puerta para abrirla, pero... había algo que se lo impedía. De pronto se sintió atrapado allí, con aquel ser al que odiaba. Pensó por un instante que estaba siendo subyugado por la niña. ¿Control mental?, se preguntó irónicamente, eso era imposible.

— Soy yo doctor, que no se lo permito.

Seguí respirando con dificultad.

— Su miedo doctor, es mi fuerza. Me alimenta. Es lo que trato de explicarle. Cuanto más débil me siento, más miedo necesito generar y mayor es mi poder. El doctor se giró asustado, llevándose una mano al pecho

— Jamás serás cómo nosotros.

De pronto todo fue adquiriendo un tono luminoso y blanquecino. Minúsculas partículas, millones de ellas se fueron visualizando. El rostro del doctor estaba desencajado, absolutamente aterrorizado, pero mostraba una pizca de curiosidad humana, lo que probablemente impedía que perdiera el juicio por completo.

Se fue conformando un grupo numeroso de partículas más oscuras, en apariencia más hostiles, en contraste con las luminosas, que se movían amenazantes, con rapidez, cómo bandadas de estorninos en el cielo. Todas parecían seguir una pauta.

— ¿Me oyes? — gritó el doctor.

El enjambre de partículas se unificó y se proyectó con potencia contra el doctor, que no acertó más que a emitir un leve quejido al ver al poderoso torbellino arremeter contra él.

El cuerpo del doctor se dobló hacia atrás cómo un muñeco de trapo, y los miles y miles de partículas se adhirieron a él, consumiendo todo el terror que

habitaba en su cuerpo.

El doctor estaba a merced de María.

María ha cumplido los ocho años.

En la mente del doctor María tiene doce. El mundo a sus ojos es siempre el mismo día, con pocas variaciones. Se despierta, se arregla y después de desayunar, espera para ver lo que ella tiene pensado hacer. Es su razón de ser. Él es feliz. Su mayor ilusión es servirla. Y su deber, protegerla, hasta que ella encuentre lo que está buscando.

Desde que abandonaron el centro de vigilancia, han cambiado de ciudad en varias ocasiones. Ella prefiere viajar en tren, en avión o en autocar. Ella tiene un plan, y está convencida de que está muy cerca de obtener lo que está buscando.

María quiere una familia. Es lo que siempre ha querido. Quiere un padre que la quiera, una madre que la mime, y un hermanito con quien jugar. Pero especialmente un papá. Su papá debe quererla por ser ella misma, ser capaz de darle todo por ella, sentir su amor, su preocupación. Debe ser valiente, y debe ser bueno. Y quiere encontrarle cuanto antes, porque le necesita para ser una persona completa, para sentir que forma parte de algo más importante que ella misma.

El doctor, bajo su control, le ha sacado un billete de avión y la ha acompañado al interior del aeropuerto, cómo ella le ha ordenado. Una vez allí, le deja marchar, dejándole sentado absolutamente desorientado, sin saber ni quien es ni cómo ha llegado allí.

Todo porqué, sentada en uno de los muchos asientos que conducen a las puertas de embarque, la ha detectado. Ha conectado con ella con facilidad, sondea su alma, y ve con alegría que es... preciosa.

Mariola, cae fácilmente en su dominio. María lo tiene fácil para acceder a su mente y comenzar a generar lazos afectivos. Tiene todo el tiempo del mundo para crear recuerdos, conexiones, al tiempo que la pone a prueba. Lo que ocurre en su mente, viene distorsionado por María, que es capaz de afectar a la percepción del espacio tiempo y hacer sentir un tiempo, relativo, e independiente de la misma realidad. Los minutos en la mente de Mariola pueden ser horas, días, incluso meses, cómo ella disponga.

En poco espacio de tiempo, Mariola y María, caminan por el aeropuerto cómo madre e hija. La alegría de la niña es indescriptible. Se dirigen a la puerta de embarque de su vuelo, mientras María disfruta de la compañía de su mamá.

Poco después, embarcan y poco a poco, María va sondeando a todos los pasajeros del avión en busca de alguien que pueda ser su papá. Y quizás un hermano.

Es por eso por lo que a María le gustan los aviones, trenes y autobuses. Debe encontrar a su papá, y a su hermanito. Lo desea con todo su corazón. Encontrar a alguien que sea capaz de amarla por sí misma, que sea capaz de sacrificarse por ella. De realizar los más altos sacrificios por ella. Qué la quiera.

Las azafatas del avión anuncian que todo el pasaje ha embarcado. Inmediatamente, María penetra en las mentes de todos y cada uno de los pasajeros, sin apenas dificultad, y comienza a manejar sus mentes con la habilidad de un director de orquesta. En las mentes de todos los pasajeros comienza un viaje que no olvidarán jamás.

A su lado, su mamá la mira con amor, con dulzura. Le da un abrazo y la obsequia con un beso. Ambas se cogen de la mano y se miran la una a la otra.

En los ojos de Mariola, que brillan de alegría, se mueven unas minúsculas partículas de un blanco luminoso.

FIN